

I

El Regalo de los Magos

UN DÓLAR Y OCHENTA Y SIETE CENTAVOS. Eso era todo. Y sesenta centavos de eso eran en centavos. Centavos ahorrados uno y dos a la vez al presionar al tendero, al vendedor de verduras y al carnicero hasta que la mejilla ardía con la silenciosa imputación de la parsimonia que tal trato cercano implicaba. Tres veces Della lo contó. Un dólar y ochenta y siete centavos. Y al día siguiente sería Navidad.

Claramente no quedaba nada que hacer más que dejarse caer en el pequeño y desvencijado sofá y llorar. Así que Della lo hizo. Lo que instiga la reflexión moral de que la vida se compone de sollozos, suspiros y sonrisas, con los suspiros predominando.

Mientras la dueña de la casa está pasando gradualmente de la primera etapa a la segunda, echemos un vistazo a la casa. Un apartamento amueblado por \$8 a la semana. No era precisamente digno de la descripción de la miseria, pero ciertamente tenía esa palabra en busca del escuadrón de la mendicidad.

En el vestíbulo de abajo había un buzón en el que no entraría ninguna carta y un timbre eléctrico del que ningún dedo mortal podría conseguir un timbrado. También pertenecía a eso una tarjeta con el nombre 'Sr. James Dillingham Young'.

El 'Dillingham' se había arrojado al viento durante un antiguo período de prosperidad cuando su dueño estaba siendo pagado \$30 a la semana. Ahora, cuando los ingresos se habían reducido a \$20, las letras de 'Dillingham' parecían borrosas, como si estuvieran pensando seriamente en contraer a un D modesto y discreto. Pero siempre que el Sr. James Dillingham Young llegaba a casa y alcanzaba su apartamento, era

llamado 'Jim' y abrazado efusivamente por la Sra. James Dillingham Young, ya presentada como Della. Lo cual está muy bien.

Della terminó de llorar y atendió sus mejillas con la toallita de polvo. Se paró junto a la ventana y miró con indiferencia a un gato gris que caminaba por una valla gris en un patio trasero gris. Mañana sería el Día de Navidad y ella tenía solo \$1.87 con los cuales comprarle a Jim un regalo. Había estado ahorrando cada centavo que podía

2 O HENRY - 100 SELECTED STORIES

durante meses, con este resultado. Veinte dólares a la semana no llegan muy lejos. Los gastos habían sido mayores de lo que había calculado. Siempre lo son. Solo \$1.87 para comprar un regalo para Jim. Su Jim. Muchas horas felices había pasado planeando algo agradable para él. Algo fino, raro y de calidad, algo que estuviera un poco cerca de ser digno del honor de ser propiedad de Jim.

Había un espejo de tocador entre las ventanas de la habitación. Quizás has visto un espejo de tocador en un apartamento de \$8. Una persona muy delgada y ágil puede, observando su reflejo en una rápida secuencia de tiras longitudinales, obtener una concepción bastante precisa de su aspecto. Della, siendo delgada, había dominado el arte.

De repente, se volvió desde la ventana y se paró frente al espejo. Sus ojos brillaban intensamente, pero su rostro había perdido su color en veinte segundos. Rápidamente se soltó el cabello y lo dejó caer hasta su longitud completa.

Ahora, había dos posesiones de los James Dillingham Young en las que ambos se enorgullecían mucho. Una era el reloj de oro de Jim que había sido de su padre y de su abuelo. La otra era el cabello de Della. Si la Reina

de Saba hubiera vivido en el apartamento al otro lado del pozo de aire, Della habría dejado caer su cabello por la ventana algún día para devaluar las joyas y regalos de Su Majestad. Si el rey Salomón hubiera sido el conserje, con todos sus tesoros amontonados en el sótano, Jim habría sacado su reloj cada vez que pasara, solo para verlo tirar de su barba de envidia.

Así que ahora, el hermoso cabello de Della cayó a su alrededor, ondulando y brillando como una cascada de aguas marrones. Alcanzaba más abajo de su rodilla y casi se convertía en una prenda para ella. Y luego lo recogió de nuevo nerviosa y rápidamente. Una vez vaciló durante un minuto y se quedó quieta mientras una o dos lágrimas salpicaban la gastada alfombra roja.

Se puso su vieja chaqueta marrón; se puso su viejo sombrero marrón. Con un remolino de faldas y con el brillante destello aún en sus ojos, salió volando por la puerta y bajó las escaleras a la calle.

Donde se detuvo, el letrero decía: 'Mme. Sofronie. Productos para el cabello de todo tipo.' Subió un tramo de escaleras Della y se recompuso, jadeando. Madame, grande, demasiado blanca, fría, apenas parecía una 'Sofronie.'

'¿Comprarás mi cabello?' preguntó Della.

'Compro cabello', dijo Madame. 'Quítate el sombrero y veamos cómo luce.'

El cabello marrón cayó en cascada.

'Veinte dólares', dijo Madame, levantando la masa con una mano experta.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 3

'Entrégame eso rápido', dijo Della.

Oh, y las dos horas siguientes pasaron volando. Olvida la metáfora gastada. Estaba rebuscando en las tiendas en busca del regalo de Jim.

Finalmente lo encontró. Seguramente había sido hecho para Jim y nadie más. No había otro igual en ninguna de las tiendas, y los había mirado todas detenidamente. Era una cadena de fob de platino, simple y casta en su diseño, proclamando adecuadamente su valor solo por su sustancia y no por una ornamentación mercenaria, como deberían hacer todas las cosas buenas. Incluso era digna del reloj. Tan pronto como lo vio, supo que debía ser de Jim. Era como él. Serenidad y valor, la descripción se aplicaba a ambos. Le sacaron veintiún dólares por él, y ella regresó a casa con los 87 centavos. Con esa cadena en su reloj, Jim podría estar adecuadamente preocupado por la hora en cualquier compañía. Por grandioso que fuera el reloj, a veces lo miraba a escondidas por la vieja correa de cuero que usaba en lugar de una cadena.

Cuando Della llegó a casa, su embriaguez cedió un poco ante la prudencia y la razón. Sacó sus rizadores, encendió el gas y se puso a trabajar reparando los estragos causados por la generosidad añadida al amor. Lo cual siempre es una tarea tremenda, queridos amigos, una tarea gigantesca.

En cuarenta minutos, su cabeza estaba cubierta de rizos pequeños y pegados que la hacían lucir maravillosamente como un colegial fugitivo. Se miró en el espejo durante mucho tiempo, con cuidado y críticamente.

'Si Jim no me mata', se dijo a sí misma, 'antes de que me mire por segunda vez, dirá que parezco una corista de Coney Island. Pero, ¿qué podía hacer? ¡Oh! ¿qué podía hacer con un dólar y ochenta y siete centavos?'

A las siete en punto, el café estaba hecho y la sartén estaba en la parte trasera de la estufa, caliente y lista para cocinar las chuletas.

Jim nunca llegaba tarde. Della dobló la cadena del job en su mano y se sentó en la esquina de la mesa cerca de la puerta por la que siempre entraba. Luego oyó su paso en la escalera, lejos en el primer tramo, y se puso pálida por un momento. Tenía la costumbre de decir pequeñas oraciones silenciosas acerca de las cosas cotidianas más simples, y ahora susurró: 'Por favor, Dios, haz que piense que sigo siendo bonita'.

La puerta se abrió y Jim entró y la cerró. Se veía delgado y muy serio. Pobre muchacho, solo tenía veintidós años y estaba cargado con una familia. Necesitaba un abrigo nuevo y no tenía guantes.

4 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

Jim entró por la puerta, tan inmóvil como un perro de muestra ante el olor de la codorniz. Sus ojos estaban fijos en Della, y había una expresión en ellos que ella no podía entender y que la aterraba. No era enojo, sorpresa, desaprobación, horror ni ninguno de los sentimientos para los que se había preparado. Simplemente la miraba fijamente con esa expresión peculiar en su rostro.

Della se deslizó de la mesa y fue hacia él.

"Jim, cariño", exclamó, "no me mires así. Me corté el cabello y lo vendí porque no podría haber sobrevivido la Navidad sin darte un regalo. Volverá a crecer, ¿no te importará, verdad? Tuve que hacerlo. Mi cabello crece terriblemente rápido. ¡Dime 'Feliz Navidad!', Jim, y seamos felices. No sabes qué bonito, qué hermoso regalo tengo para ti".

"¿Te cortaste el cabello?", preguntó Jim, laboriosamente, como si aún no hubiera llegado a ese hecho patente incluso después del más duro trabajo mental.

"Lo corté y lo vendí", dijo Della. "¿No te gusto igual de todos modos? Sigo siendo yo sin mi cabello, ¿verdad?"

Jim miró curiosamente alrededor de la habitación.

"Dices que tu cabello se fue", dijo con un aire casi de idiotez. "No necesitas buscarlo", dijo Della. "Te lo digo, se vendió y se fue. Es Nochebuena, muchacho. Sé bueno conmigo, porque se fue por ti. Tal vez los cabellos de mi cabeza estaban contados", continuó con una dulzura repentina y seria, "pero nadie podría contar mi amor por ti. ¿Pongo las chuletas, Jim?"

De su trance, Jim pareció despertar rápidamente. Abrazó a su Della. Por diez segundos, consideremos con discreta escrutinio algún objeto inconsecuente en la otra dirección. Ocho dólares a la semana o un millón al año, ¿cuál es la diferencia? Un matemático o un ingenioso te daría la respuesta equivocada. Los magos trajeron regalos valiosos, pero eso no estaba entre ellos. Esta oscura afirmación se iluminará más adelante.

Jim sacó un paquete de su bolsillo del abrigo y lo arrojó sobre la mesa.

"No cometas ningún error, Dell", dijo, "sobre mí. No creo que haya nada en forma de un corte de cabello, afeitado o champú que pudiera hacerme querer menos a mi chica. Pero si desatas ese paquete, quizás veas por qué me tuviste engañado por un tiempo al principio".

Dedos blancos y ágiles rasgaron la cuerda y el papel. Y luego un grito extático de alegría; y luego, ¡ay!, un rápido cambio femenino a lágrimas e histeria, lo que requirió el empleo inmediato de todos los poderes reconfortantes del señor del apartamento.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 5

Porque allí estaban Los Peines: el juego de peines, uno para el lado y otro para atrás, que Della había adorado durante mucho tiempo en un escaparate de Broadway. Hermosos peines, de pura concha de tortuga,

con adornos de joyas, del mismo tono que llevaría en su hermoso cabello desaparecido. Ella sabía que eran peines caros, y su corazón simplemente los había deseado y anhelado sin la menor esperanza de poseerlos. Y ahora eran suyos, pero las trenzas que deberían haber adornado los codiciados accesorios se habían ido.

Pero los abrazó contra su pecho y finalmente pudo levantar la vista con ojos empañados y una sonrisa, diciendo: '¡Mi cabello crece tan rápido, Jim!'

Y luego, Della saltó como un gato achicharrado y gritó: '¡Oh, oh!'

Jim aún no había visto su hermoso regalo. Se lo tendió ansiosamente en la palma de la mano abierta. El mate metal precioso parecía brillar con un reflejo de su espíritu brillante y ardiente.

"¿No es una maravilla, Jim? Busqué por toda la ciudad para encontrarlo. Ahora tendrás que mirar la hora cien veces al día. Dame tu reloj. Quiero ver cómo luce en él".

En lugar de obedecer, Jim se tumbó en el sofá y puso las manos debajo de la cabeza y sonrió.

'Dell', dijo, 'vamos a guardar nuestros regalos de Navidad y conservarlos un tiempo. Son demasiado bonitos para usarlos en este momento. Vendí el reloj para conseguir el dinero para comprar tus peines. Y ahora supongo que pondrás las chuletas.'

Los magos, como sabes, eran hombres sabios, maravillosamente sabios, que llevaron regalos al Niño en el pesebre. Inventaron el arte de dar regalos de Navidad. Siendo sabios, sus regalos no tenían duda de ser sabios, posiblemente con el privilegio de cambiar en caso de duplicación. Y aquí te he relatado torpemente la crónica sin eventos de dos niños tontos en un apartamento que, de manera muy insensata, sacrificaron el mayor

tesoro de su casa el uno al otro. Pero en una última palabra para los sabios de estos días, que se diga que de todos los que dan regalos, estos dos fueron los más sabios. De todos los que dan y reciben regalos, como ellos, son los más sabios. En todas partes son los más sabios. Son los magos.

6 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

II

Un Cosmopolita en un Café

A MEDIANOCHE, EL CAFÉ estaba abarrotado. Por alguna casualidad, la pequeña mesa en la que estaba sentado había escapado de la atención de los recién llegados, y dos sillas vacías extendieron sus brazos con hospitalidad venal hacia la afluencia de clientes.

Y entonces un cosmopolita se sentó en una de ellas, y yo me alegré, porque sostenía la teoría de que desde Adán no ha existido un verdadero ciudadano del mundo. Oímos hablar de ellos y vemos etiquetas extranjeras en mucho equipaje, pero encontramos viajeros en lugar de cosmopolitas.

Invoco su consideración de la escena: las mesas con tapa de mármol, el rango de asientos de pared tapizados en cuero, la alegre compañía, las damas vestidas en toilettes de gasa, hablando en un exquisito coro visible de gusto, economía, opulencia o arte, los solícitos y dadivosos garzones, la música que sabiamente complace a todos con sus incursiones en los compositores; la mezcla de conversación y risas, y, si lo desea, el Würzburger en los altos conos de vidrio que se inclinan hacia tus labios como una cereza madura se balancea en su rama ante el pico de un

arrendajo ladrón. Un escultor de Mauch Chunk me dijo que la escena era verdaderamente parisina.

Mi cosmopolita se llamaba E. Rushmore Coglan, y se escuchará hablar de él el próximo verano en Coney Island. Me informó que allí iba a establecer una nueva "atracción", ofreciendo entretenimiento real. Y luego su conversación se extendió a lo largo de paralelos de latitud y longitud. Tomó el gran mundo redondo en su mano, por así decirlo, familiarmente, con desprecio, y parecía no ser más grande que la semilla de una cereza Maraschino en un pomelo de mesa. Hablaba con desprecio del ecuador, saltaba de continente en continente, se burlaba de las zonas, secaba los mares con su servilleta. Con un gesto de su mano hablaría de un bazar en Hyderabad. ¡Zas! Te tendría esquiando en Laponia. ¡Zip! Ahora cabalgabas las olas con los kanakas en Kealaikahiki. ¡Presto! Te arrastraba a través de un pantano de robles post en Arkansas, te dejaba secar por un momento en las llanuras de álcali de su rancho en Idaho y luego te arrojaba a la sociedad de archiduques vieneses. Enseguida te hablaría de un resfriado que adquirió con la brisa del lago de Chicago y de cómo el viejo Escamila lo curó en Buenos Aires con una infusión caliente de la hierba chuchula. Tendrías

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 7

dirigido la carta a 'Sr. E. Rushmore Coglan, la Tierra, Sistema Solar, el Universo', y la habrías enviado por correo, confiando en que le sería entregada. Estaba seguro de que por fin había encontrado al verdadero cosmopolita desde Adán, y escuché su discurso a nivel mundial con temor de descubrir en él la nota local del simple trotamundos. Pero sus opiniones nunca fluctuaron ni decaían; era imparcial con respecto a ciudades, países y continentes, al igual que los vientos o la gravedad. Y mientras E.

Rushmore Coglan hablaba de este pequeño planeta, pensé con alegría en un gran casi-cosmopolita que escribía para todo el mundo y se dedicaba a Bombay. En un poema, tiene que decir que hay orgullo y rivalidad entre las ciudades de la Tierra, y que 'los hombres que nacen de ellas, trafican de arriba abajo, pero se aferran al dobladillo de sus ciudades como un niño al vestido de su madre'. Y siempre que caminan 'por calles desconocidas y ruidosas' recuerdan a su ciudad natal 'más fiel, tonta, cariñosa; haciendo de su nombre respirado su vínculo sobre su vínculo'. Y mi alegría se despertó porque había pillado a Mr. Kipling desprevenido. Aquí había encontrado a un hombre no hecho de polvo, uno que no tenía estrechos orgullos de lugar de nacimiento o país, uno que, si se jactaba en absoluto, se jactaría de su globo completo contra los marcianos y los habitantes de la Luna. La conversación sobre estos temas fue precipitada por E. Rushmore Coglan debido a la tercera esquina de nuestra mesa. Mientras Coglan me describía la topografía a lo largo del Ferrocarril Transiberiano, la orquesta se deslizó en un popurrí. El aire final fue 'Dixie', y cuando las notas emocionantes se derramaron, fueron casi sobrepasadas por un gran aplauso de manos de casi todas las mesas.

Vale la pena mencionar que esta escena notable se puede presenciar todas las noches en numerosos cafés en la Ciudad de Nueva York. Se han consumido toneladas de cerveza sobre teorías para explicarlo. Algunos han conjeturado rápidamente que todos los sureños en la ciudad se dirigen a los cafés al caer la noche. Este aplauso del aire 'rebelde' en una ciudad del norte desconcierta un poco; pero no es insoluble. La guerra con España, las generosas cosechas de menta y sandía de muchos años, algunos ganadores de apuestas de larga distancia en la pista de carreras de Nueva Orleans y los brillantes banquetes ofrecidos por los ciudadanos de Indiana y Kansas que componen la Sociedad de Carolina del Norte, han convertido al Sur en una especie de 'moda' en Manhattan. Su manicurista

susurrará suavemente que su dedo índice izquierdo le recuerda mucho al de un caballero en Richmond, Virginia. ¡Oh, por supuesto! Pero muchas damas tienen que trabajar ahora - la guerra, ya sabes.

8 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

Cuando sonaba 'Dixie', un joven de cabello oscuro se levantó de algún lugar con un grito guerrillero de Mosby y agitó frenéticamente su sombrero de alas suaves. Luego deambuló entre el humo, se sentó en la silla vacante en nuestra mesa y sacó cigarrillos.

La noche estaba en el momento en que la reserva se deshace. Uno de nosotros mencionó tres Würzburger al camarero; el joven de cabello oscuro reconoció su inclusión en el pedido con una sonrisa y un gesto de cabeza. Me apresuré a hacerle una pregunta porque quería probar una teoría que tenía.

'¿Te importaría decirme', comencé, 'si eres de...'

El puño de E. Rushmore Coglan golpeó la mesa y me quedé en silencio.

'Discúlpame', dijo, 'pero esa es una pregunta que nunca me gusta escuchar. ¿Qué importa de dónde es un hombre? ¿Es justo juzgar a un hombre por su dirección de correo? He visto a kentuckianos que odiaban el whisky, virginianos que no eran descendientes de Pocahontas, indios que no habían escrito una novela, mexicanos que no llevaban pantalones de terciopelo con dólares de plata cosidos a lo largo de las costuras, ingleses graciosos, yanquis derrochadores, sureños de sangre fría, occidentales de mente estrecha y neoyorquinos que estaban demasiado ocupados para detenerse una hora en la calle a mirar a un empleado de una tienda de comestibles de un solo brazo empacar arándanos en bolsas

de papel. Deja que un hombre sea un hombre y no lo perjudiques con la etiqueta de ninguna región.'

'Perdona', dije, 'pero mi curiosidad no era del todo ociosa. Conozco el Sur, y cuando la banda toca "Dixie", me gusta observar. He llegado a la conclusión de que el hombre que aplaude ese aire con especial violencia y lealtad seccional ostensible es invariablemente originario de Secaucus, Nueva Jersey, o del distrito entre el Murray Hill Lyceum y el río Harlem, de esta ciudad. Estaba a punto de poner a prueba mi opinión preguntándole a este caballero cuando interrumpiste con tu propia teoría, debo confesar.'

Y ahora el joven de cabello oscuro me habló a mí, y quedó claro que su mente también se movía a lo largo de su propio conjunto de surcos.

'Me gustaría ser una vincapervinca', dijo misteriosamente, 'en la cima de un valle, y cantar too-ralloo-ralloo.'

Esto fue claramente demasiado oscuro, así que volví a dirigirme a Cogan.

'He dado la vuelta al mundo doce veces', dijo él. 'Conozco a un esquimal en Upernavik que envía a Cincinnati por sus corbatas y vi a un pastor de cabras en Uruguay que ganó un premio en un concurso de rompecabezas de alimentos para el desayuno de Battle Creek. Pago alquiler por una habitación en

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 9

El Cairo, Egipto, y otra en Yokohama durante todo el año. Tengo pantuflas esperándome en una casa de té en Shanghái, y no tengo que decirles cómo cocinar mis huevos en Río de Janeiro o Seattle. Es un mundo muy pequeño. ¿De qué sirve presumir de ser del Norte, del Sur, de la antigua casa señorial en el valle, de Euclid Avenue, Cleveland, o Pike's Peak, o el

condado de Fairfax, Virginia, o las llanuras de Hooligan o cualquier lugar? Será un mundo mejor cuando dejemos de ser tontos sobre alguna ciudad enmohecida o diez acres de tierras pantanosas solo porque nacimos allí'.

'Se te ve un auténtico cosmopolita', dije admirativamente. 'Pero también parece que despreciarías el patriotismo'.

'Un vestigio de la Edad de Piedra', declaró Coglan con entusiasmo. 'Todos somos hermanos: chinos, ingleses, zulúes, patagones y la gente en la curva del río Kaw. Algún día todo este orgullo insignificante por tu ciudad, estado, región o país será eliminado, y todos seremos ciudadanos del mundo, como deberíamos ser'.

'Pero mientras deambulas por tierras extranjeras', insistí, '¿no se vuelven tus pensamientos a algún lugar, algún lugar querido y -'

'Ni un solo lugar', interrumpió E. R. Coglan con desenfado. 'El hombrecillo terrestre, globular, planetario, ligeramente achatado en los polos y conocido como la Tierra, es mi morada. He conocido a muchos ciudadanos objetuales de este país en el extranjero. He visto a hombres de Chicago sentados en una góndola en Venecia en una noche de luna y alardear de su canal de drenaje. He visto a un sureño, al ser presentado al Rey de Inglaterra, entregarle a ese monarca, sin pestañear, la información de que su tía abuela por parte de madre estaba emparentada por matrimonio con los Perkins, de Charleston. Conocí a un neoyorquino que fue secuestrado por bandidos afganos para pedir rescate. Su familia envió el dinero y volvió a Kabul con el agente. "Afganistán", le dijeron los nativos a través de un intérprete. "¿Bueno, no es tan lento, crees?" "Oh, no lo sé", dice él, y comienza a contarles sobre un taxista en la Sexta Avenida y Broadway. Esas ideas no me convienen. No estoy atado a nada que no tenga un diámetro de 8,000 millas. Solo mírame como E. Rushmore Coglan, ciudadano de la esfera terrestre'.

Mi cosmopolita se despidió efusivamente y me dejó, ya que creyó ver a alguien a través de la charla y el humo a quien conocía. Así que me quedé con el pretendido vincapervinca, que se redujo a un Würzburger sin más habilidad para expresar sus aspiraciones de posarse, melodioso, en la cima de un valle.

Me quedé reflexionando sobre mi evidente cosmopolita y preguntándome cómo el poeta había logrado pasar por alto a alguien como él. Él fue mi descubrimiento y

10 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

yo creía en él. ¿Cómo fue? "Los hombres que se crían de ellos trafican arriba y abajo, pero se aferran al dobladillo de las ciudades como un niño a la falda de su madre".

No así E. Rushmore Coglan. Con el mundo entero para él...

Mis meditaciones fueron interrumpidas por un tremendo ruido y un conflicto en otra parte del café. Vi por encima de las cabezas de los clientes sentados a E. Rushmore Coglan y a un desconocido enfrascados en una terrible batalla. Lucharon entre las mesas como titanes, los vasos se rompieron, los hombres recogieron sus sombreros y fueron derribados, una morena gritó y una rubia comenzó a cantar "Teasing".

Mi cosmopolita estaba defendiendo el orgullo y la reputación de la Tierra cuando los camareros se cerraron sobre ambos combatientes con su famosa formación de cuña voladora y los llevaron afuera, todavía resistiendo.

Llamé a McCarthy, uno de los camareros franceses, y le pregunté la causa del conflicto.

"El hombre con la corbata roja" (ese era mi cosmopolita), dijo, "se puso caliente por cosas que dijeron sobre las aceras y el suministro de agua del lugar del que venía el otro tipo".

"¿Por qué?", dije, desconcertado, "ese hombre es un ciudadano del mundo, un cosmopolita. Él..."

"Originalmente de Mattawamkeag, Maine", continuó McCarthy, "y no iba a tolerar que hablaran mal del lugar".

III

Entre Asaltos

LA LUNA DE MAYO BRILLABA sobre la pensión privada de la señora Murphy. Consultando el almanaque, se descubrirá que también iluminaba una gran cantidad de territorio. La primavera estaba en su apogeo, con la fiebre del heno a punto de aparecer. Los parques estaban verdes con hojas nuevas y compradores para el comercio del oeste y el sur. Las flores y los agentes de centros turísticos de verano se estaban luciendo; el aire y las respuestas a Lawson se volvían más suaves; órganos de mano, fuentes y pinochle se jugaban en todas partes.

Las ventanas de la pensión de la señora Murphy estaban abiertas. Un grupo de pensionistas estaba sentado en la alta entrada, sobre alfombras redondas y planas como panqueques alemanes. En una de las ventanas del segundo piso, la señora McCaskey

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 11

esperaba a su esposo. La cena se enfriaba en la mesa. Su calor pasó a formar parte de la señora McCaskey.

A las nueve, el señor McCaskey llegó. Llevaba el abrigo en el brazo y la pipa en los dientes, y se disculpó por molestar a los pensionistas en la entrada mientras seleccionaba lugares de piedra entre ellos en los que colocar sus pies de talla 9, ancho D.

Al abrir la puerta de su habitación, recibió una sorpresa. En lugar de la habitual tapa de estufa o machacapatatas que debía esquivar, solo llegaron palabras.

El señor McCaskey consideró que la benévola luna de mayo había ablandado el corazón de su esposa.

"Te escuché", llegaron los sustitutos verbales de utensilios de cocina.

"Puedes disculparte ante la chusma de la calle por pisar los faldones de sus vestidos, pero podrías caminar sobre el cuello de tu esposa hasta el final de una cuerda para tender la ropa sin siquiera un 'Bésame el pie'. Y estoy segura de que es lo suficientemente largo como para asomarme a la ventana por ti, y los alimentos se enfrían, con todo el dinero que hay después de beber tus salarios en Gallegher's cada sábado por la noche, y el del gas ha venido dos veces hoy".

"¡Mujer!" dijo el señor McCaskey, lanzando su abrigo y sombrero en una silla, "tu alboroto es un insulto para mi apetito. Cuando descartas la cortesía, estás socavando la base de la sociedad. No es más que ejercer el descontento de un caballero cuando pides permiso a las damas que obstruyen el camino. ¿Podrías sacar esa cara de cerdo de la ventana y encargarte de la comida?"

La señora McCaskey se levantó pesadamente y fue a la estufa. Había algo en su forma de actuar que advirtió al señor McCaskey. Cuando las comisuras de su boca bajaban repentinamente como un barómetro, generalmente anunciaba una caída de vientos y utensilios de cocina.

"¿Cara de cerdo, dices?" dijo la señora McCaskey, y lanzó una cacerola llena de tocino y nabos a su señor.

El señor McCaskey no era un novato en repartee. Sabía lo que debería seguir al plato principal. En la mesa había un solomillo de cerdo asado, adornado con tréboles. Él respondió con esto y atrajo la respuesta adecuada de un pudín de pan en un plato de barro. Un trozo de queso suizo lanzado con precisión por su esposo golpeó a la señora McCaskey por debajo de un ojo. Cuando ella respondió con una cafetera bien dirigida llena de líquido negro caliente y semiperfumado, la batalla, de acuerdo con el menú, debía haber terminado.

Pero el señor McCaskey no era un comensal de 50 centavos. Que los bohemios baratos consideren el café como el final, si así lo desean. Dejemos que hagan. Permíteles cometer

12 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

ese faux pas. Era más astuto todavía. Los cuencos para dedos no estaban fuera de su experiencia. No se podían conseguir en la Pensión Murphy; pero su equivalente estaba a mano. Triunfalmente envió el lavabo de granito a la cabeza de su adversaria matrimonial. La señora McCaskey esquivó a tiempo. Alcanzó una plancha, con la que, como especie de cordial, esperaba dar por terminado el duelo gastronómico. Pero un grito fuerte y lastimero desde abajo hizo que tanto ella como el señor McCaskey se detuvieran en una especie de armisticio involuntario.

En la acera en la esquina de la casa, el policía Cleary estaba de pie con una oreja alzada, escuchando el estruendo de utensilios domésticos.

"Es Jawn McCaskey y su señora de nuevo", meditó el policía. "Me pregunto si debería subir y detener la pelea. No lo haré. Son gente casada, y tienen pocas

alegrías. No durará mucho. Seguro, tendrán que pedir prestados más platos para continuar."

Y justo en ese momento llegó el grito fuerte desde abajo, que denotaba miedo o extrema necesidad. "Tis probablemente el gato", dijo el policía Cleary y caminó rápidamente en la otra dirección.

Los pensionistas en las escaleras se agitaron. El señor Toomey, un vendedor de seguros por nacimiento y un investigador por profesión, entró para analizar el grito. Volvió con la noticia de que el niño de la señora Murphy, Mike, estaba perdido. Siguiendo al mensajero, salió disparada la señora Murphy, doscientas libras de lágrimas e histeria, agarrando el aire y aullando al cielo por la pérdida de treinta libras de pecas y travesuras. Bathos, realmente, pero el señor Toomey se sentó junto a la señorita Purdy, modista, y sus manos se unieron en señal de simpatía. Las dos solteronas, las señoritas Walsh, que se quejaban todos los días del ruido en los pasillos, preguntaron inmediatamente si alguien había mirado detrás del reloj.

El mayor Grigg, que estaba junto a su gorda esposa en el escalón superior, se levantó y se abrochó el abrigo. "¿El pequeño está perdido?" exclamó. "Buscaré por toda la ciudad". Su esposa nunca lo dejaba salir después de oscurecer. Pero ahora dijo: "Ve, Ludovic", con voz de barítono. "Cualquiera que pueda ver la pena de esa madre sin correr en su ayuda tiene un corazón de piedra". "Dame treinta o sesenta centavos, cariño", dijo el mayor. "Los niños perdidos a veces se alejan mucho. Puede que necesite el pasaje del tranvía".

El viejo Denny, en su cuarto en el cuarto piso de la parte de atrás, que estaba sentado en el escalón más bajo, tratando de leer un periódico bajo la farola, pasó la página para seguir el artículo sobre la huelga de carpinteros. La señora Murphy gritó a la luna: "Oh, ar-r-Mike, por amor de Dios, ¿dónde está mi chiquitín?"

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 13

"¿Cuándo lo viste por última vez?", preguntó el viejo Denny, con un ojo en el informe de la Liga de los Oficios de la Construcción.

"Oh," lloraba la señora Murphy, "fue ayer, o tal vez hace cuatro horas. No sé. Pero está perdido, mi pequeño Mike. Estaba jugando en la acera esta mañana, o tal vez el miércoles. Estoy tan ocupada con el trabajo que es difícil llevar un registro de las fechas. Pero he buscado por toda la casa, desde arriba hasta el sótano, y se ha ido. Oh, por el amor del Cielo..."

Silenciosa, sombría y colosal, la gran ciudad siempre ha resistido a sus detractores. La llaman tan dura como el hierro; dicen que no late ningún pulso de piedad en su seno; comparan sus calles con bosques solitarios y desiertos de lava. Pero bajo la dura corteza del cangrejo se encuentra una comida deleitable y deliciosa. Tal vez habría sido más sabio usar una comparación diferente. Aun así, nadie debería ofenderse. No llamaríamos a nadie cangrejo sin buenas y suficientes pinzas.

Ninguna calamidad conmueve tanto el corazón común de la humanidad como la desaparición de un niño pequeño. Sus pies son tan inciertos y débiles; los caminos son tan empinados y extraños.

El mayor Griggs bajó apresuradamente a la esquina y subió por la avenida hacia el lugar de Billy.

"Dame un trago de whisky", le dijo al camarero. "¿No has visto a un niño pequeño de seis años, con las piernas arqueadas y la cara sucia, por aquí en algún lugar?"

El señor Toomey mantenía la mano de la señorita Purdy en las escaleras.

"Piensa en ese querido angelito perdido", dijo la señorita Purdy, "alejado del

lado de su madre, quizás ya caído bajo las pezuñas de hierro de los corceles galopantes. ¡Oh, es espantoso!"

"¿No es cierto?", coincidió el señor Toomey, apretando su mano. "¿Y si empiezo a buscarlo?"

"Quizás", dijo la señorita Purdy, "deberías hacerlo. Pero, oh, señor Toomey, eres tan decidido, tan temerario... supongo que en tu entusiasmo podría ocurrir un accidente, entonces, ¿qué...?"

El viejo Denny siguió leyendo sobre el acuerdo de arbitraje, con un dedo en las líneas.

En el segundo piso, el señor y la señora McCaskey se acercaron a la ventana para recuperar el aliento. El señor McCaskey estaba sacando nabos de su chaleco con un dedo doblado, y su esposa se estaba secando un ojo que la sal del cerdo asado no había beneficiado. Escucharon el clamor de abajo y asomaron la cabeza por la ventana.

"Es el pequeño Mike el que se ha perdido", dijo la señora McCaskey en voz baja, "el hermoso, pequeño y travieso ángel de un niño."

"¿El chico se ha extraviado?" dijo el señor McCaskey asomándose

14 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

por la ventana. 'Tis good enough, por supuesto,' dijo el señor McCaskey, acariciando el hecho.

'Pero si lo hubiera sido, Jawn, piensa en la pena que sentiríamos esta noche, con nuestro pequeño Phelan escapando y siendo robado en la ciudad, sin estar en ninguna parte.'

'Estás hablando tonterías', dijo el señor McCaskey. 'Se llamaría Pat, después de mi viejo padre en Cantrim'.

'¡Mientes!', dijo la señora McCaskey, sin enojo. 'Mi hermano valía diez veces más que los McCaskeys que caminan por el pantano. Después de él se llamaría el niño'. Se inclinó sobre el alféizar de la ventana y miró hacia abajo, hacia la prisa y el bullicio de abajo.

'Jawn', dijo la señora McCaskey suavemente, 'lo siento por haber sido tan precipitada contigo'.

'Fue una comida rápida, como tú dices', dijo su esposo, 'y apresúrate con los nabos y el café. Fue lo que podrías llamar un almuerzo rápido, está bien, y no voy a mentir'.

La señora McCaskey deslizó su brazo en el de su esposo y tomó su mano áspera en la suya.

'Escucha el llanto de la pobre señora Murphy', dijo. 'Es algo terrible que un niño pequeño se pierda en esta gran ciudad. Si fuera nuestro pequeño Phelan, Jawn, me estaría destrozando el corazón'.

Torpemente, el señor McCaskey retiró su mano. Pero la colocó alrededor de los hombros que se acercaban de su esposa.

'Es una tontería, por supuesto', dijo él bruscamente, 'pero yo también estaría consternado si nuestro pequeño - Pat fuera secuestrado o algo por el estilo. Pero nunca hubo niños para nosotros. A veces he sido grosero y duro contigo, Judy. Olvídalo'.

Permanecieron juntos y miraron el drama del corazón que se desarrollaba abajo. Durante mucho tiempo se quedaron así. La gente se arremolinaba en la acera, apiñándose, preguntando, llenando el aire de rumores y conjeturas inconsecuentes. La señora Murphy se movía de un lado a otro en medio de ellos,

*como una montaña suave por la que caía una catarata audible de lágrimas.
Mensajeros iban y venían.*

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 15

Se elevaron voces fuertes y un alboroto renovado frente a la casa de huéspedes.

'¿Qué pasa ahora, Judy?' preguntó el señor McCaskey.

'Es la voz de la señora Murphy', dijo la señora McCaskey, escuchando. 'Dice que ha encontrado al pequeño Mike dormido detrás del rollo de linóleo antiguo debajo de la cama de su habitación'.

El señor McCaskey rió a carcajadas.

'Ese es tu Phelan', gritó con sorna. 'Ni un Pat habría hecho ese truco si el niño que nunca tuvimos se hubiera extraviado y robado, ¡por los poderes, llámalo Phelan y míralo esconderse debajo de la cama como un cachorro sarnoso'.

La señora McCaskey se levantó pesadamente y se dirigió hacia el armario de la vajilla, con las comisuras de la boca hacia abajo.

El policía Cleary volvió alrededor de la esquina mientras la multitud se dispersaba.

Sorprendido, dirigió una oreja hacia el apartamento de los McCaskey, donde el estruendo de los utensilios de cocina arrojados y el sonido de los utensilios de cocina parecían tan fuertes como antes. El policía Cleary sacó su reloj.

'¡Por las serpientes deportadas!' exclamó. 'Jawn McCaskey y su señora han estado peleando durante una hora y cuarto según el reloj. La señora podría ganarle por cuarenta libras. ¡Que tenga fuerza en su brazo!'

El policía Cleary volvió a pasear por la esquina.

El viejo Denny dobló su periódico y subió las escaleras justo cuando la señora Murphy estaba a punto de cerrar la puerta para la noche.

IV

La habitación del tragaluz

PRIMERO, LA SEÑORA PARKER te mostraría los salones dobles. No te atreverías a interrumpir su descripción de sus ventajas y de los méritos del caballero que los había ocupado durante ocho años. Luego lograrías tartamudear la confesión de que no eres ni médico ni dentista. La forma en que la señora Parker recibía la admisión era tal que nunca más podrías sentir lo mismo hacia tus padres, quienes se habían olvidado de educarte en una de las profesiones que se ajustaban a los salones de la señora Parker.

Después subirías un tramo de escaleras y mirarías la habitación del segundo piso, trasero, a \$8. Convencido por la forma en que se encontraba en el segundo piso de que

16 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

valía la pena los 12 dólares que siempre pagaba el Sr. Toosenberry por ella hasta que se fue para hacerse cargo de la plantación de naranjos de su hermano en Florida, cerca de Palm Beach, donde la Sra. McIntyre siempre pasaba los inviernos, que tenía la habitación doble con baño privado, lograste balbucear que querías algo aún más barato. Si sobrevivías al desprecio de la Sra. Parker, te llevaba a ver la gran habitación de Mr. Skidder en el tercer piso. La habitación de Mr. Skidder no estaba desocupada. Escribía obras de teatro y fumaba cigarrillos en ella todo el día. Pero a cada buscador de habitaciones se le hacía visitar su habitación para admirar las cortinas. Después de cada visita, Mr. Skidder, a causa del miedo causado por un posible desalojo, pagaba algo de su alquiler. Luego, oh, luego, si todavía te sostenías sobre un pie con tu mano

caliente aferrando los tres dólares húmedos en el bolsillo y proclamabas con voz ronca tu horrenda y condenable pobreza, nunca más la Sra. Parker sería tu cicerone. Tocaría fuertemente la bocina de su coche y te mostraría la espalda, marchando escaleras abajo. Entonces Clara, la criada de color, te llevaría por la escalera alfombrada que servía como cuarta planta y te mostraría la habitación del tragaluz. Ocupaba 7 por 8 pies de espacio en el suelo en medio del pasillo. A cada lado de ella había un armario de madera oscura o un almacén.

En ella había una cama de hierro, un lavabo y una silla. Un estante hacía de tocador. Sus cuatro paredes desnudas parecían cerrarse sobre ti como los lados de una moneda. Tu mano se deslizaba hasta tu garganta, jadeabas, mirabas hacia arriba como desde un pozo y volvías a respirar. A través del cristal del pequeño tragaluz veías un cuadro de infinito azul.

'Dos dólares, señor', decía Clara en su tono medio despreciativo y medio amigable de Tuskegee.

Un día, Miss Leeson vino en busca de una habitación. Llevaba una máquina de escribir hecha para ser transportada por una dama mucho más grande. Era una chica muy pequeña, con ojos y cabello que seguían creciendo después de que ella se hubiera detenido, y que siempre parecían decir: 'Dios mío. ¿Por qué no te mantuviste al día con nosotros?'

La Sra. Parker le mostró los salones dobles. 'En este armario', dijo, 'se podría guardar un esqueleto o un anestésico o carbón - '

'Pero ni soy doctora ni dentista', dijo Miss Leeson con un escalofrío.

La Sra. Parker le lanzó la mirada incrédula, compasiva, burlona, gélida que reservaba para aquellos que no calificaban como doctores o dentistas, y la condujo al segundo piso trasero.

"¡Ocho dólares?" dijo la señorita Leeson. "¡Dios mío! No soy Hetty si

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 17

se veían muy verdes. "Soy solo una pobre trabajadora. Muéstrame algo más alto y más bajo".

El Sr. Skidder saltó y esparció el suelo de colillas de cigarrillo al golpear su puerta.

"Disculpa, Sr. Skidder", dijo la Sra. Parker, con su sonrisa diabólica ante su rostro pálido. "No sabía que estabas aquí. Le pedí a la señorita que echara un vistazo a tus lambrequines".

"Son demasiado encantadores para cualquier cosa", dijo la señorita Leeson, sonriendo de la misma manera en que lo hacen los ángeles.

Después de que se fueron, el Sr. Skidder se puso muy ocupado borrando a la heroína alta y de cabello negro de su última obra de teatro (no producida) y sustituyéndola por una pequeña y pícara con cabello brillante y rasgos vivaces.

"Anna Held lo aceptará", dijo el Sr. Skidder para sí mismo, poniendo los pies sobre los lambrequines y desapareciendo en una nube de humo como un sepia aéreo.

Pronto, el toque de atención de "¡Clara!" anunció al mundo el estado de la cartera de la señorita Leeson. Un oscuro duende la atrapó, subió una escalera estigia, la empujó en una bóveda con una tenue luz en la parte superior y murmuró las amenazantes y cabalísticas palabras "¡Dos dólares!"

"¡Lo tomaré!" suspiró la señorita Leeson, cayendo en la chirriante cama de hierro.

Cada día, la señorita Leeson salía a trabajar. Por la noche, traía papeles con escritura y hacía copias con su máquina de escribir. A veces no tenía trabajo por

la noche y entonces se sentaba en los escalones del alto pórtico con los otros inquilinos. La señorita Leeson no estaba destinada a una habitación en el ático cuando se trazaron los planes para su creación. Era alegre y llena de caprichos tiernos. Una vez dejó que el Sr. Skidder le leyera tres actos de su gran (no publicada) comedia, 'No es un Niño; o, El Heredero del Subterráneo'.

Había alegría entre los caballeros inquilinos siempre que la señorita Leeson tenía tiempo de sentarse en los escalones durante una hora o dos. Pero la señorita Longnecker, la alta rubia que enseñaba en una escuela pública y decía "Bueno, realmente" a todo lo que decías, se sentaba en el escalón superior y olfateaba. Y la señorita Dorn, que disparaba a los patos en movimiento en Coney cada domingo y trabajaba en una tienda por departamentos, se sentaba en el escalón inferior y olfateaba. La señorita Leeson se sentaba en el escalón intermedio y los hombres se agrupaban rápidamente a su alrededor.

Especialmente el Sr. Skidder, que la había elegido en su mente para el papel estelar en un drama privado, romántico (no pronunciado) en la vida real. Y

18 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

especialmente el Sr. Hoover, que tenía cuarenta y cinco años, era gordo, sonrosado y tonto. Y especialmente el joven Sr. Evans, que fingía una tos hueca para que ella le pidiera que dejara los cigarrillos. Los hombres la consideraban "la más divertida y alegre de todas", pero los resoplidos en el escalón superior y el escalón inferior eran implacables.

Ruego que el drama se detenga mientras el Coro se acerca a las luces de escena y derrama una lágrima epicediana sobre la corpulencia del Sr. Hoover. Afinad las flautas a la tragedia de la grasa, el flagelo del volumen, la calamidad de la

corpulencia. Destilado, Falstaff podría haber aportado más romance a la tonelada que los endeble costillares de Romeo a la onza. Un amante puede suspirar, pero no debe jadear. A la cuadrilla de Momus se destinan los hombres gordos. En vano late el corazón más fiel sobre un cinturón de 132 cm. ¡Aléjate, Hoover! Hoover, cuarenta y cinco, exuberante y tonto, podría haber conquistado a Helena ella misma; pero Hoover, cuarenta y cinco, exuberante, tonto y gordo, es carne para la perdición. Nunca tuviste oportunidad, Hoover.

Mientras los inquilinos de la habitación de la Sra. Parker estaban sentados así una noche de verano, la señorita Leeson miró al firmamento y rió con su pequeña risa alegre:

'¡Miren, allá está Billy Jackson! ¡Puedo verlo desde aquí abajo también!'

Todos miraron hacia arriba, algunos a las ventanas de los rascacielos, otros buscando una nave espacial, guiados por Jackson.

'Es esa estrella', explicó la señorita Leeson, señalando con un dedo pequeño. 'No la grande que parpadea, la azul constante cerca de ella. Puedo verla todas las noches a través de mi lucernario. Le he puesto el nombre de Billy Jackson.'

'Bueno, realmente', dijo la señorita Longnecker. 'No sabía que eras una astrónoma, señorita Leeson.'

'Oh, sí', dijo la pequeña observadora de estrellas, 'sé tanto como cualquiera de ellos sobre el estilo de las mangas que van a llevar el próximo otoño en Marte.'

'Bueno, realmente', dijo la señorita Longnecker. 'La estrella a la que te refieres es Gamma, de la constelación de Casiopea. Está cerca del segundo tamaño, y su paso por el meridiano es -'

'Oh', dijo el Sr. Evans muy joven, 'creo que Billy Jackson es un nombre mucho mejor para ella'.

'Lo mismo digo', dijo el Sr. Hoover, respirando ruidosamente desafiante a la señorita Longnecker. 'Creo que la señorita Leeson tiene tanto derecho a nombrar estrellas como cualquiera de esos viejos astrólogos'.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 19

'Bueno, realmente', dijo la señorita Longnecker.

'¿Me pregunto si es una estrella fugaz?', comentó la señorita Dorn. 'Derrumbé nueve patos y un conejo de diez en la galería en Coney el domingo'.

'No se ve muy bien desde aquí abajo', dijo la señorita Leeson. 'Deberían verlo desde mi habitación. Saben que se pueden ver estrellas incluso durante el día desde el fondo de un pozo. Por la noche, mi habitación es como el pozo de una mina de carbón, y hace que Billy Jackson parezca el gran alfiler de diamantes con el que la Noche sujeta su kimono'.

Después llegó un momento en el que la señorita Leeson no trajo a casa documentos formidables para copiar. Y cuando iba por la mañana, en lugar de trabajar, iba de oficina en oficina y dejaba que su corazón se derritiera en el goteo de fríos rechazos transmitidos a través de insolentes chicos de oficina. Esto continuó.

Llegó una tarde en la que subió cansada por el vestíbulo de la Sra. Parker a la hora en que siempre regresaba de cenar en el restaurante. Pero no había cenado.

Cuando entró al pasillo, el Sr. Hoover la encontró y aprovechó su oportunidad. Le pidió que se casara con él, y su gordura la amenazaba como una avalancha. Ella se esquivó y se agarró a la barandilla. Él trató de tomar su mano y ella la levantó y le dio un débil golpe en la cara. Paso a paso subió, arrastrándose por la barandilla. Pasó por la puerta del Sr. Skidder mientras él estaba marcando en

rojo una dirección de escena para Myrtle Delorme (la señorita Leeson) en su comedia (no aceptada) para "hacer pirueta a través del escenario de L hacia el lado del Conde". Al final subió la escalera alfombrada y abrió la puerta del cuarto del lucernario.

Estaba demasiado débil para encender la lámpara o desvestirse. Cayó en la cama de hierro, su frágil cuerpo apenas hundiendo los viejos resortes. Y en esa oscuridad del cuarto, levantó lentamente sus pesados párpados y sonrió.

Porque Billy Jackson brillaba sobre ella, calmado, brillante y constante a través del lucernario. No había mundo a su alrededor. Estaba sumida en un pozo de negrura, con solo ese pequeño cuadrado de luz pálida enmarcando la estrella que había nombrado tan caprichosamente, y oh, tan ineficazmente. La señorita Longnecker debía tener razón; era Gamma, de la constelación de Casiopea, y no Billy Jackson. Y sin embargo, no podía dejar de llamarlo Billy Jackson.

Mientras yacía de espaldas, intentó dos veces levantar el brazo. A la tercera, logró llevar dos dedos finos a sus labios y envió un beso desde el pozo negro a Billy Jackson. Su brazo cayó débilmente.

'Adiós, Billy', murmuró débilmente. "Estás a millones de

20 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

millas de distancia y ni siquiera titilarás una vez". Pero te quedaste donde podía verte la mayoría del tiempo allá arriba, cuando no había nada más que oscuridad que mirar, ¿verdad?... Millones de millas... Adiós, Billy Jackson".

Clara, la criada de color, encontró la puerta cerrada a las diez de la mañana siguiente, y la forzaron para abrirla. El vinagre, los azotes en las muñecas e incluso las plumas quemadas, resultaron ineficaces; alguien corrió para llamar a una ambulancia.

En poco tiempo, la ambulancia se estacionó frente a la puerta con un estruendo de campanas y el joven médico competente, con su bata de lino blanco, preparado, activo, seguro, con su rostro suave, a medio camino entre lo galante y lo sombrío, subió corriendo los escalones.

"Llamada de ambulancia a 49", dijo brevemente. "¿Cuál es el problema?"

"Oh, sí, doctor", sollozó la Sra. Parker, como si su preocupación por el hecho de que hubiera un problema en la casa fuera más grande. "No puedo entender qué le puede estar pasando. Nada de lo que hicimos la hizo reaccionar. Es una joven, una tal Elsie... sí, Elsie Leeson. Nunca antes en mi casa..."

"¿En qué habitación?" gritó el médico con voz aterradora, una voz a la que la Sra. Parker no estaba acostumbrada.

"La habitación de la claraboya..."

Evidentemente, el médico de la ambulancia conocía la ubicación de las habitaciones de claraboya. Subió las escaleras a toda prisa. La Sra. Parker lo siguió lentamente, como su dignidad requería.

En el primer rellano se lo encontró volviendo con la astrónoma en brazos. Se detuvo y desplegó la afilada cuchilla de su lengua experta, pero no lo hizo en voz alta. Gradualmente, la Sra. Parker se dobló como una prenda rígida que cae de un gancho. Después de eso, le quedaron arrugas en la mente y el cuerpo. A veces, los curiosos residentes le preguntaban qué le había dicho el médico.

"Dejen eso", respondía ella. "Si puedo obtener el perdón por haberlo oído, estaré satisfecha".

El médico de la ambulancia caminó con su carga entre la multitud de espectadores que seguían la carrera de la curiosidad, y hasta ellos retrocedieron avergonzados en la acera, pues su rostro era el de alguien que lleva a sus propios muertos.

Notaron que no depositó en la cama preparada dentro de la ambulancia la forma que llevaba, y todo lo que dijo fue: "Conduzcan como el infierno, Wilson", al conductor.

Esto es todo. ¿Es una historia? En el periódico de la mañana siguiente vi una pequeña nota de noticias, y la última frase de la misma puede ayudarte (como me ayudó a mí) a unir los incidentes.

21 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

El artículo relataba la admisión en el Hospital Bellevue de una joven que fue llevada desde la Calle Este número 49, sufriendo debilidad inducida por la inanición. Concluía con estas palabras:

"El Dr. William Jackson, el médico de ambulancia que atendió el caso, dice que la paciente se recuperará."

V

Un servicio de amor

CUANDO UNO AMA SU ARTE, ningún servicio parece demasiado duro.

Esa es nuestra premisa. Esta historia sacará una conclusión de ella y, al mismo tiempo, demostrará que la premisa es incorrecta. Eso será algo nuevo en lógica y un logro en la narración de historias algo más antiguo que la Gran Muralla China.

Joe Larrabee salió de las llanuras de post oaks del Medio Oeste palpitando con un genio para el arte pictórico. A los seis años, dibujó una imagen de la bomba de agua de la ciudad con un ciudadano prominente pasando a toda prisa por ella. Este esfuerzo fue enmarcado y colocado en la ventana de la tienda de drogas junto a una mazorca de maíz con un número impar de hileras. A los

veinte años, partió hacia Nueva York con una corbata de lazo y un capital algo más ajustado.

Delia Caruthers hizo cosas en seis octavas tan prometedoras en un pueblo de pinos en el sur que sus parientes aportaron lo suficiente para su sombrero con adornos de chips para que ella pudiera ir al "Norte" y "terminar". No podían ver su f - , pero esa es nuestra historia.

Joe y Delia se conocieron en un estudio de arte donde se habían reunido varios estudiantes de arte y música para discutir claroscuro, Wagner, música, cuadros de Rembrandt, papeles de pared, Chopin y Oolong.

Joe y Delia se enamoraron uno del otro o el uno del otro, como prefieras, y en poco tiempo se casaron, porque (ver arriba), cuando uno ama su arte, ningún servicio parece demasiado duro.

El Sr. y la Sra. Larrabee comenzaron a vivir juntos en un apartamento. Era un apartamento solitario, algo así como el A sostenido hacia abajo en el extremo izquierdo del teclado. Y eran felices, porque tenían su arte y tenían el uno al otro. Y mi consejo para el joven rico sería: vende todo lo que tienes y dáselo al pobre - al conserje - por el privilegio de vivir en un apartamento con tu arte y tu Delia. Los habitantes de apartamentos avalarán mi afirmación de que la suya es la única

22 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

felicidad verdadera. Si un hogar es feliz, no puede ser demasiado pequeño; deja que la cómoda se convierta en una mesa de billar, que la repisa se transforme en una máquina de remo, el escritorio en una habitación de cama adicional, y el lavamanos en un piano vertical; deja que las cuatro paredes se acerquen, si lo desean, siempre y cuando tú y tu Delia estén entre ellas. Pero si el hogar es del

otro tipo, que sea amplio y extenso; entra por la Puerta Dorada, cuelga tu sombrero en Hatteras, tu capa en el cabo de Hornos y sal por Labrador.

Joe estaba pintando en la clase del gran Magister, ya conoces su fama. Sus tarifas son altas, sus lecciones ligeras, sus toques de luz le han traído renombre. Delia estudiaba bajo la tutela de Rosenstock, ya conoces su reputación como un perturbador de las teclas del piano.

Eran muy felices mientras su dinero duraba. Como todos lo son, pero no seré cínico. Sus metas estaban muy claras y definidas. Joe debía ser capaz muy pronto de producir cuadros que viejos caballeros con patillas finas y billeteras gruesas se agolparían en su estudio por el privilegio de comprar. Delia debía familiarizarse y luego despreciar la música, de manera que cuando viera que las localidades de la orquesta y los palcos no se vendían, pudiera tener dolor de garganta y comer langosta en un comedor privado y negarse a subir al escenario.

Pero lo mejor, en mi opinión, era la vida en el hogar en el pequeño apartamento: las conversaciones ardientes y elocuentes después del estudio del día, las cenas acogedoras y desayunos frescos y ligeros, el intercambio de ambiciones, ambiciones entrelazadas entre sí o, de lo contrario, insustanciales, la ayuda y la inspiración mutuas; y, pasen por alto mi ingenuidad, aceitunas rellenas y sándwiches de queso a las 11 p.m.

Pero después de un tiempo, el Arte decaía. A veces sucede, incluso si no hay un banderillero que lo detenga. Todo se iba y nada entraba, como dicen los vulgares. Faltaba dinero para pagar los precios de Mr. Magister y Herr Rosenstock. Cuando uno ama su Arte, ningún servicio parece demasiado duro. Así que Delia dijo que debía dar clases de música para mantener la cacerola burbujeante.

Durante dos o tres días, salió a buscar alumnos. Una noche, regresó eufórica.

"Joe, cariño", dijo alegremente, "tengo una alumna. ¡Y, oh, la gente más encantadora! La hija del General A. B. Pinkney, en la Calle 71. ¡Una casa espléndida, Joe, deberías ver la puerta principal! Yo diría que es bizantina. ¡Y por dentro! Oh, Joe, nunca había visto algo así antes.

"Mi alumna es su hija Clementina. Ya la adoro." Es una joven delicada, siempre viste de blanco, y tiene modales dulces

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 23

y sencillos. Sólo tiene dieciocho años. Debo dar tres lecciones a la semana; y, ¡sólo piensa, Joe! \$5 por lección. No me importa en absoluto; porque cuando consiga dos o tres alumnos más, podré reanudar mis lecciones con Herr Rosenstock. Ahora, quítate esa arruga de la frente, cariño, y tengamos una buena cena."

"Está bien para ti, Dele", dijo Joe, atacando un tarro de guisantes con un cuchillo de trinchar y un hacha, "pero, ¿qué pasa conmigo? ¿Crees que voy a permitir que trabajes por un salario mientras yo divago en las regiones del arte elevado? ¡No, por los huesos de Benvenuto Cellini! Supongo que puedo vender periódicos o poner adoquines y ganar un dólar o dos".

Delia se acercó y se colgó de su cuello.

"Joe, cariño, eres tonto. Debes seguir con tus estudios. No es como si hubiera abandonado mi música y hubiera empezado a trabajar en otra cosa. Mientras enseño, aprendo. Siempre estoy con mi música. Y podemos vivir tan felices como millonarios con \$15 a la semana. No debes pensar en dejar al Sr. Magister".

"Está bien", dijo Joe, alcanzando el plato de verduras azul con borde de ondas.

"Pero odio que des lecciones. No es Arte. Pero eres una campeona y una querida por hacerlo".

"Cuando se ama a su Arte, ningún servicio parece demasiado difícil", dijo Delia.

"Magister elogió el cielo en ese boceto que hice en el parque", dijo Joe. "Y Tinkle me dio permiso para colgar dos de ellos en su ventana. Puede que venda uno si el tipo adecuado, un idiota rico, los ve".

"Estoy segura de que lo harás", dijo Delia dulcemente. "Y ahora, demos gracias por el General Pinkney y este asado de ternera".

Durante toda la semana siguiente, los Larrabee desayunaron temprano. Joe estaba entusiasmado con unos bocetos de efectos matutinos que estaba haciendo en Central Park, y Delia lo preparó, elogió y besó a las siete de la mañana. El Arte es una amante cautivadora. La mayoría de las veces era las siete en punto cuando regresaba por la tarde.

Al final de la semana, Delia, dulcemente orgullosa pero lánguida, arrojó triunfalmente tres billetes de cinco dólares en la mesa central del salón del apartamento de 8 por 10 pies.

"A veces", dijo un poco cansada, "Clementina me pone a prueba. Me temo que no practica lo suficiente, y tengo que decirle las mismas cosas una y otra vez. Y siempre se viste completamente de blanco, y eso se vuelve monótono. Pero el General Pinkney es el anciano más adorable. Ojalá pudieras conocerlo, Joe." A veces entra

24 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

cuando estoy con Clementina en el piano - es viudo, ya sabes - y se queda allí tirando de su barba blanca. "Y ¿cómo van progresando las semifusas y las fusa dobles?" siempre pregunta.

"¡Ojalá pudieras ver el revestimiento de madera en esa sala de dibujo, Joe! Y esas cortinas de piel de Astracán. Y Clementina tiene una tos tan graciosa. Espero que sea más fuerte de lo que parece. En realidad me estoy encariñando con ella, es tan gentil y de alta cuna. El hermano del General Pinkney fue una vez Ministro en Bolivia."

Y luego Joe, con aire de Monte Cristo, sacó un billete de diez, uno de cinco, uno de dos y uno de un dólar, todos billetes legales, y los colocó junto a las ganancias de Delia.

"Vendí esa acuarela del obelisco a un hombre de Peoria," anunció triunfalmente.

"No bromees conmigo," dijo Delia, "¡no de Peoria!"

"Desde Peoria. Ojalá pudieras verlo, Dele. Un hombre gordo con una bufanda de lana y un palillo de dientes de pluma. Al principio vio el boceto en la ventana de Tinkle y pensó que era un molino de viento. Sin embargo, no se echó atrás y lo compró de todos modos. También encargó otro, un boceto al óleo de la estación de tren Lackawanna, para llevarlo consigo. ¡Lecciones de música! Oh, supongo que el Arte todavía tiene su sitio."

"Me alegra que hayas seguido," dijo Delia sinceramente. "Estás destinado a triunfar, cariño. ¡Treinta y tres dólares! Nunca habíamos tenido tanto para gastar. Hoy cenaremos ostras."

"Y filet mignon con champiñones," dijo Joe. "¿Dónde está el tenedor de aceitunas?"

El sábado siguiente, Joe llegó a casa primero. Extendió sus 18 dólares en la mesa del salón y se lavó lo que parecía ser mucha pintura oscura de las manos.

Medio hora después, Delia llegó con su mano derecha envuelta en un fardo amorfo de vendas y apósitos.

"¿Qué ha pasado?" preguntó Joe después de los saludos habituales.

Delia rió, pero no muy alegremente.

"Clementina", explicó, "insistió en un Welsh rabbit después de su lección. Es una chica tan extraña. Welsh rabbit a las cinco de la tarde. El General estaba allí. Deberías haberlo visto correr a buscar el calentaplatos, Joe, como si no hubiera un sirviente en la casa. Sé que Clementina no está en buena salud; es tan nerviosa. Al servir el rabbit, derramó una gran cantidad, hirviendo, sobre mi mano y muñeca. Me dolió mucho, Joe. ¡Y la querida chica estaba tan arrepentida! Pero el General Pinkney... Joe, ese anciano casi se volvió loco." Bajó corriendo las escaleras y envió a alguien, dijeron que al

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 25

encargado de la caldera o a alguien del sótano, a una farmacia para comprar aceite y cosas para vendarla. No duele tanto ahora.'

'¿Qué es esto?' preguntó Joe, tomando la mano con ternura y tirando de algunos hilos blancos bajo las vendas.

'Es algo suave', dijo Delia, 'que tenía aceite. Oh, Joe, ¿vendiste otro boceto?' Había visto el dinero en la mesa.

'¿Vendí?' dijo Joe. 'Solo pregunta al hombre de Peoria. Hoy recibió su estación y no está seguro, pero cree que quiere otro paisaje de parques y una vista en el Hudson. ¿A qué hora de esta tarde te quemaste la mano, Dele?'

'Cinco de la tarde, creo', dijo Delia quejumbrosamente. 'La plancha - quiero decir, el rabbit salió del fuego alrededor de esa hora. Deberías haber visto al General Pinkney, Joe, cuando...'

'Siéntate aquí un momento, Dele', dijo Joe. La atrajo hacia el sofá, se sentó a su lado y puso su brazo sobre sus hombros.

'¿Qué has estado haciendo en las últimas dos semanas, Dele?' preguntó.

Ella lo desafió por un momento o dos con un ojo lleno de amor y terquedad, y murmuró algunas frases vagas de General Pinkney; pero finalmente bajó la cabeza y salió la verdad y las lágrimas.

"No pude conseguir ningún alumno", confesó. "Y no podía soportar que dejaras tus lecciones, y conseguí trabajo planchando camisas en esa gran lavandería de la calle Veinticuatro. Y creo que lo hice muy bien al inventar a General Pinkney y Clementina, ¿no crees, Joe? Y cuando una chica de la lavandería dejó caer una plancha caliente en mi mano esta tarde, estaba todo el camino a casa inventando esa historia sobre el rabbit galés. ¿No estás enojado, verdad, Joe? Y si no hubiera conseguido trabajo, no habrías podido vender tus bocetos a ese hombre de Peoria".

"No era de Peoria", dijo Joe lentamente.

"Bueno, no importa de dónde fuera. ¡Qué inteligente eres, Joe! - y - bésame, Joe - ¿y qué te hizo sospechar que no estaba dando lecciones de música a Clementina?"

"No lo hice", dijo Joe, "hasta esta noche. Y no lo habría hecho entonces, a menos que hubiera enviado este trapo de algodón y aceite desde la sala de máquinas esta tarde para una chica de arriba que se había quemado la mano con una plancha. He estado encendiendo el motor de esa lavandería durante las últimas dos semanas."

"Y luego no lo hiciste -" 'Mi comprador de Peoria', dijo Joe, 'y el General Pinkney son

26 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

creaciones de la misma arte, pero no los llamarías ni pintura ni música.' Y entonces ambos rieron, y Joe comenzó:

'Cuando uno ama su Arte, ningún servicio parece -'

Pero Delia lo detuvo con la mano en sus labios. 'No', dijo -

'solo "Cuando uno ama".'

VI

La presentación de Maggie

TODOS LOS SÁBADOS POR LA NOCHE, el Clover Leaf Social Club organizaba un baile en el salón de la Asociación Atlética Give and Take en el lado este de la ciudad. Para asistir a uno de estos bailes, debías ser miembro de Give and Take, o, si pertenecías a la división que comenzaba con el pie derecho al bailar el vals, debías trabajar en la fábrica de cajas de papel Rhinegold. Sin embargo, cualquier miembro de Clover Leaf tenía el privilegio de escoltar o ser escoltado por un forastero en un solo baile. Pero la mayoría de los miembros de Give and Take llevaban a la chica de la fábrica de cajas de papel que les gustaba, y pocos extraños podían jactarse de haber sacudido un pie en los bailes regulares.

Maggie Toole, debido a sus ojos apagados, su boca ancha y su estilo zurdo de bailar el two-step, iba a los bailes con Anna McCarty y su "novio". Anna y Maggie trabajaban juntas en la fábrica y eran las mejores amigas. Así que Anna siempre hacía que Jimmy Burns pasara por la casa de Maggie cada sábado por la noche para que su amiga pudiera ir al baile con ellos.

La Asociación Atlética Give and Take hacía honor a su nombre. El salón de la asociación en Orchard Street estaba equipado con inventos para fortalecer los músculos. Con las fibras que así se desarrollaban, los miembros solían

enfrentarse a la policía y a otras organizaciones sociales y atléticas rivales en combates alegres. Entre estas ocupaciones más serias, los bailes del sábado por la noche con las chicas de la fábrica de cajas de papel se presentaban como una influencia refinadora y una pantalla eficiente. A veces, el aviso se propagaba, y si estabas entre los elegidos que subían de puntillas por la oscura escalera trasera, podías presenciar un espectáculo ordenado y satisfactorio de pesos welter llegando a su fin, como nunca ocurrió dentro de las cuerdas.

Los sábados, la fábrica de cajas de papel Rhinegold cerraba a las 3 de la tarde. En una tarde así, Anna y Maggie caminaban juntas de regreso a casa. En la puerta de Maggie, Anna dijo, como de costumbre: 'Prepárate a las siete en punto, Mag, y Jimmy y yo pasaremos por ti'.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 27

Pero, ¿qué era esto? En lugar de las humildes y agradecidas gracias habituales de la que no tenía acompañante, se percibía una cabeza altiva, una sonrisa orgullosa en las comisuras de una boca ancha y casi un destello en un ojo marrón apagado.

'Gracias, Anna', dijo Maggie, 'pero tú y Jimmy no tienen por qué molestaros esta noche. Tengo un amigo caballero que va a venir a acompañarme al baile.'

La hermosa Anna se abalanzó sobre su amiga, la sacudió, la reprendió y la suplicó. ¿Maggie Toole con un chico? Maggie, tan dulce como amiga, tan poco buscada para un vals o un banco a la luz de la luna en el pequeño parque. ¿Cómo había sucedido? ¿Cuándo ocurrió? ¿Quién era?

'Lo verás esta noche', dijo Maggie, emocionada por el vino de las primeras uvas que había recogido en el viñedo de Cupido. 'Es realmente elegante. Es dos

pulgadas más alto que Jimmy y se viste a la última moda. Te lo presentaré, Anna, en cuanto lleguemos al salón.'

Anna y Jimmy fueron de los primeros Clover Leafs en llegar esa noche. Los ojos de Anna estaban fijos en la puerta del salón para ver el primer vistazo al 'capturado' de su amiga.

A las 8:30, la señorita Toole entró en el salón con su acompañante.

Rápidamente, su mirada triunfante descubrió a su amiga bajo el ala de su fiel Jimmy.

'¡Oh, vaya!', exclamó Anna, 'Mag no ha hecho un éxito, ¡oh no! ¿Chico elegante? ¡Bueno, lo creo! ¿Estilo? ¡Míralo!'

'Ve tan lejos como quieras', dijo Jimmy, con aspereza en su voz. 'Siéstralo si lo quieres. Estos chicos nuevos siempre tienen éxito con el grupo. No me importa. No es que ahorque todos los limones, supongo. ¡Ja!'

'Cállate, Jimmy. Sabes a lo que me refiero. Me alegro por Mag. El primer chico que tiene. Oh, ahí vienen.'

A través del salón, Maggie navegó como un coqueto yate escoltado por un majestuoso crucero. Y verdaderamente, su acompañante justificaba los elogios de la fiel amiga. Era dos pulgadas más alto que el atleta promedio de Give and Take; su cabello oscuro estaba rizado; sus ojos y sus dientes brillaban cada vez que regalaba sus frecuentes sonrisas. Los jóvenes del Club Clover Leaf no confiaban tanto en las gracias personales como en su destreza, sus logros en los conflictos mano a mano y su capacidad para librarse de los problemas legales que constantemente lo amenazaban. El miembro de la asociación que quisiera atar a una doncella de una tienda de cajas de papel a su carro triunfal

despreciaría los modales de Beau Brummel. No consideraban estos métodos dignos de la guerra. Los abultados bíceps,

28 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

el abrigo tirante en sus botones sobre el pecho, el aire de convicción consciente de la supremacía del varón en la cosmogonía de la creación, incluso una serena exhibición de piernas arqueadas como armas de conquista y encanto en los gentiles torneos de Cupido: estos eran los brazos y municiones aprobados de los galanes de Clover Leaf. Contemplaron, entonces, las genuflexiones y las poses seductoras de este visitante con sus barbillas en un ángulo nuevo.

'Un amigo mío, el Sr. Terry O'Sullivan', era la fórmula de introducción de Maggie.

Ella lo condujo alrededor de la sala, presentándolo a cada Clover Leaf que llegaba. Casi era bonita ahora, con la luminosidad única en sus ojos que le llega a una chica con su primer pretendiente y a un gatito con su primer ratón.

'Maggie Toole finalmente ha conseguido un chico', fue la noticia que corrió entre las chicas de las cajas de papel. 'Mira al galán de Mag', expresaban los Give and Takes con su indiferente desprecio.

Por lo general, en los bailes semanales, Maggie mantenía un lugar en la pared, manteniendo su espalda caliente. Sentía y mostraba tanta gratitud cuando un compañero abnegado la invitaba a bailar que su placer se abarataba y disminuía. Incluso se había acostumbrado a notar a Anna empujar al reacio Jimmy con el codo como una señal para que invitara a su amiga a caminar sobre sus pies en un dos por cuatro.

Pero esta noche, la calabaza se había convertido en una carroza tirada por seis corceles. Terry O'Sullivan era un Príncipe Encantador victorioso, y Maggie Toole realizó su primer vuelo de mariposa. Y aunque nuestras metáforas del país de las hadas se mezclen con las de la entomología, no derramarán ni una gota de ambrosía del melodía coronada de rosas de la única noche perfecta de Maggie.

Las chicas la asediaron para que les presentara a su 'chico'. Los jóvenes de Clover Leaf, después de dos años de ceguera, de repente descubrieron encantos en la Srta. Toole. Exhibieron sus músculos imponentes ante ella y la invitaron a bailar. Así marcó puntos; pero los honores de la noche fueron para Terry O'Sullivan, que brilló y se movió con facilidad por la sala. Bailó como un fauno, introdujo modales, estilo y atmósfera; sus palabras fluían con elegancia, y - bailó dos veces seguidas con la chica de las cajas de papel que trajo Dempsey Donovan.

Dempsey era el líder de la asociación. Llevaba un esmoquin y podía hacer flexiones en la barra dos veces con una mano. Era uno de los lugartenientes de 'Big Mike' O'Sullivan y nunca tenía problemas. Ningún policía se atrevía a arrestarlo. Cada vez que le rompía la cabeza a un hombre

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 29

de los carritos de frutas o disparaba a un miembro de la Asociación de Salidas y Literatura Heinrick B. Sweeney en la rodilla, un oficial se acercaba y le decía: 'El capitán le gustaría verlo unos minutos en la oficina cuando tenga tiempo, Dempsey, amigo mío'. Pero habría varios caballeros allí con grandes cadenas de oro de bolsillo y cigarros negros; y alguien contaría una historia graciosa, y luego Dempsey volvería y trabajar media hora con las pesas de seis libras. Así que hacer un acto de cuerda floja en un alambre tendido sobre las Cataratas del Niágara era una actuación terpsicoreana segura en comparación con bailar dos

veces con la chica de las cajas de papel de Dempsey Donovan. A las diez en punto, el redondo y alegre rostro de 'Big Mike' O'Sullivan brilló en la puerta durante cinco minutos. Siempre se asomaba durante cinco minutos, sonreía a las chicas y entregaba puros perfectos a los chicos encantados. Dempsey Donovan estaba a su lado al instante, hablando rápidamente. 'Big Mike' observó atentamente a los bailarines, sonrió, sacudió la cabeza y se marchó. La música se detuvo. Los bailarines se dispersaron en las sillas a lo largo de las paredes. Terry O'Sullivan, con su fascinante reverencia, entregó a una bonita chica de azul a su pareja y comenzó a buscar a Maggie. Dempsey lo interceptó en medio de la pista. Un fino instinto que Roma debe habernos legado hizo que casi todos se volvieran para mirarlos: había un sutil sentimiento de que dos gladiadores se habían encontrado en la arena. Dos o tres de los Give and Takes, con mangas ajustadas, se acercaron. 'Un momento, Sr. O'Sullivan', dijo Dempsey. 'Espero que lo esté pasando bien. ¿Dónde dijo que vivía? Los dos gladiadores estaban bien emparejados. Dempsey tenía, tal vez, diez libras de ventaja. El O'Sullivan tenía amplitud con rapidez. Dempsey tenía un ojo glacial, una boca dominante, una mandíbula indestructible, una tez como la de una belleza y la serenidad de un campeón. El visitante mostraba más fuego en su desprecio y menos control sobre su evidente mueca. Eran enemigos por la ley escrita cuando las rocas estaban fundiéndose. Eran demasiado espléndidos, demasiado poderosos, demasiado incomparables para dividir la preeminencia. Solo uno debía sobrevivir. 'Vivo en Grand', dijo O'Sullivan con insolencia, 'y no hay problema en encontrarme en casa. ¿Dónde vives tú?' Dempsey ignoró la pregunta. 'Dices que te llamas O'Sullivan', continuó. 'Bien, "Big Mike" dice que nunca te ha visto antes.'

"Montones de cosas que él nunca vio", dijo la favorita del baile. "Por lo general", continuó Dempsey dulcemente, "los O'Sullivan en este distrito se conocen entre sí. Has acompañado a una de nuestras miembros aquí, y queremos tener una oportunidad para hacerlo bien. Si tienes un árbol genealógico, déjanos ver algunos brotes históricos de O'Sullivan en él. ¿O quieres que lo saquemos de ti arrancándolo de raíz?" "Supongo que te ocupes de tus propios asuntos", sugirió O'Sullivan amablemente. Los ojos de Dempsey se iluminaron. Levantó un dedo inspirado como si una idea brillante le hubiera ocurrido. "¡Ya lo tengo!", dijo cordialmente. "Fue solo un pequeño error. No eres ningún O'Sullivan. Eres un mono de cola anillada. Disculpa por no reconocerte al principio." El ojo de O'Sullivan brilló. Hizo un movimiento rápido, pero Andy Geoghan estaba listo y atrapó su brazo. Dempsey asintió a Andy y William McMahan, el secretario del club, y se dirigió rápidamente hacia una puerta en la parte trasera del salón. Dos miembros más de la Asociación Give and Take se unieron rápidamente al pequeño grupo. Terry O'Sullivan estaba ahora en manos de la Junta de Reglas y Árbitros Sociales. Le hablaron brevemente y en voz baja, y lo llevaron afuera por la misma puerta de atrás. Este movimiento por parte de los miembros del Clover Leaf requiere una palabra de aclaración. Detrás del salón de la asociación había una habitación más pequeña alquilada por el club. En esta habitación se resolvían las dificultades personales que surgían en la pista de baile, hombre a hombre, con las armas de la naturaleza, bajo la supervisión de la Junta. Ninguna dama podía decir que había presenciado una pelea en un baile del Clover Leaf en varios años. Sus caballeros miembros lo garantizaban. Tan fácil y suavemente habían hecho Dempsey y la Junta su trabajo preliminar que muchos en el salón no habían notado la interrupción del fascinante triunfo social de O'Sullivan. Entre ellos estaba Maggie. Miró a su acompañante. "¡Apresúrate!" dijo Rose Cassidy. "¿No te diste cuenta? Demps Donovan se peleó con tu chico, y se los llevaron a la sala de ajustes con él.

¿Cómo me queda el pelo así, Mag?" Maggie puso una mano en el pecho de su blusa de muselina. "¡Se fue a pelear con Dempsey!" dijo sin aliento. "Tienen que detenerlos. Dempsey Donovan no puede pelear con él. ¡Lo matará!" "Ah, ¿a quién le importa?", dijo Rosa. ¿No pelean algunos de ellos en cada baile?

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 31

Pero Maggie ya se había ido, abriéndose camino zigzagueante a través del laberinto de bailarines. Ella irrumpió por la puerta trasera en el oscuro pasillo y luego arremetió con su hombro sólido contra la puerta de la sala de combate singular. Cedió, y en el instante en que entró, su ojo captó la escena: la Junta de Árbitros de pie con relojes abiertos; Dempsey Donovan en camisa y corbata, bailando con pies ligeros y la gracia cautelosa del boxeador moderno, al alcance de su adversario; Terry O'Sullivan de pie, con los brazos cruzados y una mirada asesina en sus oscuros ojos. Y sin disminuir la velocidad de su entrada, saltó hacia adelante con un grito, saltó a tiempo para atrapar y colgarse del brazo de O'Sullivan que se alzaba repentinamente, y arrebató de él el largo y brillante puñal que había sacado de su pecho.

El cuchillo cayó y sonó en el suelo. ¡Acero frío sacado en las salas de la Asociación Give and Take! ¡Nunca había sucedido tal cosa antes! Todos permanecieron inmóviles durante un minuto. Andy Geoghan pateó el estilete con la punta del zapato, con curiosidad, como un anticuario que ha encontrado un arma antigua desconocida para su aprendizaje.

Y luego O'Sullivan susurró algo ininteligible entre sus dientes. Dempsey y la Junta se miraron. Y luego Dempsey miró a O'Sullivan sin enojo, como se mira a un perro vagabundo, y asintió con la cabeza en dirección a la puerta.

"Las escaleras traseras, Giuseppi", dijo brevemente. "Alguien arrojará tu sombrero detrás de ti".

Maggie se acercó a Dempsey Donovan. Había un brillante rubor en sus mejillas, por las cuales lágrimas lentas corrían. Pero lo miró valientemente a los ojos.

"Lo sabía, Dempsey", dijo, mientras sus ojos se volvían apagados incluso en sus lágrimas. "Sabía que era un italiano. Su nombre es Tony Spinelli. Entré apurada cuando me dijeron que tú y él estaban peleando. Esos italianos siempre llevan cuchillos. Pero no entiendes, Dempsey. Nunca tuve un chico en mi vida. Me cansé de venir con Anna y Jimmy todas las noches, así que arreglé con él para que se hiciera llamar O'Sullivan y lo traje. Sabía que no habría nada para él si venía como un Dago. Supongo que renunciaré al club ahora".

Dempsey se volvió hacia Andy Geoghan.

"Tira ese cuchillo por la ventana", dijo, "y diles adentro que el Sr. O'Sullivan ha recibido un mensaje telefónico para ir a Tammany Hall".

Y luego se volvió de nuevo hacia Maggie.

32 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

'Dime, Mag', dijo, 'te acompañaré a casa. ¿Y qué tal el próximo sábado por la noche? ¿Vendrás al baile conmigo si paso por ti?'

Fue sorprendente cómo los ojos de Maggie pudieron pasar de apagados a un brillante color marrón en un abrir y cerrar de ojos.

'¿Contigo, Dempsey?', balbuceó. '¿Qué crees? ¿Nadaría un pato?'

VII

El policía y el himno

EN SU BANCO EN MADISON SQUARE Soapy se movió incómodo. Cuando las ocas salvajes graznan alto por las noches y cuando las mujeres sin abrigos de piel de foca se muestran amables con sus maridos, y cuando Soapy se mueve incómodo en su banco del parque, sabes que el invierno está cerca. Una hoja muerta cayó en el regazo de Soapy. Esa era la tarjeta de Jack Frost. Jack es amable con los habitantes habituales de Madison Square y advierte de su visita anual. En las esquinas de las cuatro calles, entrega su tarjeta al Viento del Norte, el lacayo de la mansión de Todo al Aire Libre, para que los habitantes puedan prepararse. La mente de Soapy se dio cuenta de que había llegado el momento de convertirse en un singular Comité de Finanzas para prepararse contra la inclemencia que se avecina. Y por lo tanto se movió incómodo en su banco. Las ambiciones hibernales de Soapy no eran las más altas. En ellas no había consideraciones de cruceros por el Mediterráneo, de cielos sosegados del sur o de deriva en la Bahía de Vesubio. Lo que su alma deseaba era pasar tres meses en la isla. Tres meses con comida y cama seguras y compañía afín, a salvo de Bóreas y policías, parecía a Soapy lo esencial. Durante años, Blackwell's había sido su alojamiento de invierno. Así como sus conciudadanos más afortunados compraban sus billetes a Palm Beach y la Riviera cada invierno, Soapy había hecho sus modestos arreglos para su anual éxodo a la isla. Y ahora había llegado el momento. La noche anterior, tres periódicos dominicales, distribuidos debajo de su abrigo, alrededor de sus tobillos y en su regazo, no habían logrado repeler el frío mientras dormía en su banco cerca de la fuente burbujeante en la antigua plaza. Así que la isla se mostraba grande y oportuna en la mente de Soapy. Despreció las disposiciones hechas en nombre de la caridad para los necesitados de la ciudad.

En la opinión de Soapy, la Ley era más benigna que la Filantropía. Había un interminable conjunto de instituciones, municipales y benéficas, en las que él podría presentarse y recibir alojamiento y comida acorde con la vida sencilla. Pero para un espíritu orgulloso como el de Soapy, los regalos de la caridad estaban cargados de obstáculos. Si no en monedas, debías pagar en humillación del espíritu por cada beneficio recibido de la mano de la filantropía. Como César tenía a su Bruto, cada cama de caridad debía tener su precio en un baño, cada pan su compensación en una investigación privada y personal. Por lo tanto, era mejor ser un huésped de la ley, que, aunque se rige por normas, no se inmiscuye indebidamente en los asuntos privados de un caballero. Soapy, habiendo decidido ir a la Isla, se dispuso de inmediato a cumplir su deseo. Había muchas formas fáciles de hacerlo. La más agradable era cenar lujosamente en algún restaurante caro y, luego, después de declararse insolvente, entregarse en silencio y sin alboroto a un policía. Un magistrado complaciente haría el resto.

Soapy dejó su banco y salió de la plaza, cruzando el mar de asfalto nivelado donde Broadway y la Quinta Avenida confluyen. Subió por Broadway y se detuvo en un café reluciente, donde se reunían cada noche los productos más selectos de la uva, el gusano de seda y el protoplasma. Soapy tenía confianza en sí mismo, desde el botón más bajo de su chaleco hacia arriba. Estaba afeitado, su abrigo era decente y su elegante corbata negra lista para usar le había sido regalada por una señorita misionera en el Día de Acción de Gracias. Si lograba llegar a una mesa del restaurante sin levantar sospechas, el éxito sería suyo. La parte de él que se vería por encima de la mesa no despertaría ninguna duda en la mente del camarero. Un pato asado al horno, pensó Soapy, sería lo adecuado, con una botella de Chablis, y luego un Camembert, un café y un cigarro. Un dólar para el cigarro sería suficiente. El total no sería tan alto como para provocar una manifestación suprema de venganza por parte de la administración del café, y aún así, la comida lo dejaría satisfecho y feliz para el

viaje a su refugio invernal. Pero cuando Soapy puso un pie dentro de la puerta del restaurante, el ojo del jefe de sala cayó sobre sus pantalones raídos y sus zapatos decadentes. Manos fuertes y decididas lo voltearon en silencio y prisa hacia la acera y evitaron el destino innoble del amenazado pato.

Soapy se alejó de Broadway. Parecía que su camino hacia la codiciada Isla no sería uno epicúreo. Debía pensar en alguna otra forma de entrar en el limbo.

34 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

En una esquina de la Sexta Avenida, las luces eléctricas y los productos cuidadosamente exhibidos detrás de un cristal hacían que un escaparate fuera conspicuo. Soapy tomó un adoquín y lo lanzó a través del cristal. La gente acudió corriendo desde la esquina, con un policía a la cabeza. Soapy se quedó quieto, con las manos en los bolsillos, y sonrió al ver los botones de latón.

¿Dónde está el hombre que hizo eso? - preguntó el oficial excitado.

¿No calculas que podría haber tenido algo que ver con ello? - dijo Soapy, no sin sarcasmo, pero amistosamente, como quien saluda a la buena fortuna.

La mente del policía se negó a aceptar a Soapy siquiera como pista. Los hombres que rompen ventanas no se quedan a parlamentar con los secuaces de la ley. Salen corriendo. El policía vio a un hombre corriendo hacia el tranvía a medio camino de la cuadra. Con su porra en mano, se unió a la persecución. Soapy, con disgusto en el corazón, deambuló a lo largo de la acera, sin éxito por segunda vez.

En el lado opuesto de la calle había un restaurante sin grandes pretensiones. Atendía a apetitos grandes y billeteras modestas. Su vajilla y su ambiente eran toscos; su sopa y su mantelería escasos. Soapy entró en este lugar con sus zapatos acusadores y pantalones reveladores sin que nadie se lo impidiera. Se

sentó en una mesa y se zampó un filete, hotcakes, rosquillas y tarta. Y luego, al camarero, le reveló que el centavo más pequeño y él eran extraños entre sí.

Ahora, ponte en marcha y llama a un policía - dijo Soapy. - Y no hagas esperar a un caballero.

Ningún policía para usted - dijo el camarero, con una voz como pastelitos de mantequilla y una mirada como la guinda de un cóctel Manhattan. - ¡Oye, Con!

Con elegancia, dos camareros arrojaron a Soapy sobre su oído izquierdo en el pavimento calloso. Se levantó, articulación por articulación, como se abre una regla de carpintero, y sacudió el polvo de su ropa. El arresto parecía un sueño de color de rosa. La Isla parecía estar muy lejos. Un policía que estaba delante de una farmacia a dos puertas de distancia rió y se alejó por la calle.

Soapy recorrió cinco cuadras antes de que su coraje le permitiera buscar la captura nuevamente. Esta vez, la oportunidad presentó lo que él fatuamente llamó un "chollo". Una joven de aspecto modesto y agradable estaba parada frente a un escaparate mirando con interés alegre su exhibición de tazas de afeitar y portaplumas, y a dos metros de la ventana, un gran policía de severo semblante se apoyaba en un hidrante.

El plan de Soapy era asumir el papel del despreciable y execrado "masher". La apariencia refinada y elegante de su

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 35

víctima y la proximidad del agente de policía consciente lo alentaron a creer que pronto sentiría el agradable agarre oficial en su brazo que aseguraría su alojamiento de invierno en la pequeña y ajustada isla correcta. Soapy enderezó la corbata lista de la misionera, ajustó sus puños encogidos para que se mostraran, inclinó su sombrero con un ángulo de matar y se acercó

sigilosamente a la joven. Le lanzó miradas, fue tomado por súbitas toses y carraspeos, sonrió, se mostró afable y recorrió con desfachatez la impudente y despreciable letanía del "masher". Con medio ojo, Soapy vio que el policía lo estaba observando fijamente. La joven se alejó unos pasos y volvió a centrar su atención en las tazas de afeitarse. Soapy la siguió, avanzando con valentía hacia su lado, se quitó el sombrero y dijo:

¡Eh, Bedelia! ¿No quieres venir a jugar a mi jardín?

El policía seguía mirando. La joven perseguida solo tenía que hacer un gesto con el dedo y Soapy estaría prácticamente en camino hacia su refugio insular. Ya imaginaba que podía sentir el cálido confort de la comisaría. La joven se enfrentó a él y, extendiendo la mano, agarró la manga del abrigo de Soapy.

¡Claro, Mike! - dijo alegremente - si me invitas a una jarra de cerveza. Hubiera hablado contigo antes, pero el policía estaba mirando.

Con la joven jugando el papel de enredadera junto a su roble, Soapy pasó junto al policía, abrumado por la tristeza. Parecía condenado a la libertad.

En la siguiente esquina se deshizo de su compañera y corrió. Se detuvo en la zona donde por la noche se encuentran las calles más concurridas, los corazones, los votos y los librejos. Mujeres con pieles y hombres con abrigos se movían alegremente en el aire invernal. Soapy sintió un miedo repentino de que algún encantamiento terrible lo hubiera vuelto inmune al arresto. El pensamiento le causó un poco de pánico y, cuando se encontró con otro policía que se pavoneaba grandiosamente frente a un teatro resplandeciente, se aferró a la paja inmediata de "conducta desordenada".

En la acera, Soapy comenzó a gritar incoherencias ebrias a todo pulmón con su voz áspera. Bailaba, aullaba, deliraba y perturbaba el cielo. El policía giró su porra, dio la espalda a Soapy y le comentó a un ciudadano:

Es uno de esos jóvenes de Yale celebrando el cero que le dieron a la Universidad de Hartford. Ruidoso, pero no hace daño. Tenemos instrucciones de dejarlos en paz.

36 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

Desconsolado, Soapy cesó en su inútil alboroto. ¿Nunca un policía pondría las manos sobre él? En su imaginación, la Isla parecía una Arcadia inalcanzable. Se abrochó el delgado abrigo contra el viento helado.

En una tienda de cigarros vio a un hombre bien vestido encendiendo un cigarro en una luz colgante. Había dejado su paraguas de seda junto a la puerta al entrar. Soapy entró, tomó el paraguas y se alejó lentamente con él. El hombre del cigarro lo siguió rápidamente.

"Mi paraguas", dijo él con severidad.

"Oh, ¿sí?" se burló Soapy, añadiendo insulto al hurto menor. "Bueno, ¿por qué no llamas a un policía? Lo tomé. ¡Tu paraguas! ¿Por qué no llamas a un poli? Ahí hay uno en la esquina".

El dueño del paraguas redujo su paso. Soapy hizo lo mismo, presentando un presentimiento de que la suerte volvería a estar en su contra. El policía miró a los dos con curiosidad.

"Por supuesto", dijo el dueño del paraguas, "esto es... bueno, sabes cómo ocurren estos errores... lo tomé esta mañana en un restaurante... Si lo reconoces como tuyo, entonces... espero que me disculpes..."

"Por supuesto que es mío", dijo Soapy con malicia.

El exdueño del paraguas se retiró. El policía se apresuró a ayudar a una alta rubia con un abrigo de ópera a cruzar la calle frente a un tranvía que se acercaba a dos cuadras de distancia.

Soapy caminó hacia el este por una calle dañada por mejoras. Arrojó el paraguas con enojo en una excavación. Murmuró en contra de los hombres que usan cascos y llevan porras. Porque quería caer en sus manos, parecían considerarlo como un rey que no podía hacer nada malo.

Finalmente, Soapy llegó a una de las avenidas del este donde el brillo y la agitación eran tenues. Dirigió su rostro hacia Madison Square, porque el instinto de regresar a casa sobrevive incluso cuando el hogar es un banco en un parque.

Pero en una esquina inusualmente tranquila, Soapy se detuvo. Allí había una antigua iglesia, pintoresca y con tejados a dos aguas. A través de una ventana teñida de violeta brillaba una luz suave, donde, sin duda, el organista se entretenía con las teclas, asegurándose de su dominio del próximo himno del sábado. Pues de allí llegó a los oídos de Soapy una dulce música que lo atrapó y lo mantuvo absorto contra las vueltas de la verja de hierro.

La luna brillaba arriba, lustrosa y serena; había pocos vehículos y peatones; los gorriones gorjeaban somnolientos en los aleros; por un momento, la escena podría haber sido un cementerio de campo. Y

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 37

el himno que el organista tocaba cementó a Soapy a la verja de hierro, porque lo había conocido bien en los días en que su vida contenía cosas como madres y rosas, ambiciones y amigos, pensamientos inmaculados y cuellos limpios.

La conjunción del estado de ánimo receptivo de Soapy y las influencias sobre la vieja iglesia obraron un cambio repentino y maravilloso en su alma. Miró con

horror repentino el abismo en el que había caído, los días degradados, los deseos indignos, las esperanzas muertas, las facultades destrozadas y los motivos viles que conformaban su existencia.

Y también en un instante su corazón respondió emocionado a este nuevo estado de ánimo. Un impulso instantáneo y poderoso lo movió a luchar contra su destino desesperado. Se sacaría a sí mismo del fango; volvería a ser un hombre; conquistaría el mal que se había apoderado de él. Había tiempo; todavía era relativamente joven; resucitaría sus antiguas ambiciones ansiosas y las perseguiría sin titubear. Esos solemnes pero dulces acordes de órgano habían provocado una revolución en él. Mañana iría al bullicioso distrito del centro y buscaría trabajo. Una vez un importador de pieles le había ofrecido un trabajo como conductor. Lo encontraría mañana y pediría el puesto. Sería alguien en el mundo. Él sería -

Soapy sintió una mano sobre su brazo. Miró rápidamente a su alrededor y vio el rostro amplio de un policía.

'¿Qué estás haciendo aquí?' preguntó el oficial.

'Nada', dijo Soapy.

'Entonces ven conmigo', dijo el policía.

'Tres meses en la isla', dijo el magistrado en el tribunal de policía a la mañana siguiente.

VIII

Memorias de un perro amarillo

NO CREO QUE ninguno de ustedes se caiga de su percha al leer una contribución de un animal. El Sr. Kipling y muchos otros han demostrado que los animales pueden expresarse en un inglés remunerativo, y ninguna revista sale a la prensa

hoy en día sin una historia de un animal en ella, excepto las revistas al estilo antiguo que todavía publican imágenes de Bryan y el horror del Mont Pelée. Pero no necesitas buscar literatura pretenciosa en mi obra,

38 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

como Bearoo, el oso, y Snakoo, la serpiente, y Tammanoo, el tigre, hablan en los libros de la selva. Un perro amarillo que ha pasado la mayor parte de su vida en un apartamento barato de Nueva York, durmiendo en un rincón sobre una vieja enagua de satén (la que derramó vino de Oporto en el banquete de las Estibadoras de Lady Longshoremen), no se le debe esperar que realice trucos con el arte del habla.

Nací como un cachorro amarillo; fecha, localidad, pedigrí y peso desconocidos. Lo primero que puedo recordar es a una anciana que me tenía en una cesta en Broadway y la calle Veintitrés, tratando de venderme a una mujer obesa. La vieja Madre Hubbard me estaba promocionando como un auténtico Pomeranian-Hambletonian-Red-Irish-Cochin-China-Stoke-Pogis fox terrier. La mujer obesa persiguió una V entre las muestras de franela gros grain en su bolso de compras hasta que la acorraló y se rindió. Desde ese momento fui una mascota, un wootsey squidlums propio de mamá. Dime, amable lector, ¿alguna vez has tenido a una mujer de 200 libras respirando un olor a queso Camembert y Peau d'Espagne que te recoge y te besa por todas partes, comentando todo el tiempo con un tono de voz de Emma Eames: 'Oh, oo's um oodlum, doodlum, woodlum, toodlum, bitsy-witsy skoodlums?'

De un cachorro amarillo de pedigrí crecí para ser un simple chucho amarillo, pareciendo una mezcla entre un gato Angora y una caja de limones. Pero mi ama nunca se dio cuenta. Pensaba que los dos cachorros primigenios que Noé persiguió hasta el arca eran simplemente una rama colateral de mis

antepasados. Se necesitaron dos policías para evitar que entrara en el Madison Square Garden en busca del premio de bloodhound siberiano.

Te contaré sobre ese apartamento. La casa era lo típico en Nueva York, con suelos de mármol de Paros en el vestíbulo y adoquines por encima del primer piso. Nuestro apartamento estaba en el tercer piso, o bueno, no eran realmente pisos, eran escaleras para subir. Mi ama lo alquiló sin amueblar y metió las cosas habituales: un juego de salón antiguo de 1903, un óleo de geishas en una casa de té de Harlem, una planta de caucho y un esposo.

¡Por Sirius! Sentí lástima por un bípedo en particular. Era un hombre bajito con cabello pelirrojo y barba bastante parecida a la mía. ¿Domesticado? Bueno, tucanes, flamencos y pelícanos todos tenían sus picoteos en él. Limpia los platos y escucha a mi ama contar sobre las cosas baratas y desgarradas que la mujer con el abrigo de piel de ardilla en el segundo piso colgaba en su tendedero para secar. Y todas las noches, mientras ella preparaba la cena, lo hacía sacar a pasear conmigo al final de una cuerda.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 39

Si los hombres supieran cómo pasan las mujeres el tiempo cuando están solas, nunca se casarían. Laura Lean Jibbey, trozos de maní, un poco de crema de almendras en los músculos del cuello, platos sin lavar, media hora de charla con el heladero, leer un paquete de cartas antiguas, un par de pepinillos y dos botellas de extracto de malta, una hora mirando por un agujero en la persiana de la ventana al apartamento al otro lado del patio de luces, eso es más o menos todo. Veinte minutos antes de que él llegue a casa del trabajo, arregla la casa, se peina para que no se le note el peine postizo y saca mucha costura para un farol de diez minutos.

Llevé una vida de perro en ese apartamento. Casi todo el día me pasaba allí, en mi rincón, mirando cómo la mujer gorda mataba el tiempo. A veces dormía y tenía sueños de perseguir gatos en sótanos y gruñir a señoras mayores con mitones negros, como un perro estaba destinado a hacer. Entonces ella se abalanzaba sobre mí con un montón de palabras empalagosas de poodle y me besaba en la nariz, pero ¿qué podía hacer? Un perro no puede masticar clavos.

Empecé a sentir lástima por el marido, ¡diablos! Mis gatos si no lo hice. Nos parecíamos tanto que la gente lo notaba cuando salíamos a la calle, así que evitábamos las calles por donde pasa el taxi de Morgan y nos dedicamos a trepar por los montones de nieve del pasado diciembre en las calles donde viven las personas más humildes.

Una noche, mientras paseábamos de esa manera y yo trataba de parecer un premiado San Bernardo y el hombre mayor trataba de parecer como si no hubiera matado al primer organillero que oyera tocar la marcha nupcial de Mendelssohn, lo miré y le dije, a mi manera:

"¿Por qué estás tan agrio, cangrejo recortado con estopa? Ella no te besa. No tienes que sentarte en su regazo y escuchar una conversación que haría que el libreto de una comedia musical suene como los máximas de Epícteto. Deberías estar agradecido de no ser un perro. Ánimo, Benedick, y manda lejos la tristeza".

El desventurado matrimonio me miró con una inteligencia casi canina en su rostro.

"Oh, perrito", dice él, "buen perrito. Casi pareces capaz de hablar. ¿Qué pasa, perrito? ¿Gatos?"

¡Gatos! ¿Podría hablar?

Pero, por supuesto, no podía entender. A los humanos se les negaba el habla de los animales. El único terreno común de comunicación en el que los perros y los hombres pueden coincidir es en la ficción.

En el apartamento al otro lado del pasillo de nosotros vivía una dama con un perro negro y tostado. Su esposo lo colgaba y lo sacaba todas las noches,

40 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

pero siempre regresaba a casa alegre y silbando. Un día toqué las narices con el perro negro y tostado en el pasillo, y le pedí una aclaración.

"Escucha, Wiggle-and-Skip", le dije, "sabes que no es natural que un hombre de verdad haga de niñera de un perro en público. Nunca he visto a uno atado a un chucho que no pareciera que le gustaría lamer a cada hombre que lo mira. Pero tu dueño entra todos los días tan animado y erguido como un ilusionista aficionado haciendo el truco del huevo. ¿Cómo lo hace? No me digas que le gusta."

"¿Él?" dice el perro negro y tostado. "¡Anda, él usa el Remedio Natural de la Naturaleza. Se emborracha. Al principio, cuando salimos, es tan tímido como el tipo en el barco que preferiría jugar al pedro cuando hacen todos los botes grandes. Cuando hemos estado en ocho bares, le da igual si la cosa al final de su correa es un perro o un pez gato. He perdido dos pulgadas de mi cola tratando de esquivar esas puertas batientes."

El consejo que obtuve de ese terrier, por favor, imítenlo, me hizo reflexionar. Una noche, alrededor de las seis de la tarde, mi dueña le ordenó que se pusiera a trabajar y que hiciera su acto de ozono para Lovey. Lo he ocultado hasta ahora, pero eso es lo que me llamaba. Al perro negro y tostado le llamaban "Tweetness". Considero que le llevo ventaja en cuanto a nombres hasta donde

podrías perseguir un conejo. Aún así, "Lovey" es algo así como una lata de conservas en la cola de tu autoestima.

En un lugar tranquilo en una calle segura, apreté la correa de mi custodio delante de un atractivo y refinado bar. Me lancé directo a las puertas, gimoteando como un perro en las noticias de prensa que le avisa a la familia que la pequeña Alice se quedó atascada mientras recogía lirios en el arroyo.

"¡Vaya, si maldita sea!", dice el viejo, con una sonrisa, "si el hijo de un refresco de limón color azafrán no me está invitando a tomar una copa. Deja ver, ¿cuánto tiempo ha pasado desde que ahorro suelas manteniendo un pie en el reposapiés? Creo que me lo pensaré..."

Sabía que lo tenía. Tomó tragos de whisky escocés caliente, sentado en una mesa. Durante una hora siguió pidiendo whisky escocés. Yo me senté a su lado llamando al camarero con mi cola y comiendo aperitivos gratis que mamá en su apartamento nunca igualó con su comida casera comprada en una tienda de comestibles delicatessen ocho minutos antes de que papá llegue a casa.

Cuando los productos de Escocia se agotaron, excepto el pan de centeno, el viejo me desató de la pata de la mesa y me sacó como un pescador saca un salmón. Ahí afuera, se quitó el collar y lo arrojó a la calle.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 41

"Pobrecito perrito", dice él, "buen perrito. Ella no te besaré más. Es una verdadera lástima. Buen perrito, vete y déjate atropellar por un tranvía y sé feliz".

Me negué a irme. Salté y correteé alrededor de las piernas del viejo, feliz como un pug en una alfombra.

"Viejo cazador de topos de cabeza de pulga", le dije, "viejo beagle aullador, apuntador de conejos, ladrón de huevos, ¿no ves que no quiero dejarte? ¿No ves que somos ambos Cachorros en el Bosque y la señora es el cruel tío que viene tras de ti con el paño de cocina y tras de mí con el ungüento antipulgas y un lazo rosa para atar en mi cola? ¿Por qué no cortar con todo eso y ser amigos para siempre?"

Tal vez dirás que no entendió, tal vez no lo hizo. Pero agarró las copas de whisky escocés y se quedó quieto durante un minuto, pensando.

"Perrito", dice finalmente, "no vivimos más de una docena de vidas en esta tierra, y muy pocos de nosotros vivimos más de 300 años. Si alguna vez veo ese apartamento de nuevo, soy un apartamento, y si tú lo haces, eres más plano; y eso no es halago. Estoy ofreciendo 60 a 1 que Westward H o gane por la longitud de un dachshund."

No hubo cuerdas, pero jugué junto con mi amo hasta el ferry de la calle Veintitrés. Y los gatos en la ruta vieron razón para dar gracias por las garras prensiles que se les habían dado.

En el lado de Nueva Jersey, mi amo le dijo a un desconocido que estaba comiendo un bollo de grosellas:

"Mi perrito y yo estamos camino a las Montañas Rocosas."

Pero lo que más me gustó fue cuando mi viejo me tiró de ambas orejas hasta que aullé y dijo:

"Tú, hijo de un felpudo, cabeza de mono, cola de rata, de color amarillo azufre, ¿sabes cómo te voy a llamar?"

Pensé en "Lovey" y gimoteé lamentablemente.

"Te voy a llamar 'Pete'", dice mi amo; y si hubiera tenido cinco colas, no habría podido moverlas lo suficiente para hacer justicia a la ocasión.

IX

El filtro de amor de Ikey Schoenstein

LA FARMACIA BLUE LIGHT está en el centro de la ciudad, entre Bowery y First Avenue, donde la distancia entre las dos calles es la más corta. La Luz Azul no considera que la farmacia sea una cosa

42 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

de baratijas, fragancia y refrescos de helado. "Si le pides un analgésico, no te dará un bombón. La Luz Azul desprecia las artes de ahorro de trabajo de la farmacia moderna. Macera su opio y percola su propio láudano y paregórico. Hasta el día de hoy, las pastillas se hacen detrás de su alta mesa de prescripción: pastillas que se enrollan en su propia almohadilla de pastillas, se dividen con una espátula, se enrollan con el dedo y el pulgar, se espolvorean con magnesia calcinada y se entregan en pequeñas cajas redondas de cartón. La tienda está en una esquina alrededor de la cual bandadas de niños desaliñados y alegres juegan y se convierten en candidatos para los caramelos para la tos y los jarabes calmantes que les esperan en su interior.

Ikey Schoenstein era el empleado nocturno de la Luz Azul y el amigo de sus clientes. Así es en el East Side, donde el corazón de la farmacia no es glacé. Allí, como debería ser, el farmacéutico es un consejero, un confesor, un asesor, un hábil y dispuesto misionero y mentor cuyo conocimiento es respetado, cuya sabiduría oculta es venerada y cuyos medicamentos a menudo se vierten, sin probar, en la calle. Por lo tanto, la nariz corniforme y con gafas de Ikey y su

figura encorvada por el conocimiento eran bien conocidas en las inmediaciones de la Luz Azul, y su consejo y atención eran muy deseados.

Ikey tenía una habitación y desayunaba en casa de la señora Riddle, a dos manzanas de distancia. La señora Riddle tenía una hija llamada Rosy. La circunlocución ha sido en vano: debes haberlo adivinado; Ikey adoraba a Rosy. Teñía todos sus pensamientos; era el extracto compuesto de todo lo que era químicamente puro y oficial, el dispensario no contenía nada igual a ella. Pero Ikey era tímido y sus esperanzas seguían sin disolverse en el menstuo de su timidez y miedos. Detrás del mostrador era un ser superior, calmado por el conocimiento especial y el valor; afuera, era un deambulador débil, ciego, maldecido por los motormen, con ropa mal ajustada manchada de productos químicos y oliendo a aloes socotrinos y valerianato de amoníaco.

La mosca en la pomada de Ikey (¡bienvenida, patrón!) era Chunk McGowan. El Sr. McGowan también estaba tratando de atrapar las brillantes sonrisas arrojadas por Rosy. Pero no era un jardinero como Ikey; las atrapaba al bate. Al mismo tiempo, era amigo y cliente de Ikey, y a menudo pasaba por la Farmacia Luz Azul para que le pintaran un moretón con yodo o le aplicaran una goma para cortes después de una agradable velada en Bowery."

Una tarde, McGowan llegó a la tienda de manera silenciosa y tranquila, y se sentó,

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 43

apuesto, de rostro suavizado, duro, indomable, de buen carácter, en un taburete. 'Ikey,' dijo cuando su amigo había traído su mortero y se sentó frente a él, moliendo goma benjuí para convertirla en polvo, 'pon manos a la obra con tu oído. Necesito drogas si tienes la que necesito.'

Ikey escudriñó el semblante del Sr. McGowan en busca de las evidencias habituales de conflicto, pero no encontró ninguna.

'Quítate el abrigo', ordenó. 'Ya sospecho que te han apuñalado en las costillas. Te lo he dicho muchas veces, esos tipos no te van a dejar ileso'.

El Sr. McGowan sonrió. 'No fueron ellos', dijo. 'Ningún tipo de esos. Pero has dado en el clavo con el diagnóstico, está bajo mi abrigo, cerca de las costillas. ¡Oye, Ikey, Rosy y yo nos vamos a fugar y casar esta noche.'

El dedo índice izquierdo de Ikey estaba doblado sobre el borde del mortero, sosteniéndolo firmemente. Le dio un golpe salvaje con el mortero, pero no lo sintió. Mientras tanto, la sonrisa del Sr. McGowan se desvaneció y se convirtió en una expresión de perplejidad y melancolía.

'Eso es', continuó, 'si sigue con la misma idea hasta que llegue la hora. Hemos estado planeando la fuga durante dos semanas. Un día dice que sí, y esa misma noche dice que no. Hemos acordado esta noche, y Rosy ha mantenido su afirmación esta vez durante dos días completos. Pero faltan cinco horas para la hora, y tengo miedo de que me deje plantado cuando llegue el momento'.

'Dijiste que querías drogas', comentó Ikey.

El Sr. McGowan lucía incómodo y preocupado, una condición opuesta a su comportamiento habitual. Hizo un almanaque de medicina patentada en un rollo y lo ajustó con cuidado inútil en su dedo.

"No dejaría que este doble obstáculo arruine el inicio de esta noche por un millón", dijo. 'Tengo un pequeño apartamento en Harlem listo, con crisantemos en la mesa y una tetera lista para hervir. Y he contratado a un predicador para que esté listo en su casa para nosotros a las 9:30. Esto tiene que salir bien. ¡Y si Rosy no cambia de opinión de nuevo!' - el Sr. McGowan se detuvo, presa de sus dudas.

'Aún no veo', dijo Ikey bruscamente, 'por qué hablas de drogas o qué puedo hacer al respecto'.

"El viejo Riddle no me soporta en absoluto", continuó el ansioso pretendiente, decidido a presentar sus argumentos. "Hace una semana que no deja que Rosy salga de la casa conmigo. Si no fuera por perder un inquilino, me habrían echado hace mucho tiempo. Estoy ganando 20 dólares a la semana y ella nunca se arrepentirá de fugarse con Chunk McGowan'.

44 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

"Me disculparás, Chunk", dijo Ikey. "Debo hacer una receta que será requerida pronto."

"Dime", dijo McGowan, mirando de repente. "Dime, Ikey, ¿no hay algún tipo de medicamento, algún tipo de polvo que haga que una chica como tú te aprecie más si se lo das?"

El labio de Ikey bajo su nariz se rizó con el desprecio de una superioridad iluminada; pero antes de que pudiera responder, McGowan continuó:

"Tim Lacy me dijo una vez que consiguió algo de un curandero en el centro y se lo dio a su chica en agua con gas. Desde la primera dosis era como un rey y todos los demás le parecían de poca monta. Se casaron en menos de dos semanas."

Chunk McGowan era fuerte y sencillo. Un lector de hombres más hábil que Ikey podría haber visto que su corpulento cuerpo estaba tenso como una cuerda fina. Como un buen general que estaba a punto de invadir el territorio enemigo, estaba tratando de proteger cada punto contra posibles fracasos.

"Pensé", continuó Chunk con esperanza, "que si tuviera uno de esos polvos para darle a Rosy cuando la vea en la cena esta noche, podría animarla y evitar que se eche atrás en la idea de huir. Supongo que no necesita un equipo de mulas para llevarla lejos, pero las mujeres son mejores entrenadoras que corredoras. Si la sustancia funciona solo durante un par de horas, hará el trabajo."

"¿Cuándo va a ocurrir esta locura de huir?" preguntó Ikey.

"A las nueve", dijo el Sr. McGowan. "La cena es a las siete. A las ocho, Rosy se va a la cama con dolor de cabeza. A las nueve, el viejo Parvenzano me deja entrar a su patio trasero, donde hay un tablón roto en la valla de Riddle, al lado. Paso por debajo de su ventana y la ayudo a bajar por el escape de incendios. Tenemos que hacerlo temprano por el bien del predicador. Si Rosy no se echa atrás cuando llegue el momento, todo saldrá bien. ¿Puedes prepararme uno de esos polvos, Ikey?"

Ikey Schoenstein se frotó la nariz lentamente.

"Chunk", dijo, "es de medicamentos de esa naturaleza de los que los farmacéuticos deben tener mucho cuidado. Solo a ti de todos mis conocidos te confiaría un polvo como ese. Pero por ti lo haré, y verás cómo hace que Rosy piense en ti."

Ikey se fue detrás del mostrador de recetas. Allí trituró dos tabletas solubles, cada una conteniendo un cuarto de gramo de morfina, hasta convertirlas en polvo. Añadió un poco de azúcar de leche para aumentar el volumen y envolvió la mezcla cuidadosamente en un papel blanco. Tomado por un adulto, este polvo garantizaría varias horas de sueño profundo sin peligro para el durmiente. Esto se lo entregó a Chunk

McGowan, indicándole que lo administrara en forma líquida, si era posible, y recibió los sinceros agradecimientos del intrépido caballero del patio trasero. La sutileza de la acción de Ikey se hace evidente al relatar su movimiento posterior. Envió un mensajero a buscar al Sr. Riddle y reveló los planes de McGowan de fugarse con Rosy. El Sr. Riddle era un hombre robusto, de tez enrojecida y de acción rápida.

"Muchas gracias", dijo brevemente a Ikey. "¡El vago irlandés! Mi propia habitación está justo arriba de la de Rosy, subiré allí después de la cena y cargaré la escopeta y esperaré. Si viene a mi patio trasero, se irá en una ambulancia en lugar de un carruaje nupcial".

Con Rosy en las garras de Morfeo durante un profundo sueño de muchas horas, y el padre sediento de sangre esperando, armado y prevenido, Ikey sentía que su rival estaba muy cerca de ser derrotado.

Toda la noche en la tienda Blue Light, esperó en sus tareas la noticia de la tragedia, pero ninguna llegó.

A las ocho de la mañana, llegó el empleado de día y Ikey se apresuró a dirigirse a la casa de la Sra. Riddle para conocer el resultado. Y, ¡oh sorpresa! Al salir de la tienda, quien salta de un tranvía que pasa y le agarra la mano es Chunk McGowan, con una sonrisa de victoria y exultante de alegría.

"Lo logramos", dijo Chunk con Elysium en su sonrisa. "Rosy llegó al fuego de escape a tiempo, y llegamos al altar del reverendo a las 9:30 en punto. Está arriba en el apartamento, cocinó huevos esta mañana con un kimono azul. ¡Dios mío, qué suerte tengo! Algún día debes visitarnos, Ikey, y comer con nosotros. Tengo un trabajo cerca del puente, y eso es a donde me dirijo ahora".

"¿La... la pólvora?" tartamudeó Ikey.

"Oh, esa cosa que me diste", dijo Chunk ampliando su sonrisa. "Bueno, fue así. Me senté a la mesa para cenar en casa de los Riddle anoche, miré a Rosy y me dije a mí mismo: 'Chunk, si te quedas con la chica, quédatela de manera honesta, no intentes nada raro con una mujer de alta calidad como ella'. Y mantuve el papel que me diste en mi bolsillo". Y entonces mi mirada se posa en otra persona presente, a quien, me digo a mí mismo, le falta una adecuada afinidad hacia su futuro yerno, así que espero mi oportunidad y vierto ese polvo en el café del viejo Riddle, ¿ves?

74 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

momento inmutable. Este olor pertenecía a la señorita Leslie; era suyo y solamente suyo.

El olor la trajo vívidamente, casi tangiblemente, ante él. El mundo de las finanzas de repente se redujo a un punto. Y ella estaba en la habitación de al lado, a veinte pasos de distancia.

"Por Dios, lo haré ahora", dijo Maxwell, medio en voz alta. "Le preguntaré ahora. Me pregunto por qué no lo hice antes".

Entró corriendo en la oficina interior con la prisa de un toro tratando de cubrir terreno. Se dirigió al escritorio de la taquígrafa.

Ella lo miró con una sonrisa. Un suave rubor le subió a la mejilla, y sus ojos eran amables y sinceros. Maxwell apoyó un codo en su escritorio. Todavía sostenía papeles que revoloteaban en ambas manos y el bolígrafo estaba sobre su oreja.

"Señorita Leslie", comenzó apresuradamente, "solo tengo un momento. Quiero decir algo en ese momento. ¿Quieres ser mi esposa? No he tenido tiempo de cortejarte de la manera habitual, pero realmente te amo. Hable rápido, por favor, esos tipos están destrozando a Union Pacific".

"¡Oh, de qué estás hablando!", exclamó la joven. Se levantó y lo miró con ojos muy abiertos.

"¿No entiendes?", dijo Maxwell con impaciencia. "Quiero que te cases conmigo. Te amo, señorita Leslie. Quería decírtelo, y aproveché un minuto cuando las cosas se calmaron un poco. Ahora me están llamando por teléfono. Diles que esperen un minuto, Pitcher. ¿No lo harás, señorita Leslie?"

La taquígrafa actuó de manera muy extraña. Al principio parecía abrumada de asombro; luego las lágrimas brotaron de sus ojos asombrados; y luego sonrió con sol y una de sus manos se deslizó tiernamente alrededor del cuello del corredor de bolsa.

"Ahora entiendo", dijo suavemente. "Es este viejo negocio lo que ha sacado todo lo demás de tu cabeza por un tiempo. Al principio tuve miedo. ¿No recuerdas, Harvey? Nos casamos anoche a las ocho en la Pequeña Iglesia de la Vuelta de la Esquina."

XVI

La habitación amueblada

INQUIETA, CAMBIANTE, FUGAZ como el propio tiempo, es una vasta parte de la población del distrito de ladrillos rojos del lado oeste inferior.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 75

Sin hogar, tienen cien hogares. Vagan de habitación amueblada en habitación amueblada, siempre transitorios: transitorios en morada, transitorios en corazón y mente. Cantan "Hogar, Dulce Hogar" al ritmo del ragtime; llevan sus lares et penates en una caja de sombrero; su vid se entrelaza alrededor de un sombrero con adornos; una planta de goma es su higuera.

Por lo tanto, las casas de este distrito, habiendo tenido mil moradores, deberían tener mil historias que contar, en su mayoría aburridas, sin duda; pero sería extraño si no se pudiera encontrar algún fantasma o dos en el rastro de todos estos fantasmas vagabundos.

Una tarde, después del anochecer, un joven merodeó entre estas ruinosas mansiones rojas, tocando sus timbres. En la duodécima casa, descansó su magra bolsa en la escalera y se limpió el polvo del sombrero y la frente. El timbre sonó débil y lejano en algún remoto y hueco lugar.

A la puerta de esta, la duodécima casa cuyo timbre había tocado, llegó una ama de llaves que le hizo pensar en un gusano insano y saciado que había comido su nuez hasta dejarla vacía y ahora buscaba llenar el vacío con inquilinos comestibles.

Preguntó si había una habitación para alquilar.

"Entra", dijo la ama de llaves. Su voz salió de su garganta; su garganta parecía forrada de piel. "Tengo la habitación del tercer piso atrás, desocupada desde una semana atrás. ¿Le gustaría verla?"

El joven lo siguió subiendo las escaleras. Una tenue luz de ninguna fuente en particular mitigaba las sombras de los pasillos. Caminaban silenciosamente sobre una alfombra de escalera que su propio telar habría rechazado. Parecía haberse convertido en vegetal; haber degenerado en ese aire rancio y sin sol a un líquen exuberante o musgo que crecía en parches en la escalera y era viscoso bajo el pie como materia orgánica. En cada giro de la escalera había nichos vacíos en la pared. Tal vez una vez se habían plantado allí. Si es así, habían muerto en ese aire fétido y contaminado. Puede que estatuas de santos hayan estado allí, pero no era difícil concebir que demonios y diablos las hubieran arrastrado en la oscuridad y hacia las profundidades impías de algún foso amueblado abajo.

"Esta es la habitación", dijo la ama de llaves, desde su garganta peluda. "Es una habitación agradable. No suele estar desocupada. Tuve algunas personas muy elegantes en ella el verano pasado, sin ningún problema, y pagaron por adelantado al minuto. El agua está al final del pasillo. Sprowls y Mooney la tuvieron durante tres meses. Hicieron un número de vodevil. Miss B'retta Sprowls, tal vez hayas oído hablar de ella. Oh, esos eran solo los nombres artísticos. Justo allí, sobre el tocador, es donde colgaba el acta de matrimonio, enmarcada". El gas está aquí, y ves

76 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

que hay mucho espacio en el armario. Es una habitación que a todos les gusta. Nunca se queda desocupada mucho tiempo.

'¿Tiene muchas personas del teatro alojándose aquí?' preguntó el joven.

'Vienen y van. Una buena proporción de mis inquilinos está relacionada con el teatro. Sí, señor, este es el distrito teatral. La gente del teatro nunca se queda mucho tiempo en ningún lugar. Yo tengo mi parte. Sí, vienen y van.'

Él alquiló la habitación, pagando por una semana por adelantado. Estaba cansado, dijo, y tomaría posesión de inmediato. Contó el dinero. La habitación había sido preparada, dijo, incluso con toallas y agua. Mientras la ama de llaves se alejaba, hizo, por milésima vez, la pregunta que llevaba al final de su lengua.

'Una joven, la señorita Vashner, la señorita Eloise Vashner, ¿recuerda a alguien así entre sus inquilinos? Probablemente estaría cantando en el escenario. Una joven de estatura mediana y delgada, con cabello dorado rojizo y un lunar oscuro cerca de su ceja izquierda.'

'No, no recuerdo el nombre. Esas personas del teatro tienen nombres que cambian tan a menudo como sus habitaciones. Vienen y van. No, no me viene a la mente esa.'

No. Siempre no. Cinco meses de interrogatorios incesantes y la negativa inevitable. Tanto tiempo dedicado de día a interrogar a directores, agentes, escuelas y coros; de noche entre el público de teatros, desde elenco de estrellas hasta teatros tan bajos que temía encontrar lo que más esperaba. Aquel que más la amaba había intentado encontrarla. Estaba seguro de que desde su desaparición de casa, esta gran ciudad rodeada de agua la tenía en algún lugar, pero era como un monstruoso remolino, cambiando sus partículas constantemente, sin base, sus granos superiores de hoy enterrados mañana en el lodo y el fango.

La habitación amueblada recibió a su último huésped con un primer destello de pseudo hospitalidad, una bienvenida febril, desgastada y perfunctoria como la sonrisa falaz de una mujer de vida alegre. El falso consuelo llegó en destellos reflejados de los muebles deteriorados, la tapicería raída de un sofá y dos sillas, un espejo de tocador barato de unos treinta centímetros de ancho entre las dos ventanas, en uno o dos marcos de cuadros dorados y una cama de latón en una esquina.

El huésped yacía inerte en una silla, mientras la habitación, confundida en su discurso como si fuera un apartamento en Babel, intentaba hablarle de sus diversos inquilinos.

Una alfombra policromática, como una isla tropical rectangular y brillantemente florecida,

yacía rodeada por un mar de alfombras sucias y onduladas. En la pared con papel alegre estaban esas imágenes que persiguen al que no tiene hogar de casa en casa: Los Amantes Hugonotes, La Primera Discusión, El Desayuno de Bodas, Psique en la Fuente. La perfilada chimenea estaba vergonzosamente oculta detrás de algunas cortinas coquetas dispuestas con desenfado, como las fajas del ballet amazónico. Sobre ella se encontraban algunos objetos abandonados por los náufragos de la habitación cuando una vela afortunada los llevó a un puerto fresco: un par de jarrones insignificantes, fotos de actrices, un frasco de medicina, algunas cartas sueltas de una baraja.

Uno por uno, a medida que los personajes de un criptograma se volvían explícitos, los pequeños signos dejados por la procesión de huéspedes de la habitación amueblada adquirieron un significado. El espacio desgastado en la alfombra frente a la cómoda revelaba que una hermosa mujer se había unido a la multitud. Las diminutas huellas dactilares en la pared hablaban de pequeños prisioneros tratando de encontrar su camino hacia el sol y el aire. Una mancha salpicada, con forma de la sombra de una bomba que estalla, atestiguaba dónde un vaso o botella arrojados se habían roto contra la pared con su contenido. A través del espejo de la chimenea se había escrito con un diamante en letras tambaleantes el nombre 'Marie'. Parecía que la sucesión de habitantes de la habitación amueblada se habían vuelto en furia, quizás tentados más allá de la resistencia por su deslumbrante frialdad, y habían desatado sus pasiones sobre ella. Los muebles estaban astillados y magullados; el sofá, distorsionado por los muelles rotos, parecía un horrible monstruo que había sido asesinado durante el apogeo de alguna grotesca convulsión. Alguna convulsión más potente había partido una gran parte de la repisa de mármol. Cada tabla en el suelo tenía su inclinación y chillido particular, como si experimentara una agonía separada e individual. Parecía increíble que toda esta malicia y daño hubiera sido causado a la habitación por quienes la habían llamado hogar

durante un tiempo; sin embargo, podría haber sido el instinto de hogar engañado que sobrevivía ciegamente, la rabia resentida ante los dioses domésticos falsos lo que encendió su ira.

Un refugio propio puede barrerse, adornarse y cuidarse.

El joven inquilino en la silla permitió que estos pensamientos desfilaran, silenciosos, por su mente, mientras llegaban a la habitación sonidos y olores proporcionados. Escuchó en una habitación un risueño y descontrolado risa; en otras el monólogo de una regañona, el tintineo de dados, una canción de cuna y alguien llorando sin entusiasmo; por encima de él, un banjo sonaba con espíritu. Puertas se cerraban en algún lugar; los trenes elevados rugían intermitentemente; un gato aullaba miserablemente en una cerca trasera. Y respiró el aliento de la casa: un sabor húmedo más que un olor, un frío y rancio efluente como el de

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 78

bóvedas subterráneas mezclado con las exhalaciones malolientes de linóleo y madera podrida y mohosa.

Entonces, de repente, mientras descansaba allí, la habitación se llenó del fuerte y dulce aroma del reseda. Llegó como en un único soplo de viento con tanta seguridad, fragancia y énfasis que casi parecía un visitante viviente. Y el hombre exclamó en voz alta: "¿Qué, querida?", como si lo hubieran llamado, y se levantó y se dio la vuelta. El rico aroma se aferraba a él y lo envolvía. Extendió los brazos hacia él, con todos sus sentidos confundidos y mezclados por un momento. ¿Cómo podía uno ser llamado imperativamente por un olor? Seguramente debió haber sido un sonido. ¿Pero no fue el sonido lo que lo había tocado, lo que lo había acariciado?

"Ella ha estado en esta habitación", exclamó, y se lanzó a buscar una señal, porque sabía que reconocería la cosa más pequeña que le hubiera pertenecido o que hubiera tocado. Este envolvente aroma a reseda, el olor que ella amaba y hacía suyo, ¿de dónde venía?

La habitación había sido ordenada descuidadamente. Dispersos sobre el vestidor se encontraban media docena de horquillas, esas discretas e indistinguibles amigas de la mujer, de género femenino, infinitas de humor y inexpresivas de tiempo. Las ignoró, consciente de su triunfante falta de identidad. Revolviendo los cajones del vestidor, encontró un pañuelo diminuto y raído. Lo presionó contra su rostro. Estaba picante y desvergonzado con heliotropo; lo arrojó al suelo. En otro cajón encontró botones sueltos, un programa de teatro, una tarjeta de casa de empeño, dos malvaviscos perdidos, un libro sobre la adivinación de los sueños. En el último había una cinta de pelo de satén negro de mujer, que lo detuvo, suspendido entre el hielo y el fuego. Pero la cinta de pelo de satén negro también es un adorno femenino, discreto, impersonal y común, y no cuenta ninguna historia.

Y luego recorrió la habitación como un sabueso siguiendo el rastro, pasando por las paredes, examinando las esquinas de la alfombra abultada en cuatro patas, rebuscando en la repisa y las mesas, las cortinas y los cortinajes, el armario tambaleante en la esquina, buscando una señal visible sin poder percibir que ella estaba allí, al lado, alrededor, contra, dentro, encima de él, aferrándose a él, cortejándolo, llamándolo con tanta intensidad a través de los sentidos más finos que incluso los más groseros se daban cuenta de la llamada. Una vez más respondió en voz alta: "¡Sí, querida!" y se volvió, con los ojos desorbitados, para contemplar el vacío, porque aún no podía discernir forma y color y amor y brazos extendidos en el aroma de la reseda. ¡Oh, Dios! ¿De dónde proviene ese aroma y desde cuándo tienen los aromas una voz para llamar? Así siguió buscando.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 79

Hurgó en grietas y rincones, y encontró corchos y cigarrillos. Pasó por ellos con desprecio pasivo. Pero una vez encontró en un pliegue de la esterilla un cigarro a medio fumar, y lo aplastó bajo el talón con un juramento verde y cortante. Tamizó la habitación de un extremo a otro. Encontró registros pequeños, lúgubres e innobles de muchos inquilinos errantes; pero de ella a la que buscaba, y que tal vez había vivido allí, y cuyo espíritu parecía sobrevolar el lugar, no encontró rastro.

Y entonces pensó en la dueña de la casa.

Salió corriendo de la habitación embrujada y llegó a una puerta que mostraba una rendija de luz. Ella salió a su llamada. Ahogó su emoción lo mejor que pudo.

"¿Me podría decir, señora", le suplicó, "quién ocupó la habitación que tengo antes de que yo llegara?"

"Sí, señor. Puedo decírselo de nuevo. Fueron Sprowls y Mooney, como dije. En los teatros era la señorita B'retta Sprowls, pero ella era la señora Mooney. Mi casa es muy conocida por su respetabilidad. El certificado de matrimonio estaba colgado, enmarcado, en un clavo sobre-"

"¿Qué tipo de mujer era la señorita Sprowls - en apariencia, quiero decir?"

"Bueno, de cabello negro, señor, baja y rellenita, con una cara cómica. Se fueron hace una semana el martes pasado."

"¿Y antes de que la ocuparan?"

"Bueno, había un caballero soltero relacionado con el negocio de acarreo. Se fue debiéndome una semana. Antes de él estaba la señora Crowder y sus dos hijos, que se quedaron cuatro meses; y detrás de ellos estaba el señor Doyle, un

anciano cuyos hijos pagaban por él. Mantuvo la habitación durante seis meses. Eso se remonta a un año, señor, y más allá no recuerdo."

Le agradeció y volvió sigilosamente a su habitación. La habitación estaba muerta. La esencia que la había vivificado se había ido. El perfume de la reseda había desaparecido. En su lugar estaba el viejo y rancio olor a muebles de casa mohosos, de atmósfera en almacenamiento.

La disminución de su esperanza agotó su fe. Se quedó mirando la luz amarilla y cantante del gas. Pronto caminó hacia la cama y comenzó a rasgar las sábanas en tiras. Con la hoja de su cuchillo las ajustó firmemente en cada rendija alrededor de las ventanas y la puerta. Cuando todo estuvo seguro y tenso, apagó la luz, volvió a encender el gas y se acostó agradecido en la cama.

••••

Era noche de la señora McCool para ir con la jarra de cerveza. Así que lo trajo y se sentó con la señora Purdy en uno de esos refugios subterráneos

80 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

donde las amas de casa se reúnen y el gusano muere rara vez. "Alquilé mi tercer piso trasero esta noche", dijo la Sra. Purdy, mientras sostenía una fina corona de espuma. "Un joven lo tomó. Subió a la cama hace dos horas."

"¿De veras, Sra. Purdy, señora?" dijo la Sra. McCool, con una intensa admiración. "Usted es realmente increíble para alquilar habitaciones de ese tipo. ¿Y le dijo, entonces?", concluyó en un susurro ronco, cargado de misterio.

"Las habitaciones", dijo la Sra. Purdy, con su tono más suave, "se amueblan para alquilar. No le dije nada, Sra. McCool."

"Tiene toda la razón, señora. Vivimos de alquilar habitaciones. Hay muchas personas que rechazarán el alquiler de una habitación si les dicen que alguien se ha suicidado en la cama."

"Como usted dice, tenemos que ganarnos la vida", comentó la Sra. Purdy.

"Sí, señora, es cierto. Hace justo una semana que la ayudé a preparar el tercer piso trasero. Era una chica muy bonita para matarse con gas. Tenía una carita linda, Sra. Purdy, señora."

"Habría sido considerada guapa, como dice usted", dijo la Sra. Purdy, asintiendo pero crítica, "pero por ese lunar que tenía creciendo junto a su ceja izquierda. Llene de nuevo su copa, Sra. McCool."

XVII

El breve debut de Tildy

SI NO CONOCES el Bogle's Chop House and Family Restaurant, es tu pérdida. Porque si eres uno de los afortunados que cena caro, deberías estar interesado en saber cómo se alimenta la otra mitad. Y si perteneces a la mitad para la que los cheques de los camareros son importantes, deberías conocer Bogle's, porque allí obtienes el valor de tu dinero, al menos en cuanto a cantidad.

Bogle's está situado en esa avenida de la burguesía, ese bulevar de los Smith, Jones y Robinson, la Octava Avenida. Hay dos filas de mesas en la sala, seis en cada fila. En cada mesa hay un soporte para condimentos, que contiene aceiteras y saleros. Del salero puedes agitar una nube de algo insípido y melancólico, como polvo volcánico. Del salero puedes

178 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

"Una muy triste", dice, juntando las puntas de sus dedos bien cuidados. 'Una chica absolutamente incorregible. Soy el Oficial Terrestre Especial el Reverendo Jones. El caso se me asignó. La chica asesinó a su prometido y se suicidó. No tenía defensa. Mi informe ante el tribunal relata los hechos en detalle, todos los cuales están respaldados por testigos fiables. El salario del pecado es la muerte. ¡Alabado sea el Señor!"

El oficial del tribunal abrió la puerta y salió.

"Pobre chica", dijo el Oficial Terrestre Especial el Reverendo Jones, con una lágrima en el ojo. "Fue uno de los casos más tristes que me encontré. Por supuesto que ella era-"

"Absuelta", dijo el oficial del tribunal. "Ven aquí, Jonesy. Lo primero que sabes es que te trasladarán al escuadrón de estofado. ¿Te gustaría estar en la fuerza misionera en las Islas del Pacífico Sur? Ahora, deja de hacer estos arrestos falsos, o te trasladarán, ¿entiendes? El culpable que debes buscar en este caso es un hombre pelirrojo, sin afeitar y desaliñado, sentado junto a la ventana leyendo, en calcetines, mientras sus hijos juegan en la calle. Muévete."

¿No fue ese un sueño tonto?

XXXIII

La última hoja

EN UN PEQUEÑO DISTRITO al oeste de Washington Square, las calles se han vuelto locas y se han roto en pequeñas tiras llamadas "plazas". Estas "plazas" forman ángulos y curvas extrañas. Una calle se cruza a sí misma una o dos veces. Un artista descubrió una posibilidad valiosa en esta calle. Supongamos que un colector con una factura por pinturas, papel y lienzo se encuentre, al recorrer esta ruta, de repente con él mismo regresando, sin haber pagado un centavo por adelantado.

Así que, en el pintoresco Greenwich Village, pronto llegaron los artistas en busca de ventanas al norte, aleros del siglo XVIII, áticos holandeses y alquileres bajos. Luego importaron algunas jarras de peltre y una olla o dos de la Sexta Avenida, y se convirtieron en una "colonia".

En la parte superior de un ladrillo de tres pisos y forma compacta, Sue y Johnsy tenían su estudio. "Johnsy" era un apodo para Joanna. Una era de Maine, la otra de California. Se conocieron en la mesa del restaurante "Delmonico's" de la Octava Avenida y descubrieron que sus gustos en

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 179

arte, ensalada de achicoria y mangas de obispo eran tan afines que decidieron compartir un estudio juntos. Eso fue en mayo. En noviembre, un frío y desconocido extraño, a quien los médicos llamaban Neumonía, merodeaba por la colonia, tocando a uno y otro con su dedo helado. En el lado este, este devastador avanzaba audazmente, golpeando a sus víctimas por decenas, pero sus pies avanzaban lentamente por el laberinto de las estrechas y musgosas "plazas".

El Sr. Neumonía no era lo que se podría llamar un caballero galante. Una pequeña mujer con la sangre adelgazada por las brisas californianas apenas era una presa justa para el viejo fornido y de aliento corto. Pero golpeó a Johnsy, y ella yacía, apenas moviéndose, en su cama de hierro pintada, mirando a través de los pequeños cristales holandeses de la ventana en blanco de la casa de ladrillos contigua.

Una mañana, el ocupado médico invitó a Sue al pasillo con una ceja gris y lanuda.

"Tiene una oportunidad de, digamos, uno entre diez", dijo, mientras agitaba el mercurio en su termómetro clínico. "Y esa oportunidad es que ella quiera vivir. La costumbre que tiene la gente de ponerse del lado del enterrador hace que toda la farmacopea parezca absurda. Tu jovencita ha decidido que no se va a curar. ¿Tiene algo en mente?"

"Ella... ella quería pintar la Bahía de Nápoles algún día", dijo Sue.

"Pintar... tonterías. ¿Tiene algo en mente que valga la pena pensar dos veces, como un hombre, por ejemplo?"

"¿Un hombre?" dijo Sue, con un deje de voz alegre. "¿Vale la pena un hombre... pero, no, doctor, no hay nada de eso".

"Bueno, entonces, es debilidad", dijo el médico. "Haré todo lo que la ciencia, hasta donde pueda filtrarse a través de mis esfuerzos, pueda lograr. Pero cada vez que mi paciente comienza a contar los carruajes en su cortejo fúnebre, resto el 50 por ciento del poder curativo de los medicamentos. Si logras que haga una pregunta sobre los nuevos estilos de mangas de abrigo de invierno, te prometo una posibilidad de uno de cada cinco para ella, en lugar de uno de cada diez".

Después de que el médico se hubiera ido, Sue entró en la sala de trabajo y destrozó un pañuelo japonés hasta convertirlo en pulpa. Luego entró en la habitación de Johnsy con su tablero de dibujo, silbando una melodía alegre.

Johnsy yacía, apenas haciendo una ondulación bajo las sábanas, con la cara hacia la ventana. Sue dejó de silbar, pensando que estaba dormida.

Ella colocó su tablero y comenzó un dibujo en tinta china para

ilustrar una historia de revista. Los jóvenes artistas deben abrirse camino hacia el arte dibujando imágenes para las historias de revistas que jóvenes autores escriben para abrirse camino hacia la literatura.

Mientras Sue dibujaba un par de elegantes pantalones de montar para una historia en la que el héroe era un vaquero de Idaho con un monocle, escuchó un sonido suave, repetido varias veces. Se acercó rápidamente a la cama.

Los ojos de Johnsy estaban abiertos de par en par. Miraba por la ventana y contaba, retrocediendo.

"Doce", dijo, y un poco más tarde, "once"; y luego "diez", y "nueve"; y luego "ocho" y "siete", casi al mismo tiempo.

Sue miró preocupada por la ventana. ¿Qué había para contar? Solo se veía un patio desolado y la pared de ladrillos del edificio vacío a veinte pies de distancia. Una antigua enredadera de hiedra, arrugada y deteriorada en las raíces, trepaba hasta la mitad de la pared de ladrillos. El frío aliento del otoño había arrancado las hojas de la enredadera, dejando sus ramas casi desnudas aferradas a los ladrillos que se desmoronaban.

"¿Qué es, querida?" preguntó Sue.

"Seis", dijo Johnsy, casi susurrando. "Están cayendo más rápido ahora. Hace tres días había casi cien. Me dolía la cabeza contarlos. Pero ahora es fácil. Ahí va otro. Ahora solo quedan cinco."

"Cinco, ¿qué, querida? Cuéntaselo a tu Sudie."

"Hojas. En la enredadera de hiedra. Cuando caiga la última, yo también debo irme. Lo sé desde hace tres días. ¿El médico no te lo dijo?"

"Oh, nunca había oído semejante tontería", se quejó Sue con magnífico desprecio. "¿Qué tienen que ver las viejas hojas de hiedra con tu recuperación?"

Solías amar tanto esa enredadera, eres una niña tonta. No seas una insensata. El médico me dijo esta mañana que tus posibilidades de recuperarte pronto eran... veamos exactamente lo que dijo... dijo que las posibilidades eran de diez a uno. ¡Eso es casi tan buena oportunidad como tenemos en Nueva York cuando viajamos en los tranvías o pasamos frente a un edificio nuevo! Trata de tomar un poco de caldo ahora y deja que Sudie vuelva a su dibujo, así podrá vendérselo al editor y comprar vino de Oporto para su hijo enfermo y chuletas de cerdo para ella, que es tan glotona."

"No necesitas traer más vino", dijo Johnsy, manteniendo la mirada fija en la ventana. "Ahí va otro. No, no quiero ningún caldo. Eso deja solo cuatro. Quiero ver caer la última antes de que oscurezca. Luego me iré también."

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 181

'Johnsy, cariño', dijo Sue, inclinándose sobre ella, '¿me prometes mantener los ojos cerrados y no mirar por la ventana hasta que termine mi trabajo? Debo entregar esos dibujos mañana. Necesito la luz o tendría que bajar la persiana.'

'¿No podrías dibujar en la otra habitación?' preguntó Johnsy fríamente.

'Prefiero estar aquí contigo', dijo Sue. 'Además, no quiero que sigas mirando esas hojas de hiedra tontas.'

'Dime tan pronto como termines', dijo Johnsy, cerrando los ojos y yaciendo blanca y quieta como una estatua caída, 'porque quiero ver caer la última. Estoy cansada de esperar. Estoy cansada de pensar. Quiero soltar todo y navegar hacia abajo, como una de esas hojas pobres y cansadas.'

'Trata de dormir', dijo Sue. 'Debo llamar a Behrman para que sea mi modelo del viejo minero ermitaño. No estaré ausente más que un minuto. No intentes moverte hasta que regrese.'

El viejo Behrman era un pintor que vivía en la planta baja debajo de ellas. Tenía más de sesenta años y llevaba una barba al estilo del Moisés de Miguel Ángel que se curvaba desde la cabeza de un sátiro a lo largo del cuerpo de un diablillo. Behrman había sido un fracaso en el arte. Durante cuarenta años había manejado el pincel sin acercarse lo suficiente como para tocar el dobladillo del vestido de su Dama. Siempre había estado a punto de pintar una obra maestra, pero nunca había empezado una. Durante varios años no había pintado nada, excepto de vez en cuando un garabato comercial o publicitario. Ganaba un poco de dinero sirviendo como modelo para esos jóvenes artistas de la colonia que no podían pagar el precio de un profesional. Bebía ginebra en exceso y seguía hablando de su próxima obra maestra. Por lo demás, era un pequeño anciano feroz que se burlaba terriblemente de la debilidad de cualquiera y que se consideraba el mastín especial que debía proteger a los dos jóvenes artistas en el estudio de arriba.

Sue encontró a Behrman oliendo fuertemente a bayas de enebro en su guarida poco iluminada. En una esquina había un lienzo en blanco en un caballete que había estado esperando allí durante veinticinco años para recibir la primera pincelada de la obra maestra. Le habló a Behrman de la fantasía de Johnsy y de cómo temía que, en efecto, ella, tan ligera y frágil como una hoja, se desvaneciera cuando su débil vínculo con el mundo se debilitara.

El viejo Behrman, con los ojos rojos evidentemente llorosos, gritó su desprecio y burla por tales imaginaciones idiotas.

'¡Vass!' gritó. '¿Hay gente en el mundo con la tontería de morir porque las hojas caen de una maldita enredadera? No he oído hablar de semejante cosa. No, no me prestaré como modelo para tu estúpido ermitaño-cabeza de chorlito. ¿Por qué permites que ese absurdo entre en la mente de ella? ¡Ay, esa pobre pequeña Miss Johnsy!'

182 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

'Está muy enferma y débil', dijo Sue, 'y la fiebre ha dejado su mente morbosa y llena de extrañas fantasías. Muy bien, Sr. Behrman, si no le importa posar para mí, no tiene por qué hacerlo. Pero creo que es un viejo malvado, un viejo veleta.'

'¡Eres igual que una mujer!' gritó Behrman. '¿Quién dijo que no posaré? Continúa. Voy contigo. Durante media hora he estado tratando de decir que estoy listo para posar. ¡Dios! este no es un lugar en el que una persona tan buena como la señorita Johnsny deba estar enferma. Algún día pintaré una obra maestra y todos nos iremos. ¡Dios mío, sí!'

Johnsny estaba durmiendo cuando subieron las escaleras. Sue bajó la persiana hasta el alféizar de la ventana y señaló a Behrman para que entrara en la otra habitación. Desde allí miraron la hiedra con miedo. Luego se miraron por un momento sin decir una palabra. Una persistente lluvia fría caía, mezclada con nieve. Behrman, en su vieja camisa azul, se sentó como el ermitaño minero en una tetera volteada que hacía las veces de roca.

Cuando Sue se despertó después de una hora de sueño al día siguiente, encontró a Johnsny con los ojos inexpresivos y abiertos, mirando la persiana verde bajada.

'Ábrela, quiero ver', ordenó en un susurro.

Sue obedeció con cansancio.

Pero, ¡oh sorpresa! después de la lluvia batiente y los violentos ráfagas de viento que habían durado toda la noche, todavía quedaba una hoja de hiedra en el muro. Era la última de la enredadera. Aún estaba oscuro verde cerca de su tallo, pero con los bordes dentados teñidos de amarillo, señal de descomposición y decadencia, colgaba valientemente de una rama a unos seis metros del suelo.

'Es la última', dijo Johnsy. 'Pensé que seguramente caería durante la noche. Oí el viento. Caerá hoy y yo moriré al mismo tiempo.'

'¡Querida, querida!', dijo Sue, inclinando su rostro agotado hacia la almohada, 'piensa en mí, si no piensas en ti misma. ¿Qué haría yo?'

Pero Johnsy no respondió. Lo más solitario en el mundo es un alma cuando se está preparando para emprender su misterioso viaje. La fantasía parecía poseerla con más fuerza a medida que uno por uno los lazos que la unían a la amistad y a la tierra se aflojaban.

El día pasó y, aún en el crepúsculo, podían ver la única hoja de hiedra que se aferraba a su tallo contra la pared. Y luego, con la llegada de la noche, el viento del norte volvió a rugir, mientras la lluvia seguía golpeando las ventanas y goteando desde los aleros bajos de estilo holandés.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 183

Cuando fue lo suficientemente claro, Johnsy, la despiadada, ordenó que se subiera la persiana.

La hoja de hiedra todavía estaba allí.

Johnsy permaneció un largo tiempo mirándola. Y luego llamó a

Sue, quien estaba revolviendo su caldo de pollo en la estufa de gas.

'He sido una niña mala, Sudie', dijo Johnsy. 'Algo ha hecho que esa última hoja

se quede ahí para mostrarme lo mala que fui. Es un pecado querer morir.

Puedes traerme un poco de caldo ahora y un poco de leche con un poco de jerez,

y... no, tráeme un espejo primero; y después coloca algunos cojines a mi

alrededor, y me sentaré y te veré cocinar.'

Una hora después, dijo -

'Sudie, algún día espero pintar la Bahía de Nápoles.'

El médico llegó por la tarde y Sue tuvo una excusa para salir al pasillo cuando se fue.

'Las probabilidades están parejas', dijo el médico, estrechando la mano de la delgada y temblorosa Sue. 'Con una buena atención ganarás. Y ahora debo ver otro caso que tengo abajo. Behrman, ese es su nombre, algún tipo de artista, creo. También tiene neumonía. Es un hombre mayor y débil, y el ataque es agudo. No hay esperanza para él, pero hoy va al hospital para estar más cómodo.'

Al día siguiente, el médico le dijo a Sue: 'Ya no corre peligro. Has ganado. Nutrición y cuidados ahora, eso es todo.'

Y esa tarde, Sue llegó a la cama donde Johnsy yacía, tejiendo contentamente una bufanda de lana azul muy inútil y dijo: 'Tengo algo que decirte, ratoncita. El Sr. Behrman murió de neumonía hoy en el hospital. Solo estuvo enfermo dos días. El conserje lo encontró la mañana del primer día en su habitación en el piso de abajo indefenso por el dolor. Sus zapatos y ropa estaban empapados y helados. No podían imaginar dónde había estado en una noche tan espantosa. Y luego encontraron una linterna, todavía encendida, y una escalera que había sido arrastrada de su lugar, y algunos pinceles dispersos, y una paleta con colores verdes y amarillos mezclados en ella, y... mira por la ventana, cariño, a la última hoja de hiedra en la pared. ¿No te preguntaste por qué nunca se movía cuando soplaban el viento? Ah, querida, es la obra maestra de Behrman, la pintó allí la noche en que cayó la última hoja.'

286 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

Ayer mi amigo poeta, que ha vivido en estrecho contacto con la naturaleza toda su vida, escribió un poema y lo llevó a un editor.

Era un pastoral vivo, lleno del aliento genuino de los campos, el canto de los pájaros y el agradable murmullo de arroyos que gorgotean.

Cuando el poeta volvió a ver al editor, con esperanzas de una cena de filete en su corazón, se lo devolvieron con el comentario:

"Demasiado artificial".

Varios de nosotros nos reunimos para cenar espaguetis y chianti del condado de Dutchess, y tragamos la indignación con los bocados resbaladizos.

Y allí cavamos un hoyo para el editor. Con nosotros estaba Conant, un escritor de ficción bien establecido, un hombre que había caminado sobre asfalto toda su vida y que nunca había contemplado escenas bucólicas excepto con sensaciones de disgusto desde las ventanas de los trenes express.

Conant escribió un poema y lo llamó 'La Cierva y el Arroyo'. Era un magnífico ejemplo del tipo de trabajo que esperarías de un poeta que había vagado con Amaryllis solo hasta las ventanas de la florería y cuya única discusión ornitológica se había llevado a cabo con un camarero. Conant firmó este poema, y lo enviamos al mismo editor.

Pero esto tiene muy poco que ver con la historia.

Justo cuando el editor estaba leyendo la primera línea del poema, a la mañana siguiente, una criatura tropezó fuera del ferry West Shore y se dirigió lentamente hacia la Calle 42.

El invasor era un joven con ojos azules claros, un

labio caído y cabello del mismo color que el de la pequeña huérfana (que luego se descubrió que era la hija del conde) en una de las obras de teatro del Sr. Blaney. His trousers were corduroy, his

coat short-sleeved, with buttons in the middle of his back. One bootleg was outside the corduroys. You looked expectantly, though in vain, at his straw hat for ear-holes, its shape inaugurating the suspicion that it had been ravaged from a former equine possessor. In his hand was a valise - description of it is an impossible task; a Boston man would not have carried his lunch and law books to his office in it. And above one ear, in his hair, was a wisp of hay - the rustic's letter of credit, his badge of innocence, the last clinging touch of the Garden of Eden lingering to shame the goldbrick men.

Knowingly, smilingly, the city crowds passed him by. They saw the raw stranger stand in the gutter and stretch his neck at the tall buildings. At this they ceased to smile, and even to look at him. It had been done so often. A few glanced at the antique valise to see what Coney 'attraction' or brand of chewing-gum he might be thus dinning into his memory. But for the most part he was ignored. Even the newsboys looked bored when he scampered like a circus clown out of the way of cabs and street-cars.

At Eighth Avenue stood 'Bunco Harry,' with his dyed mous tache and shiny, good-natured eyes. Harry was too good an artist not to be pained at the sight of an actor overdoing his part. He edged up to the countryman, who had stopped to open his mouth at a jewellery store window, and shook his head.

'Too thick, pal,' he said critically - 'too thick by a couple of inches. I don't know what your lay is; but you've got the properties on too thick. That hay, now - why,

they don't even allow that on Proctor's circuit any more.'

'I don't understand you, mister,' said the green one. 'I'm not lookin' for any circus. I've just run down from Ulster County to look at the town, bein' that the hayin's over with. Gosh! but it's a whopper. I thought Poughkeepsie was some punkins; but this here town is five times as big.'

'Oh, well,' said 'Bunco Harry,' raising his eyebrows, 'I didn't mean to butt in. You don't have to tell. I thought you ought to tone down a little, so I tried to put you wise. Wish you success at your graft, whatever it is. Come and have a drink, anyhow.'

'I wouldn't mind having a glass of lager beer,' acknowledged the other.

They went to a café frequented by men with smooth faces and shifty eyes, and sat at their drinks.

288 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

"Me alegro de encontrarte, señor", dijo Haylocks. "¿Te gustaría jugar unas cuantas partidas de siete y medio? Tengo las cartas".

Las sacó de la maleta de Noah, un mazo raro e inimitable, grasiento por cenas de tocino y sucio por el suelo de los campos de maíz.

'Bunco Harry' rió en voz alta y brevemente.

"No es para mí, amigo", dijo firmemente. "No me enfrento a ese atuendo tuyo por un centavo. Pero sigo diciendo que te has pasado. Los campesinos no se visten así desde el 79. Dudo que puedas engañar a Brooklyn con ese aspecto para conseguir un reloj de cuerda con llave".

"Oh, no creas que no tengo dinero", presumió Haylocks. Sacó un rollo de billetes fuertemente enrollado del tamaño de una taza de té y lo puso sobre la mesa.

"Conseguí eso como mi parte de la finca de la abuela", anunció. "Hay \$950 en ese rollo. Pensé en venir a la ciudad y buscar un negocio prometedor para entrar".

'Bunco Harry' tomó el rollo de dinero y lo miró con casi respeto en sus ojos sonrientes.

"He visto cosas peores", dijo críticamente. "Pero nunca lo lograrás con esa ropa. Necesitas conseguir zapatos de color claro, un traje negro y un sombrero de paja con una banda de color, y hablar mucho sobre Pittsburgh y las diferencias en los fletes, y beber jerez en el desayuno para deshacerte de cosas falsas como esa".

"¿Cuál es su línea?", preguntaron dos o tres hombres de mirada esquiva a 'Bunco Harry' después de que Haylocks hubiera recogido su dinero impugnado y se hubiera marchado.

"Supongo que se dedica a timar a la gente", dijo Harry. "O tal vez sea uno de los hombres de Jerome. O algún tipo con un nuevo timo. Es demasiado paletón. Tal vez sea su... me pregunto ahora... oh no, no podría haber sido dinero real".

Haylocks siguió deambulando. La sed probablemente lo asaltó de nuevo, porque entró en un oscuro bar de mala muerte en una calle lateral y compró cerveza. Varios tipos siniestros rondaban el extremo de la barra. A primera vista, sus ojos se iluminaron, pero cuando su rusticidad insistente y exagerada se hizo evidente, sus expresiones cambiaron a sospecha cautelosa.

Haylocks colgó su maleta detrás de la barra.

"Guárdamela un rato, amigo", dijo, masticando el extremo de un fuerte cigarro color arcilla. "Volveré después de dar una vuelta. Y mantén un ojo en ella, porque hay \$950 adentro, aunque quizás no lo creas al mirarme".

En algún lugar afuera, un fonógrafo comenzó a reproducir una pieza de una banda, y Haylocks se dirigió hacia allí, con los botones de su chaqueta chapoteando en el centro de su espalda.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 289

"¿Repartir? Mike", dijeron los hombres que estaban apoyados en la barra, guiñándose los ojos abiertamente entre ellos.

"De verdad, ahora", dijo el cantinero, apartando la maleta con una patada. "No creerás que caeré en eso, ¿verdad? Cualquiera puede ver que no es ningún ingenuo. Debe ser uno de los que atraen a los incautos. Es un veterano si se disfrazó así. No hay ninguna parte del país donde se vistan así desde que pusieron la entrega rural gratuita en Providence, Rhode Island. Si tiene nueve cincuenta en esa maleta, será un reloj Waterbury de noventa y ocho centavos que se detuvo a las diez menos diez".

Cuando Haylocks agotó los recursos de Mr. Edison para entretenerse, regresó por su maleta. Y luego bajó por Broadway, observando los lugares de interés con sus ansiosos ojos azules. Pero una y otra vez, Broadway lo rechazó con miradas cortantes y sonrisas sarcásticas. Era el chiste más antiguo que la ciudad debía soportar. Era tan descaradamente imposible, tan ultra-rural, tan exagerado más allá de los productos más estrafalarios del establo, el campo de heno y el escenario de vodevil, que solo despertaba cansancio y sospecha. Y el mechón de heno en su cabello era tan genuino, tan fresco y perfumado de los

prados, tan clamorosamente rural, que incluso un tramposo de juegos de manos habría recogido sus guisantes y recogido su mesa al verlo.

Haylocks se sentó en un tramo de escalones de piedra y nuevamente sacó su fajo de billetes de la maleta. El más externo, un billete de veinte, lo retiró y llamó a un vendedor de periódicos.

"Hijo", le dijo, "corre a algún sitio y cámbiame esto. Estoy a punto de quedarme sin dinero; supongo que recibirás un níquel si te das prisa".

Una mirada herida apareció a través de la suciedad en el rostro del vendedor de periódicos.

"¡Ah, ¿tú qué crees?! Vete y cámbialo tú mismo ese billete raro. No llevas ropa de granjero, no. Vete con tu dinero de escenario".

En una esquina, un reclutador de un casino observó a Haylocks, y su expresión de repente se volvió fría y virtuosa.

"Señor", dijo el rural. "He oído hablar de lugares en esta ciudad donde un tipo podría disfrutar de una buena partida de cartas o jugar al keno. Tengo \$950 en esta maleta y vine desde el viejo Ulster para ver los lugares de interés. ¿Sabes dónde un tipo podría apostar alrededor de \$9 o \$10? Voy a divertirme un poco y luego tal vez compre un negocio de algún tipo".

El reclutador pareció afligido y examinó una mota blanca en la uña de su dedo índice izquierdo.

"Aléjate, viejo", murmuró con reproche. "La Central

290 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

debe estar loca para enviarte así con esa pinta". "No podrías acercarte a dos cuadras de una partida de dados en la acera con esos atuendos de Tony Pastor.

El reciente señor Scotty, de Death Valley, te supera con creces en cuanto a escenografía isabelina y accesorios mecánicos. Deja que te tiren las cartas a ti. No, no conozco ningún salón dorado donde puedas apostar un furgón policial al as."

Rechazado nuevamente por la gran ciudad, que es tan rápida para detectar las artificialidades, Haylocks se sentó en el bordillo y convocó a sus pensamientos para que celebraran una conferencia.

"Son mis ropas", dijo. "Maldición, sí. Piensan que soy un paleta y no quieren nada que ver conmigo. Nadie se ha burlado nunca de este sombrero en el condado de Ulster. Supongo que si quieres que la gente te note en Nueva York, debes vestirte como ellos".

Así que Haylocks fue de compras en los bazares donde los hombres hablaban a través de sus narices y se frotaban las manos, y pasaron la cinta métrica extáticamente por la protuberancia en su bolsillo interior, donde reposaba un nubarrón rojo de maíz con un número par de hileras. Y mensajeros con paquetes y cajas fluían hacia su hotel en Broadway, dentro de las luces de Long Acre.

A las nueve en punto de la noche, descendió a la acera alguien a quien el condado de Ulster habría renegado. Brillantes eran sus zapatos; su sombrero era el último modelo. Sus pantalones de color gris claro estaban profundamente planchados; un alegre pañuelo de seda azul ondeaba desde el bolsillo de su elegante abrigo inglés. Su cuello habría adornado la ventana de una lavandería; su cabello rubio estaba recortado; el mechón de heno había desaparecido.

Por un instante se quedó, espléndido, con el aire pausado de un paseante elaborando en su mente la ruta para sus placeres nocturnos. Y luego dobló por la animada y brillante calle con el paso fácil y elegante de un millonario.

Pero en el instante en que se detuvo, los ojos más sabios y agudos de la ciudad lo habían envuelto en su campo de visión. Un hombre robusto con ojos grises eligió a dos de sus amigos con un movimiento de cejas entre la fila de holgazanes frente al hotel.

"El paleta más jugoso que he visto en seis meses", dijo el hombre de ojos grises. "Vamos".

Eran las once y media cuando un hombre entró a toda prisa en la comisaría de policía de la calle Cuarenta y Siete Oeste con la historia de sus agravios.

"Novecientos cincuenta dólares", jadeó, "todo mi parte de la granja de la abuela". El sargento de guardia le sacó el nombre Jabez Bulltongue,

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 291

de la Granja Locust Valley, Condado de Ulster, y luego comenzó a tomar descripciones de los hombres de fuerza bruta. Cuando Conant fue a ver al editor sobre el destino de su poema, fue recibido en la oficina principal, decorada con estatuillas de Rodin y J.G. Brown.

"Cuando leí el primer verso de 'La Cierva y el Arroyo'", dijo el editor, "sabía que era obra de alguien cuya vida ha estado en estrecho contacto con la naturaleza. El arte refinado del verso no me cegó a ese hecho. Para usar una comparación algo rústica, era como si un niño salvaje, libre de los bosques y campos, se pusiera la vestimenta de la moda y caminara por Broadway. Bajo la vestimenta, se revelaría al hombre".

"Gracias", dijo Conant. "Supongo que el cheque estará disponible el jueves, como de costumbre".

Las moralejas de esta historia se han mezclado de alguna manera. Puedes elegir entre 'Quedarte en la granja' o 'No escribir poesía'.

XLVIII

El Arte es lo Importante

CONOCIENDO A UN reportero de periódico que tenía un par de pases gratuitos, tuve la oportunidad de ver la actuación hace algunas noches en uno de los populares teatros de vodevil.

Uno de los números era un solo de violín interpretado por un hombre de aspecto llamativo, que no pasaba de los cuarenta años, pero con el pelo muy gris y espeso. Como no tengo gusto por la música, dejé que el sistema de sonidos fluyera mientras observaba al hombre.

"Hace un mes o dos, hubo una historia sobre ese tipo", dijo el reportero. "Me dieron la asignación. Debía ocupar una columna y ser de un tono extremadamente ligero y jocoso. El jefe parece que aprecia el toque cómico que le doy a los eventos locales. Ah sí, ahora estoy trabajando en una comedia de enredo. Bueno, fui al teatro y obtuve todos los detalles, pero fracasé por completo en ese trabajo. Volví y presenté una reseña cómica de un funeral en el lado este en su lugar. ¿Por qué? Oh, simplemente no pude abordarlo con mi estilo cómico, de alguna manera. Tal vez tú puedas convertirlo en una obra de teatro breve trágica para abrir el telón. Te daré los detalles".

Después de la actuación, mi amigo, el reportero, me relató los hechos mientras bebíamos Würzburger.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 297

la música angustiada y suplicante de un violín. La vieja, la música, hechiza a algunos de los más nobles. Los cuervos pueden picotear en la manga sin causar daño, pero aquel que lleva su corazón sobre su tímpano lo tiene cerca del cuello.

Esta música y el músico la llamaron, y a su lado, el honor y el antiguo amor la retuvieron.

Perdóname - suplicó él.

Veinte años son mucho tiempo para estar lejos de quien dices que amas - declaró ella con un toque purgatorial.

¿Cómo podría haberlo sabido? - rogó él. - No ocultaré nada de ti. Aquella noche, cuando él se fue, lo seguí. Estaba loco de celos. En una calle oscura lo golpeé. No tenía intención de matarlo. Estaba loco de amor y celos. Me escondí cerca y vi cómo una ambulancia se lo llevaba. Aunque te casaste con él, Helen...

¿Quién eres tú? - gritó la mujer, con los ojos muy abiertos, apartando su mano.

¿No me recuerdas, Helen, el que siempre te ha amado más? Soy John Delaney. Si puedes perdonar...

Pero ella se fue, saltando, tropezando, apresurándose, volando escaleras arriba hacia la música y él, que había olvidado pero que la había conocido como suya en cada una de sus dos existencias, y mientras subía, sollozaba, lloraba y cantaba: "¡Frank! ¡Frank! ¡Frank!"

Tres mortales jugando con los años como si fueran bolas de billar, y mi amigo, el reportero, no podía ver nada gracioso en eso.

XL1X

Un Paseo en Afasia

MI ESPOSA Y YO NOS DESPEDIMOS esa mañana de manera completamente habitual. Dejó su segunda taza de té para acompañarme hasta la puerta

principal. Allí arrancó de mi solapa el invisible hilo de pelusa (el acto universal de la mujer para proclamar la propiedad) y me advirtió que tuviera cuidado con mi resfriado. No tenía resfriado. Luego vino su beso de despedida, el beso nivelado de la domesticidad con sabor a Young Hyson. No había temor de lo improvisado, de la variedad que condimentara su costumbre infinita. Con el toque hábil de una larga práctica, torció de manera incorrecta mi bien colocado prendedor de corbata. Luego, al cerrar la puerta, oí sus zapatillas matutinas tamborileando de vuelta hacia su té enfriándose.

298 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

Cuando salí, no tenía pensamiento ni premonición de lo que iba a ocurrir. El ataque llegó de repente.

Durante muchas semanas, había estado trabajando casi día y noche en un famoso caso de derecho ferroviario que gané triunfalmente apenas unos días antes. De hecho, había estado trabajando incansablemente en el derecho durante muchos años. En una o dos ocasiones, el buen doctor Volney, mi amigo y médico, me había advertido.

"Si no aflojas el paso, Belford", decía, "te derrumbarás de repente. Ya sea tus nervios o tu cerebro cederán. Dime, ¿pasa una semana sin que leas en los periódicos acerca de un caso de afasia, de algún hombre perdido, vagando sin nombre, con su pasado y su identidad borrados, y todo por ese pequeño coágulo cerebral causado por el exceso de trabajo o la preocupación?"

Siempre pensé, dije, que el coágulo en esos casos se encontraba en los cerebros de los reporteros de periódicos.

El Dr. Volney negó con la cabeza.

"La enfermedad existe", dijo. "Necesitas un cambio o un descanso. Sala de audiencias, oficina y casa, ese es el único camino que recorres. Para recrearte, lees libros de derecho. Mejor toma una advertencia a tiempo".

"Los jueves por la noche", me defendí, "mi esposa y yo jugamos al cribbage. Los domingos me lee la carta semanal de su madre. Que los libros de derecho no sean una recreación todavía está por demostrar".

Esa mañana, mientras caminaba, pensaba en las palabras del doctor Volney. Me sentía tan bien como de costumbre, posiblemente con mejor ánimo de lo habitual.

Me desperté con los músculos rígidos y entumecidos por haber dormido durante mucho tiempo en el incómodo asiento de un vagón de día. Apoyé la cabeza contra el asiento y traté de pensar. Después de un largo rato, me dije a mí mismo: "Debo tener algún tipo de nombre". Registré mis bolsillos. No encontré ninguna tarjeta, carta, papel o monograma. Pero hallé en el bolsillo de mi abrigo casi 3,000 dólares en billetes de gran denominación.

"Debo ser alguien, por supuesto", me repetía a mí mismo, y comencé de nuevo a reflexionar.

El vagón estaba bastante lleno de hombres, entre los cuales me dije que debía haber algún interés común, ya que se mezclaban libremente y parecían estar de buen humor. Uno de ellos, un caballero corpulento con gafas envuelto en un marcado olor a canela y aloe, ocupó la mitad vacía de mi asiento con un gesto amistoso y desplegó un periódico. En los intervalos entre sus períodos de lectura, conversamos, como suelen hacerlo los viajeros, sobre

los asuntos actuales. Me encontré capaz de mantener la conversación sobre esos temas con crédito, al menos según mi memoria. Poco después, mi compañero dijo:

"Por supuesto, eres uno de los nuestros. Un grupo selecto de hombres envía el Oeste esta vez. Me alegra que la convención se celebrara en Nueva York; nunca había estado en el este antes. Mi nombre es R. P. Bolder, de Bolder & Son, de Hickory Grove, Missouri".

Aunque no estaba preparado, respondí a la emergencia, como suelen hacer los hombres cuando se ven en apuros. Ahora debía realizar un bautizo y ser al mismo tiempo niño, predicador y padre. Mis sentidos vinieron al rescate de mi cerebro más lento. El persistente olor a medicamentos de mi compañero proporcionó una idea; una mirada a su periódico, donde mi ojo se encontró con un anuncio conspicuo, me ayudó aún más.

"Mi nombre", dije con fluidez, "es Edward Pinkhammer. Soy farmacéutico y mi hogar está en Cornopolis, Kansas".

"Sabía que eras farmacéutico", dijo mi compañero de viaje afablemente. "Vi el callo en el dedo índice derecho donde roza el mango del mortero. Por supuesto, eres delegado a nuestra Convención Nacional".

"¿Son todos estos hombres farmacéuticos?", pregunté con asombro.

"Lo son. Este vagón procede del oeste. Y son tus farmacéuticos de toda la vida, nada de sus farmacéuticos de tabletas y gránulos que usan máquinas expendedoras en lugar de un mostrador de recetas. Nosotros preparamos nuestro propio paragórico y elaboramos nuestras propias píldoras, y no nos importa llevar unas cuantas semillas de jardín en primavera y tener una línea secundaria de confitería y zapatos. Te lo digo, Hampinker, tengo una idea para presentar en esta convención, nuevas ideas son lo que necesitan. Ahora, ¿sabes

las botellas de tartarato de antimonio y potasio y de tartrato de sodio y potasio? Uno es venenoso, ya sabes, y el otro es inofensivo. Es fácil confundir una etiqueta con la otra. ¿Dónde suelen guardarlas la mayoría de los farmacéuticos? Por separado, en diferentes estantes. Eso está mal. Yo digo que deberían mantenerlas juntas para que cuando necesites una siempre puedas compararla con la otra y evitar errores. ¿Captas la idea?"

"Me parece muy buena", dije.

"¡Perfecto! Cuando la presente en la convención, tú la respaldas. Haremos que algunos de estos profesores del este, que creen que son los únicos en el mercado, parezcan tabletas hipodérmicas".

"Si puedo ser de ayuda", dije, entusiasmándome, "las dos botellas de... eh..."

"Tartrato de antimonio y potasio, y tartrato de sodio y potasio".

300 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

"De ahora en adelante, se sentarán lado a lado", concluí con firmeza.

"Ahora, hay otra cosa", dijo el Sr. Bolder. "Para un excipiente en la manipulación de una masa de píldoras, ¿cuál prefieres: el carbonato de magnesio o la raíz pulverizada de glicirricina?"

"El... eh... magnesio", dije. Era más fácil de decir que la otra palabra.

El Sr. Bolder me miró con desconfianza a través de sus gafas. "Dame la glicirricina", dijo. "Pastillas de magnesio."

"Aquí tienes otro de estos casos de afasia falsa", dijo después, entregándome su periódico y señalando un artículo con el dedo. "No creo en ellos. Pongo nueve de cada diez como fraudes. Un hombre se cansa de su trabajo y su familia y quiere pasar un buen rato. Se va a algún lugar y cuando lo encuentran finge haber

perdido la memoria, no sabe su propio nombre y ni siquiera reconoce la marca de fresa en el hombro izquierdo de su esposa. ¡Afasia! ¡Bah! ¿Por qué no pueden quedarse en casa y olvidarse?"

Tomé el periódico y leí, después de los titulares picantes, lo siguiente:

"DENVER, 12 de junio. - Elwyn C. Bellford, un abogado destacado, ha desaparecido misteriosamente de su hogar desde hace tres días, y todos los esfuerzos por localizarlo han sido en vano. El Sr. Bellford es un conocido ciudadano de alta reputación y ha disfrutado de una amplia y lucrativa práctica legal. Está casado y es dueño de una hermosa casa y de la biblioteca privada más extensa del estado. El día de su desaparición, retiró una gran suma de dinero de su banco. No se puede encontrar a nadie que lo haya visto después de salir del banco. El Sr. Bellford era un hombre de gustos singularmente tranquilos y domésticos, y parecía encontrar su felicidad en su hogar y su profesión. Si existe alguna pista sobre su extraña desaparición, podría encontrarse en el hecho de que durante algunos meses estuvo profundamente absorto en un importante caso legal relacionado con la Compañía de Ferrocarril Q. Y. y Z. Se teme que el exceso de trabajo haya afectado su mente. Se está haciendo todo lo posible para descubrir el paradero del hombre desaparecido."

"Me parece que no eres del todo cínico, señor Bolder", dije después de haber leído el despacho. "Este tiene para mí el sonido de un caso genuino. ¿Por qué este hombre, próspero, felizmente casado y respetado, elegiría abandonarlo todo de repente? Sé que estas pérdidas de memoria ocurren y que los hombres se encuentran a la deriva sin un nombre, una historia o un hogar"

"Oh, pamplina y jalapa", dijo el Sr. Bolder. "Lo que buscan son diversiones. Hay demasiada educación hoy en día. Los hombres saben acerca de la afasia y la usan como excusa. Las mujeres también son astutas"

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 301

"Cuando todo ha terminado, te miran a los ojos, lo más científicamente posible, y dicen: 'Me hipnotizó'."

Así que el Sr. Bolder me entretenía con sus comentarios y filosofía, pero no me ayudaba.

Llegamos a Nueva York alrededor de las diez de la noche. Viajé en un taxi a un hotel, y escribí mi nombre 'Edward Pinkhammer' en el registro. Mientras lo hacía, sentí que me invadía una espléndida, salvaje e intoxicante euforia, una sensación de libertad ilimitada, de posibilidades recién adquiridas. Acababa de nacer al mundo. Las antiguas cadenas, cualesquiera que fueran, se habían roto de mis manos y pies. El futuro se extendía ante mí como un camino claro por el que un recién nacido entra, y podía emprenderlo equipado con el aprendizaje y la experiencia de un hombre.

Pensé que el recepcionista del hotel me miraba durante cinco segundos de más. No tenía equipaje.

"La Convención de Farmacéuticos", dije. "Mi maleta parece que no ha llegado de alguna manera." Saqué un fajo de dinero.

"¡Ah!", dijo él, mostrando un diente dorado, "tenemos a varios delegados del oeste alojados aquí". Llamó al botones.

Intenté darle color a mi papel.

"Hay un movimiento importante entre nosotros, los del oeste", dije, "con respecto a una recomendación a la convención de que las botellas que contienen el tartrato de antimonio y potasio, y el tartrato de sodio y potasio, se mantengan en una posición contigua en el estante".

"Caballero en el tres catorce", dijo rápidamente el recepcionista. Me llevaron a toda prisa a mi habitación.

Al día siguiente compré una maleta y ropa, y empecé a vivir la vida de Edward Pinkhammer. No me esforcé por resolver problemas del pasado.

Fueron días de oro y plata. Edward Pinkhammer, contando sus horas de vida, conocía la rara alegría de haber llegado a un mundo tan divertido, completo y desinhibido. Estaba encantado en las alfombras mágicas proporcionadas en teatros y jardines en la azotea, que transportaban a uno a tierras extrañas y encantadoras llenas de música juguetona, chicas guapas y parodias grotescas, drolly extravagantes sobre la humanidad. Fui de aquí para allá a mi propia voluntad querida, sin estar limitado por el espacio,

302 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

el tiempo o el comportamiento. Cené en extraños cabarets, en mesas de huéspedes extrañas al son de música húngara y los gritos salvajes de artistas y escultores mercuriales. Otra vez, donde la vida nocturna tiembla bajo el resplandor eléctrico como una imagen cinematográfica y la alta costura del mundo, y sus joyas, y aquellos a quienes adornan, y los hombres que hacen todo esto posible se reúnen para celebrar y para el efecto espectacular. Y entre todas estas escenas que mencioné, aprendí una cosa que nunca supe antes. Y es que la clave de la libertad no está en manos de la Licencia, sino que la Convención la sostiene. La Comodidad tiene una caseta de peaje a la que debes pagar, o no podrás entrar en la tierra de la Libertad. En todo el brillo, el aparente desorden, el desfile, el abandono, vi esta ley, discreta pero fuerte como el hierro, prevalecer. Por lo tanto, en Manhattan debes obedecer estas leyes no escritas y luego serás el más libre de los libres. Si te niegas a ser atado por ellas, te pones grilletes.

A veces, según mi estado de ánimo me impulsaba, buscaría los solemnes salones de palmas que susurran suavemente, perfumados con la vida de alta alcurnia y delicada restricción, en los que cenar. Otra vez bajaría a las vías fluviales en barcos llenos de ruidosos, adornados, incontrolados, empleados y empleadas de tiendas, para sus crudas diversiones en las orillas de la isla. Y siempre estaba Broadway, resplandeciente, opulento, astuto, cambiante, deseable Broadway, que crecía en uno como un hábito de opio.

Una tarde, al entrar en mi hotel, un hombre corpulento con una nariz grande y un bigote negro bloqueó mi camino en el pasillo. Cuando intenté pasar junto a él, me saludó con una familiaridad ofensiva.

- ¡Hola, Bellford! - exclamó en voz alta - ¿Qué diablos haces en Nueva York? No sabía que algo pudiera alejarte de esa antigua biblioteca. ¿Viene la Sra. B. contigo o es un pequeño viaje de negocios en solitario, eh?

- Ha cometido un error, señor - dije fríamente, soltando mi mano de su agarre. - Mi nombre es Pinkhammer. Me disculpará.

El hombre se apartó, aparentemente sorprendido. Mientras caminaba hacia el mostrador de la recepción, lo escuché llamar a un botones y decir algo acerca de formularios de telégrafo.

- Por favor, dame mi factura - le dije al recepcionista - y haz que mi equipaje baje en media hora. No quiero quedarme donde me molestan los estafadores.

Esa tarde me mudé a otro hotel, uno sobrio y de estilo antiguo en la parte baja de la Quinta Avenida. Había un restaurante un poco alejado de Broadway donde se

podía ser atendido casi al aire libre en un entorno tropical rodeado de una variedad de plantas de pantalla. "Tranquilo y lujo, junto con un servicio perfecto, lo convirtieron en un lugar ideal para almorzar o refrescarse. Una tarde, mientras me dirigía a una mesa entre los helechos, sentí que mi manga fue atrapada.

'¡Sr. Bellford!' exclamó una voz sorprendentemente dulce.

Me giré rápidamente para ver a una dama sentada sola, una mujer de unos treinta años con ojos extremadamente hermosos que me miraba como si fuera su querido amigo.

'Estabas a punto de pasarme', acusó. 'No me digas que no me conocías. ¿Por qué no deberíamos estrecharnos la mano, al menos una vez cada quince años?'

Le estreché la mano de inmediato y tomé una silla frente a ella en la mesa. Hice una señal con mis cejas a un camarero que rondaba. La dama jugueteaba con un helado de naranja. Yo pedí un crème de menthe. Su cabello era de un tono bronce rojizo. No podías mirarlo, porque no podías apartar la vista de sus ojos. Pero eras consciente de él como eres consciente del atardecer mientras miras en las profundidades de un bosque al anochecer.

'¿Estás seguro de que me conoces?' pregunté.

'No', dijo sonriendo, 'nunca estuve segura de eso'.

'¿Qué pensarías', dije un poco ansioso, 'si te dijera que mi nombre es Edward Pinkhammer, de Cornopolis, Kansas?'

'¿Qué pensaría?' repitió con una mirada alegre. 'Bueno, que no trajiste a la Sra. Bellford contigo a Nueva York, por supuesto. Ojalá lo hubieras hecho. Me hubiera gustado ver a Marian'. Su voz bajó ligeramente. 'No has cambiado mucho, Elwyn'.

Sentí sus ojos maravillosos escudriñando los míos y mi rostro más de cerca.

'Sí, lo has hecho', corrigió, y en sus últimas palabras había una nota suave y exultante. 'Lo veo ahora. No lo has olvidado. No lo has olvidado por un año ni por un día ni por una hora. Te dije que nunca podrías'.

Revolví mi pajita ansiosamente en el crème de menthe.

'Le ruego disculpas', dije, un poco inquieto por su mirada. 'Pero ese es precisamente el problema. Lo he olvidado. He olvidado todo'.

Ella desestimó mi negación. Se rió deliciosamente de algo que parecía ver en mi rostro.

'He oído hablar de ti en ocasiones', continuó." "Eres un abogado bastante importante en el Oeste, ¿verdad? Denver, ¿no es así, o Los Ángeles? Marian debe estar

304 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

muy orgullosa de ti." "Supongo que sabías que me casé seis meses después de que tú lo hicieras. Puede que lo hayas visto en los periódicos. Solo las flores costaron dos mil dólares."

Ella había mencionado quince años. Quince años es mucho tiempo.

"¿Sería demasiado tarde", pregunté un poco temerosamente, "para ofrecerte mis felicitaciones?"

"No, si te atreves a hacerlo", respondió con tanta valentía que me quedé en silencio y empecé a hacer patrones en el mantel con mi uña.

"Dime una cosa", dijo, inclinándose hacia mí con bastante entusiasmo, "una cosa que he querido saber durante muchos años, solo por curiosidad de mujer,

por supuesto, ¿te has atrevido desde aquella noche a tocar, oler o mirar rosas blancas, rosas blancas mojadas por la lluvia y el rocío?"

Di un sorbo al crème de menthe.

"Sería inútil, supongo", dije con un suspiro, "que repita que no tengo ningún recuerdo de estas cosas en absoluto. Mi memoria está completamente fallida. No hace falta decir cuánto lo lamento".

La dama apoyó los brazos en la mesa, y nuevamente sus ojos despreciaron mis palabras y se dirigieron directamente a mi alma. Rió suavemente, con una extraña calidad en el sonido: era una risa de felicidad, sí, y de contento, y de miseria. Intenté apartar la mirada de ella.

"Mientes, Elwyn Bellford", suspiró con deleite. "¡Oh, sé que mientes!"

Miré sin brillo los helechos.

"Mi nombre es Edward Pinkhammer", dije. "Vine con los delegados a la Convención Nacional de Farmacéuticos. Hay un movimiento en marcha para organizar una nueva disposición para las botellas de tartrato de antimonio y tartrato de potasio, en la cual, muy probablemente, tendrías poco interés".

Un landó reluciente se detuvo frente a la entrada. La dama se levantó. Tomé su mano y me incliné.

"Lamento profundamente", le dije, "que no pueda recordar. Podría explicarlo, pero temo que no lo entenderías. No cederás a Pinkhammer; y realmente no puedo concebir en absoluto las rosas y otras cosas".

"Adiós, Sr. Bellford", dijo, con su sonrisa feliz y triste, mientras subía a su carruaje.

Asistí al teatro esa noche. Cuando regresé a mi hotel, apareció mágicamente a mi lado un hombre tranquilo vestido de oscuro, quien parecía interesado en frotar sus

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 305

uñas con un pañuelo de seda. 'Sr. Pinkhammer', dijo casualmente, centrando la mayor parte de su atención en su dedo índice, '¿puedo pedirle que se aparte conmigo para una breve conversación? Hay una sala aquí.'

'Ciertamente', respondí.

Me condujo a un pequeño salón privado. Había una dama y un caballero allí. La dama, supuse, habría sido inusualmente atractiva si no fuera por una expresión de profunda preocupación y fatiga en su rostro. Tenía una figura y características que eran de mi agrado. Llevaba un vestido de viaje y me miró con una mirada de extrema ansiedad, apretando una mano temblorosa sobre su pecho. Creo que habría dado un paso adelante, pero el caballero detuvo su movimiento con un gesto autoritario de la mano. Luego, él mismo se acercó a mí. Tenía unos cuarenta años, con algunas canas en las sienes, y un rostro fuerte y pensativo.

'Bellford, viejo amigo', dijo cordialmente, 'me alegra verte de nuevo. Por supuesto, sabemos que todo está bien. Te advertí, ya sabes, que te estabas excediendo. Ahora, volverás con nosotros y en poco tiempo volverás a ser tú mismo'.

Sonreí irónicamente.

'He sido "Bellfordizado" tantas veces', dije, 'que ha perdido su filo. Aún así, al final, podría volverse tedioso. ¿Estarías dispuesto a considerar la hipótesis de que mi nombre es Edward Pinkhammer y que nunca te vi antes en mi vida?'

Antes de que el hombre pudiera responder, un grito lastimero salió de la mujer. Se lanzó más allá de su brazo retenedor. '¡Elwyn!' sollozó y se arrojó sobre mí, aferrándose con fuerza. '¡Elwyn!', volvió a llorar, 'no rompas mi corazón. Soy tu esposa, llama mi nombre una vez, ¡solo una vez! Preferiría verte muerto que así'.

Desenredé sus brazos con respeto pero con firmeza.

'Señora', dije con severidad, 'permítame sugerir que acepta un parecido demasiado precipitadamente. Es una lástima', continué con una risa divertida mientras se me ocurrió el pensamiento, 'que este Bellford y yo no podemos ser mantenidos uno al lado del otro en la misma estantería como tartratos de sodio y antimonio con fines de identificación. Para entender la alusión', concluí con aire despreocupado, 'puede ser necesario que siga de cerca las actuaciones de la Convención Nacional de Farmacéuticos'.

La dama se volvió hacia su acompañante y agarró su brazo. '¿Qué es, Doctor Volney? Oh, ¿qué es?', gimoteó.

306 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

Él la condujo hacia la puerta.

"Ve a tu habitación por un rato", lo oí decir. "Me quedaré y hablaré con él. ¿Su mente? No, no creo, solo una parte del cerebro. Sí, estoy seguro de que se recuperará. Ve a tu habitación y déjame solo con él."

La dama desapareció. El hombre de traje oscuro también salió, siguiendo cuidadosamente su cuidado personal de forma pensativa. Creo que esperó en el pasillo.

"Me gustaría hablar contigo por un tiempo, Sr. Pinkhammer, si me lo permites", dijo el caballero que se quedó.

"Muy bien, si lo deseas", respondí, "y dispénsame si lo tomo con calma; estoy bastante cansado". Me estiré en un sofá junto a una ventana y encendí un cigarro. Él acercó una silla.

"Hablemos al grano", dijo tranquilamente. "Tu nombre no es Pinkhammer".

"Lo sé tan bien como tú", dije con calma. "Pero un hombre debe tener un nombre de alguna clase. Puedo asegurarte que no admiro en exceso el nombre de Pinkhammer. Pero cuando uno se bautiza a sí mismo, de repente los nombres elegantes no parecen sugerirse a sí mismos. Pero ¿qué tal si hubiera sido Scheringhausen o Scroggins? Creo que lo hice bastante bien con Pinkhammer."

"Tu nombre", dijo el otro hombre seriamente, "es Elwyn C. Bellford. Eres uno de los primeros abogados de Denver. Estás sufriendo un ataque de afasia, que te ha hecho olvidar tu identidad. La causa de ello fue la excesiva dedicación a tu profesión y, quizás, una vida demasiado carente de recreación y placeres naturales. La dama que acaba de salir de la habitación es tu esposa".

"Ella es lo que yo llamaría una mujer de buen aspecto", dije, tras una pausa juiciosa. "Admiro particularmente el tono de marrón en su cabello."

"Es una esposa de la que estar orgulloso. Desde tu desaparición, hace casi dos semanas, apenas ha cerrado los ojos. Supimos que estabas en Nueva York a través de un telegrama enviado por Isidore Newman, un viajante de Denver. Dijo que te había conocido en un hotel aquí y que no lo reconociste".

"Creo recordar la ocasión", dije. "El tipo me llamó 'Bellford', si no me equivoco. Pero, ¿no crees que ya es hora de que te presentes?"

"Soy Robert Volney, el Doctor Volney. He sido tu amigo cercano durante veinte años y tu médico durante quince. Vine con la Sra. Bellford para localizarte tan pronto como recibimos el telegrama." Intenta, Elwyn, viejo, intenta recordar."

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 307

¿De qué sirve intentarlo?- Pregunté, frunciendo un poco el ceño. 'Dices que eres médico. ¿Es la afasia curable? Cuando un hombre pierde la memoria, ¿vuelve lentamente o de repente?'

'A veces gradualmente e imperfectamente; a veces tan repentinamente como se fue.'

'¿Te encargarás del tratamiento de mi caso, Doctor Volney?' pregunté.

'Viejo amigo', dijo, 'haré todo lo que esté en mi poder y habré hecho todo lo que la ciencia pueda hacer para curarte'.

'Está bien', dije. 'Entonces considerarás que soy tu paciente. Todo está en confianza ahora, confianza profesional'.

'Por supuesto', dijo el Doctor Volney.

Me levanté del sofá. Alguien había colocado un jarrón de rosas blancas en la mesa central, un ramo de rosas blancas recién rociadas y fragantes. Las lancé lejos por la ventana y luego me recosté en el sofá de nuevo.

'Será mejor, Bobby', dije, 'que esta cura ocurra de repente. Estoy bastante cansado de todo esto, de todos modos. Puedes ir ahora y traer a Marian. Pero, oh, Doc', dije con un suspiro, mientras lo pateaba en la espinilla, 'buen viejo Doc, ¡fue glorioso!'

Un informe municipal.

Las ciudades están llenas de orgullo, desafiándose unas a otras,

Esta desde su montaña,

Aquella desde su playa cargada.

Imagina una novela sobre Chicago o Buffalo, digamos, o Nashville, Tennessee.

Solo hay tres grandes ciudades en los Estados Unidos que son "ciudades de historias": Nueva York, por supuesto, Nueva Orleans y, la mejor de todas, San Francisco. - FRANK NORRIS.

EL ESTE ES EL ESTE y el Oeste es San Francisco, según los californianos.

Los californianos son una raza de personas; no son simplemente habitantes de un Estado. Son los sureños del oeste. Ahora, los habitantes de Chicago no son menos leales a su ciudad; pero cuando les preguntas por qué, tartamudean y hablan de pescado de lago y del nuevo edificio de los Hermanos de la Caridad. Pero los californianos entran en detalles. - R. KIPLING.

308 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

Por supuesto, ellos tienen, en el clima, un argumento que es bueno durante media hora mientras piensas en tus facturas de carbón y ropa interior pesada. Pero tan pronto como confunden tu silencio con convicción, la locura se apodera de ellos y representan la ciudad de la Puerta Dorada como la Bagdad del Nuevo Mundo. Hasta ahora, como cuestión de opinión, no se necesita ninguna refutación. Pero, queridos primos todos (descendientes de Adán y Eva), es un audaz aquel que señalará en el mapa y dirá: 'En esta ciudad no puede haber romance, ¿qué podría suceder aquí?' Sí, es un acto audaz y arriesgado desafiar en una sola frase la historia, el romance y Rand y McNally.

NASHVILLE. - Una ciudad, puerto de entrega y capital del estado de Tennessee, se encuentra en el río Cumberland y en las vías férreas N.C. & St. L. y L. & N. Esta ciudad es considerada el centro educativo más importante del Sur.

Bajé del tren a las 8 de la tarde. Después de buscar en vano adjetivos en el tesoro, debo, como sustitución, recurrir a la comparación en forma de receta. Toma 30 partes de niebla de Londres, 10 partes de malaria, 20 partes de escapes de gas, 25 partes de gotas de rocío recogidas en un patio de ladrillos al amanecer y 15 partes de olor a madreselva. Mezcla. La mezcla te dará una concepción aproximada de una llovizna en Nashville. No es tan fragante como una bola de naftalina ni tan espesa como una sopa de guisantes, pero es suficiente, servirá.

Fui a un hotel en una especie de carro. Requirió una fuerte autodisciplina para evitar que subiera a la parte superior y diera una imitación de Sidney Carton. El vehículo era tirado por bestias de una era pasada y conducido por algo oscuro y emancipado.

Estaba cansado y somnoliento, así que cuando llegué al hotel, rápidamente pagué los cincuenta centavos que exigía (con una pequeña propina aproximada, te lo aseguro). Conocía sus costumbres y no quería escuchar hablar de su antiguo 'amo' o de cualquier cosa que hubiera ocurrido 'antes de la guerra'.

El hotel era de los que se describen como 'renovados'. Eso significa \$20,000 en nuevas columnas de mármol, azulejos, luces eléctricas y escupideras de bronce en el vestíbulo, junto con un nuevo horario de tren de L. & N. y una litografía de Lookout Mountain en cada una de las amplias habitaciones de arriba. La dirección era irreprochable, la atención llena de exquisita cortesía sureña, el servicio tan lento como el progreso de un caracol y tan de buen humor como Rip Van Winkle. La comida valía la pena viajar mil millas para disfrutarla. No hay

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 309

otro hotel en el mundo donde puedas obtener hígados de pollo en brocheta como estos. En la cena, le pregunté a un camarero negro si había algo que hacer en la ciudad. Reflexionó gravemente durante un minuto y luego respondió: "Bueno, jefe, realmente no creo que haya nada que hacer en absoluto después del anochecer". El anochecer ya se había completado; se había ahogado en la llovizna mucho antes. Así que ese espectáculo me fue negado. Pero salí a las calles bajo la llovizna para ver qué podía haber allí.

Está construida en terrenos ondulantes y las calles están iluminadas con electricidad a un costo de \$32,470 al año.

Al salir del hotel, hubo un disturbio racial. Una compañía de hombres liberados, o árabes, o zulúes, se abalanzó sobre mí, armados con... no, vi con alivio que no eran rifles, sino látigos. Y distinguí vagamente una caravana de vehículos negros y torpes; y ante los gritos tranquilizadores de "¿Te llevo a algún lugar de la ciudad, jefe, por cincuenta centavos?", razoné que solo era un "cliente" en lugar de una víctima.

Caminé por calles largas, todas cuesta arriba. Me pregunté cómo esas calles alguna vez volvían a bajar. Tal vez no lo hacían hasta que estaban "niveladas". En algunas de las "calles principales" vi luces en tiendas aquí y allá; vi tranvías que transportaban ciudadanos respetables de un lado a otro; vi a la gente pasar comprometida en el arte de la conversación y escuché una explosión de risas semialegres que salían de una tienda de soda y helados. Las calles que no eran "principales" parecían haber atraído a sus lados casas consagradas a la paz y la vida familiar. En muchas de ellas, las luces brillaban detrás de discretas cortinas de ventana; en algunas pianos sonaban con música ordenada e irreprochable. De hecho, había poco "que hacer". Ojalá hubiera llegado antes del anochecer. Así que regresé a mi hotel. En noviembre de 1864, el general confederado Hood

avanzó contra Nashville, donde atrincheró a una fuerza nacional bajo el mando del general Thomas. Este último luego salió y derrotó a los confederados en un terrible conflicto.

Toda mi vida he escuchado, admirado y presenciado la buena puntería del Sur en sus conflictos pacíficos en las regiones de masticar tabaco. Pero en mi hotel me esperaba una sorpresa. Había doce cuspidores de latón brillante, nuevos, imponentes y espaciosos en el gran vestíbulo, lo suficientemente altos como para ser llamados urnas y con una boca tan ancha que el lanzador estrella de un equipo de béisbol femenino debería.

310 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

haber podido lanzar una pelota en uno de ellos a cinco pasos de distancia. Pero, aunque se librara una terrible batalla y aún seguía librándose, el enemigo no había sufrido. Brillantes, nuevos, imponentes, espaciosos, intocados, permanecían en pie. ¡Pero sombras de Jefferson Brick! ¡El suelo de baldosas, el hermoso suelo de baldosas! No pude evitar pensar en la batalla de Nashville y tratar de sacar, como es mi hábito tonto, algunas conclusiones sobre la puntería hereditaria.

Aquí vi por primera vez al Mayor (por cortesía mal ubicada) Wentworth Caswell. Lo reconocí como un tipo en cuanto mis ojos sufrieron la vista de él. Una rata no tiene hábitat geográfico. Mi viejo amigo, A. Tennyson, dijo, como dijo casi todo tan bien:

"Profeta, maldice el labio parlante,

Y maldice la alimaña británica, la rata."

Consideremos la palabra 'británica' como intercambiable ad lib. Una rata es una rata. Este hombre rondaba el vestíbulo del hotel como un perro hambriento que

había olvidado dónde enterró un hueso. Tenía un rostro de gran extensión, rojo, pulposo y con una especie de masividad soñolienta como la de Buda. Poseía una sola virtud: estaba muy bien afeitado. La marca de la bestia no es indeleble en un hombre hasta que va por ahí con barba de un día. Creo que si no hubiera usado su afeitadora ese día, habría rechazado sus avances, y el calendario criminal del mundo habría sido ahorrado de un asesinato más.

Resultó que estaba de pie a menos de cinco pies de un cuspidor cuando el Mayor Caswell abrió fuego contra él. Había sido lo suficientemente observador como para darme cuenta de que la fuerza atacante estaba usando Gatlings en lugar de rifles de ardilla; así que me aparté a un lado con tanta prontitud que el mayor aprovechó la oportunidad para disculparse con un no combatiente. Tenía el labio parlante. En cuatro minutos se había convertido en mi amigo y me había arrastrado al bar.

Deseo intercalar aquí que soy sureño. Pero no lo soy por profesión ni oficio. Evito la corbata de lazo, el sombrero caído, el chaqué, el número de balas de algodón destruidas por Sherman y masticar tabaco. Cuando la orquesta toca Dixie, no aplaudo. Me deslizo un poco más abajo en el asiento de cuero y, bueno, pido otro Würzburger y deseo que Longstreet hubiera... ¿pero de qué sirve?

El Mayor Caswell golpeó la barra con el puño, y el primer cañonazo en Fort Sumter se hizo eco. Cuando disparó el último en Appomattox,

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 311

empecé a tener esperanza. Pero luego comenzó con los árboles genealógicos y demostró que Adán solo era primo tercero de una rama colateral de la familia Caswell. Con la genealogía resuelta, pasó, para mi disgusto, a sus asuntos familiares privados. Habló de su esposa, rastreó su descendencia hasta Eva y

profanamente negó cualquier rumor posible de que ella pudiera tener parientes en la tierra de Nod.

Para entonces empecé a sospechar que estaba tratando de ocultar con ruido el hecho de que había ordenado las bebidas, con la esperanza de que me confundiera para que las pagara. Pero una vez que las bebidas estuvieron sobre la barra, él lanzó con fuerza un dólar de plata sobre ella. Luego, por supuesto, otra ronda fue obligatoria. Y cuando pagué por eso, me despedí bruscamente de él, pues no quería saber más de él. Pero antes de que obtuviera mi liberación, había hablado en voz alta de los ingresos que recibía su esposa y mostró un puñado de monedas de plata.

Cuando recogí mi llave en el mostrador, el empleado me dijo cortésmente: "Si ese hombre Caswell te ha molestado y quieres presentar una queja, lo haremos expulsar. Es una molestia, un holgazán y no se sabe de ninguna fuente de ingresos conocida, aunque parece tener dinero la mayor parte del tiempo. Pero no parece que podamos encontrar ningún medio de echarlo legalmente."

"Bueno, no," dije después de reflexionar un poco. "No veo una forma clara de presentar una queja. Pero me gustaría dejar constancia de que no me importa su compañía. Su ciudad," continué, "parece ser una ciudad tranquila. ¿Qué tipo de entretenimiento, aventura o emoción ofrecen a los forasteros que llegan a sus puertas?"

"Bueno, señor," dijo el empleado, "habrá un espectáculo aquí el próximo jueves. Lo buscaré y haré que le envíen el anuncio a su habitación con el agua helada. Buenas noches."

Después de subir a mi habitación, miré por la ventana. Eran solo alrededor de las diez de la noche, pero miré una ciudad silenciosa. La llovizna continuaba, salpicada de luces tenues, tan distantes como pasas en un pastel vendido en la Tienda de Damas.

"Un lugar tranquilo", me dije a mí mismo, mientras mi primer zapato golpeaba el techo del ocupante de la habitación debajo de la mía. "Nada de la vida aquí que da color y variedad a las ciudades del Este y del Oeste. Solo una buena ciudad común y corriente."

Nashville ocupa un lugar destacado entre los centros de fabricación del país. Es el quinto mercado de botas y zapatos en los Estados Unidos, la ciudad más grande en la fabricación de dulces y galletas en el Sur y realiza un enorme negocio mayorista de productos secos, comestibles y droguería.

312 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

Debo contarte cómo llegué a Nashville y asegurarte de que la digresión me resulta tan tediosa como a ti. Estaba viajando por asuntos personales, pero tenía un encargo de una revista literaria del norte para detenerme allí y establecer una conexión personal entre la publicación y uno de sus colaboradores, Azalea Adair.

Adair (no había ninguna pista sobre su personalidad excepto por su escritura) había enviado algunos ensayos (¡un arte perdido!) y poemas que habían impresionado a los editores durante su almuerzo de la una. Así que me encargaron que localizara a dicho Adair y asegurara, mediante un contrato, su producción a dos centavos por palabra antes de que algún otro editor le ofreciera diez o veinte.

A las nueve de la mañana siguiente, después de mi desayuno de hígados de pollo en brocheta (pruébalos si puedes encontrar ese hotel), salí bajo la llovizna que parecía no tener fin. En la primera esquina me encontré con el Tío César. Era un negro fornido, más antiguo que las pirámides, con pelo gris y un rostro que me recordó a Bruto y, un segundo después, al difunto Rey Cetewayo. Llevaba un

abrigo extraordinario, el más notable que jamás había visto o espero ver. Llegaba hasta sus tobillos y en su día debió ser de un gris confederado en colores. Pero la lluvia, el sol y el tiempo lo habían tan variado que el abrigo de José habría palidecido junto a él. Debo detenerme en ese abrigo porque tiene que ver con la historia, una historia que tarda tanto en desarrollarse porque no puedes esperar que ocurra algo emocionante en Nashville.

En algún momento debió haber sido el abrigo militar de un oficial. La capa se había perdido, pero a lo largo de su parte frontal había sido ricamente adornado con borlas y cordoncillos. Pero ahora las borlas y cordoncillos habían desaparecido. En su lugar, alguien (supongo que alguna 'mamá negra' superviviente) había cosido pacientemente nuevas borlas hechas de retorcido cordel de cáñamo común. Este cordel estaba deshilachado y desordenado. Debe haber sido añadido al abrigo como un sustituto de los adornos perdidos, con una devoción sin gusto pero minuciosa, ya que seguía fielmente las curvas de las borlas que faltaban desde hacía mucho tiempo. Y, para completar la comedia y la tragedia de la prenda, todos sus botones habían desaparecido, excepto uno. El segundo botón desde arriba era el único que quedaba. El abrigo se abrochaba con cordones de cáñamo enhebrados a través de los ojales y otros agujeros rudamente perforados en el lado opuesto. Nunca hubo una prenda tan extraña, tan fantásticamente adornada y de tantos colores moteados. El único botón tenía el tamaño de un medio dólar, estaba hecho de cuerno amarillo y estaba cosido con un cordel grueso.

Este negro estaba junto a un carruaje tan antiguo que hasta Ham mismo podría

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 313

haber comenzado una línea de coches de alquiler con él después de salir del arca con los dos animales atados a él. A medida que me acercaba, él abrió la puerta

de golpe, sacó un impermeable de cuero, lo agitó sin usarlo y dijo en tono profundo y grave:

'Entre, señor; no hay ni una mota de polvo, acabo de volver de un funeral, señor.'

Deduje que en tales ocasiones festivas, los coches se limpiaban especialmente. Miré arriba y abajo de la calle y percibí que había poca elección entre los vehículos de alquiler que bordeaban la acera. Busqué en mi libreta de direcciones la dirección de Azalea Adair.

'Quiero ir a la calle Jessamine 861', dije, y estaba a punto de subir al coche. Pero por un instante, el grueso y largo brazo parecido al de un gorila del viejo negro me lo impidió. En su rostro masivo y sombrío, una mirada de repentina sospecha y enemistad brilló por un momento. Luego, con una rápida convicción que volvía, preguntó con una actitud más amable:

'¿Para qué vas allá, señor?'

'¿Qué te importa?' pregunté un poco bruscamente.

'Nada, señor, no importa en absoluto. Solo que es una parte solitaria de la ciudad y muy poca gente tiene negocios allí. Sube, los asientos están limpios, acabo de volver de un funeral, señor.'

Debieron de ser unas millas y media hasta nuestro destino. Solo podía oír el temible traqueteo del antiguo coche sobre el adoquín irregular; solo podía oler la llovizna, ahora con un toque de humo de carbón y algo parecido a una mezcla de alquitrán y flores de adelfa. Lo único que podía ver a través de las ventanas empañadas eran dos filas de casas tenues.

La ciudad tiene una superficie de 10 millas cuadradas; 181 millas de calles, de las cuales 137 millas están pavimentadas; un sistema de agua que costó \$2,000,000, con 77 millas de tuberías.

Ochocientos sesenta y uno, calle Jessamine, era una mansión en decadencia. A treinta yardas de la calle se alzaba, sumergida en un espléndido bosque de árboles y arbustos sin podar. Un seto de boj desbordado casi ocultaba la valla de la vista; la puerta estaba cerrada con una cuerda que rodeaba el poste de la puerta y la primera tabla de la verja. Pero cuando entrabas, veías que el 861 era una cáscara, una sombra, un fantasma de su antigua grandeza y excelencia. Pero en la historia, todavía no he entrado en el interior.

Cuando el carruaje dejó de traquetear y los fatigados cuadrúpedos se detuvieron, le entregué a mi conductor sus cincuenta centavos junto con un cuarto adicional, sintiendo un

314 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

resplandor de generosidad consciente mientras lo hacía. Él lo rechazó.

"Dos dólares, señor", dijo.

"¿Cómo es eso?", pregunté. "Claramente te escuché gritar en el hotel: 'Cincuenta centavos a cualquier parte de la ciudad'".

"Son dos dólares, señor", repitió obstinadamente. "Está bastante cerca del hotel."

"Está dentro de los límites de la ciudad y bien dentro de ellos", argumenté. "No creas que has encontrado a un yanqui novato". "¿Ves esas colinas allá?" continué, señalando hacia el este (yo no podía verlas por la llovizna); "bueno, nací y crecí en su otro lado." Viejo negro tonto, ¿no te das cuenta?

¿Personas de otras personas cuando las ves?

El rostro sombrío del rey Cetewayo se suavizó. —¿Es usted del sur, señor? Creo que Fueron tus zapatos los que me engañaron. Hay algo afilado en los dedos de los pies Gen'l'man sureño para vestir.

—¿Entonces el cargo será de cincuenta centavos, supongo? -dije inexorablemente.

Su expresión anterior, una mezcla de codicia y hostilidad, volvió, permaneció diez minutos y desapareció.

'Jefe', dijo, 'cincuenta centavos es lo correcto; pero necesito dos dólares, señor; estoy obligado a tener dos dólares. No lo estoy exigiendo ahora, señor; después de saber de dónde eres;

Sólo digo que necesito dos dólares esta noche y que el negocio va muy bien. correos!.'

La paz y la confianza se posaron en sus rasgos pesados. el había tenido mas suerte de lo que había esperado. En lugar de haber elegido a un novato, ignorante de las tarifas, había encontrado una herencia.

"Maldito viejo sinvergüenza", dije, metiendo la mano en el bolsillo, "deberías ser entregado a la policía.

Por primera vez lo vi sonreír. Él lo sabía; lo sabía; ÉL SABÍA.

Le di dos billetes de un dólar. Al entregárselos me di cuenta de que uno de ellos Había visto tiempos lamentables. Faltaba la esquina superior derecha y tenía sido roto por la mitad pero vuelto a unir. Una tira de papel de seda azul, pegado sobre la división, conservó su negociabilidad.

Basta ya del bandido africano por el momento: lo dejé contento, levanté la cuerda y Abrió la puerta chirriante.

La casa, como dije, era un cascarón. Un pincel no lo había tocado en veinte años. No entendía por qué un fuerte viento no lo habría derribado como un castillo de naipes hasta que volví a mirar los árboles que lo abrazaban estrechamente: los árboles que vieron la batalla de Nashville y todavía extendieron sus ramas protectoras alrededor contra la tormenta, el enemigo y el frío.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 315

Azalea Adair, cincuenta años, con cabello blanco, descendiente de los caballeros, tan delgada y frágil como la casa en la que vivía, vestida con el vestido más barato y limpio que jamás vi, con un aire tan sencillo como el de una reina, me recibió.

La sala de recepción parecía una milla cuadrada, porque no había nada en ella excepto algunas filas de libros en estanterías de pino blanco sin pintar, una mesa con tapa de mármol agrietada, una alfombra raída, un sofá de crin de caballo sin pelo y dos o tres sillas. Sí, había un cuadro en la pared, un dibujo a crayón coloreado de un grupo de pensamientos. Miré a mi alrededor en busca del retrato de Andrew Jackson y la cesta colgante de piñas, pero no estaban allí.

Azalea Adair y yo tuvimos una conversación, parte de la cual te repetiré. Ella era un producto del viejo Sur, criada con ternura en una vida protegida. Su educación no era amplia, pero era profunda y de espléndida originalidad en su ámbito algo limitado. Había sido educada en casa, y su conocimiento del mundo se basaba en inferencias y en inspiración. De ese tipo se hacen los preciosos, pequeños grupos de ensayistas. Mientras hablaba conmigo, seguí pasando los dedos por encima, tratando inconscientemente de librarlos culpablemente del polvo ausente de los lomos de media piel de cordero de Lamb, Chaucer, Hazlitt,

Marco Aurelio, Montaigne y Hood. Era exquisita, era un descubrimiento valioso. Casi todo el mundo hoy en día sabe demasiado, oh, demasiado, sobre la vida real.

Pude percibir claramente que Azalea Adair era muy pobre. Tenía una casa y un vestido, no mucho más, imaginé. Así que, dividido entre mi deber con la revista y mi lealtad a los poetas y ensayistas que lucharon contra Thomas en el valle del Cumberland, escuché su voz, que era como la de un clavecín, y descubrí que no podía hablar de contratos. En presencia de las Nueve Musas y las Tres Gracias, uno vacilaba en rebajar el tema a dos centavos. Habría que tener otra conversación después de que recuperara mi comercialismo. Pero hablé de mi misión, y se acordó que a las tres de la tarde del día siguiente se discutiría la propuesta comercial.

"Tu pueblo", dije mientras comenzaba a prepararme para partir (que es el momento de las generalidades suaves), "parece ser un lugar tranquilo y sereno. Un pueblo natal, diría yo, donde pocas cosas fuera de lo común suceden."

Realiza un amplio comercio de estufas y utensilios de cocina con el Oeste y el Sur, y sus molinos harineros tienen una capacidad diaria de más de 2,000 barriles.

316 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

Azalea Adair pareció reflexionar.

"Nunca lo había pensado de esa manera", dijo con una especie de intensidad sincera que parecía ser propia de ella. "¿No es en los lugares tranquilos y silenciosos donde suceden las cosas? Me imagino que cuando Dios comenzó a crear la tierra en el primer lunes por la mañana, uno podría haber asomado por la ventana y escuchado el chapoteo del barro al caer de Su paleta mientras

construía las colinas eternas. ¿En qué resultó finalmente el proyecto más ruidoso del mundo, es decir, la construcción de la torre de Babel? En una página y media de esperanto en la North American Review".

"Por supuesto", dije con platitudez, "la naturaleza humana es la misma en todas partes; pero hay más color, eh, más drama y movimiento y romance en algunas ciudades que en otras".

"En la superficie", dijo Azalea Adair. "He viajado muchas veces alrededor del mundo en un dirigible dorado impulsado por dos alas: la impresión y los sueños. He visto (en uno de mis recorridos imaginarios) al Sultán de Turquía estrangular con sus propias manos a una de sus esposas que había descubierto su rostro en público. He visto a un hombre en Nashville rasgar sus boletos de teatro porque su esposa iba a salir con el rostro cubierto de polvo de arroz. En el barrio chino de San Francisco vi a la esclava Sing Yee sumergida lentamente, pulgada a pulgada, en aceite de almendra hirviendo para hacerla jurar que nunca volvería a ver a su amante americano. Cedió cuando el aceite hirviendo alcanzó tres pulgadas por encima de su rodilla. En una fiesta de euchre en East Nashville la otra noche, vi a Kitty Morgan ser ignorada por siete de sus compañeros de escuela y amigos de toda la vida porque se había casado con un pintor de casas. El aceite hirviendo chisporroteaba tan alto como su corazón, pero desearía que hubieras visto la hermosa sonrisa que llevaba de mesa en mesa. Oh sí, es una ciudad monótona. Solo unos pocos kilómetros de casas de ladrillo rojo, barro, tiendas y aserraderos".

Alguien golpeó huecamente en la parte trasera de la casa. Azalea Adair se disculpó suavemente y fue a investigar el sonido. Regresó en tres minutos con los ojos iluminados, un ligero rubor en las mejillas y diez años menos en sus hombros.

"Debes tomar una taza de té antes de irte", dijo. "Y un pastelito de azúcar".

Estiró la mano y agitó una pequeña campana de hierro. Entró cojeando una niña negra pequeña de unos doce años, descalza, no muy ordenada, mirándome con el pulgar en la boca y los ojos saltones.

Azalea Adair abrió un pequeño monedero desgastado y sacó un billete de un dólar, un billete de un dólar con la esquina superior derecha faltante,

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 317

rasgado en dos pedazos y vuelto a pegar con una tira de papel de seda azul. Fue uno de los billetes que le había dado al negro pirata, no cabía duda al respecto.

"Ve a la tienda del Sr. Baker en la esquina, Impy", dijo, entregándole el billete de un dólar a la niña, "y compra un cuarto de libra de té, el tipo que siempre me envía, y diez centavos de pastelitos de azúcar. Ahora, date prisa. La provisión de té en la casa está agotada", me explicó.

Impy salió por la puerta de atrás. Antes de que el ruido de sus pies duros y descalzos se desvaneciera en el porche trasero, un grito salvaje, estaba seguro de que era el suyo, llenó la casa vacía. Luego, las profundas y roncadas voces de un hombre enojado se mezclaron con los chillidos y las palabras ininteligibles de la niña.

Azalea Adair se levantó sin sorpresa ni emoción y desapareció. Durante dos minutos, escuché el ronco murmullo de la voz del hombre; luego, algo parecido a un juramento y un ligero forcejeo, y ella regresó tranquilamente a su silla.

"Esta es una casa espaciosa", dijo, "y tengo un inquilino en parte de ella.

Lamento tener que retirar mi invitación para el té. Fue imposible conseguir el tipo que siempre uso en la tienda. Quizás mañana el Sr. Baker pueda proporcionármelo".

Estaba seguro de que Impy no había tenido tiempo de salir de la casa. Pregunté acerca de las líneas de tranvía y me despedí. Después de estar bien en mi camino, recordé que no había averiguado el nombre de Azalea Adair. Pero podría hacerlo mañana.

Ese mismo día, comencé mi curso de iniquidad que esta ciudad tranquila me imponía. Estuve en la ciudad solo dos días, pero en ese tiempo logré mentir descaradamente por telégrafo y ser cómplice, después del hecho, si ese es el término legal correcto, en un asesinato.

Cuando doblé la esquina más cercana a mi hotel, el cochero Afrite del abrigo policromático y no igual me agarró, abrió la puerta de su sarcófago ambulante, sacudió su plumero y comenzó su ritual: "¡Suba, jefe! El carruaje está limpio, acabo de regresar de un funeral. Cincuenta centavos a cualquier..."

Y entonces me reconoció y sonrió ampliamente. "Disculpe, jefe, usted es el caballero que viajó conmigo esta mañana. Le agradezco mucho, señor".

"Voy a 861 de nuevo mañana por la tarde a las tres", le dije, "y si estás aquí, te dejaré conducirme. Entonces, ¿conoces a la señorita Adair?" concluí, pensando en mi billete de un dólar.

"Pertenece al padre de ella, el juez Adair, señor", respondió.

318 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

"Supongo que es bastante pobre", dije. "No tiene mucho dinero que mencionar, ¿verdad?"

Por un instante, volví a mirar el rostro feroz de King Cetewayo, y luego volvió a convertirse en un viejo y extorsionador conductor de taxi negro.

"No va a pasar hambre, señor", dijo lentamente. "Tiene recursos, señor, tiene recursos."

"Te pagaré cincuenta centavos por el viaje", dije.

"Eso es perfectamente correcto, señor", respondió humildemente. "Solo necesitaba esos dos dólares esta mañana, jefe."

Fui al hotel y mentí por electricidad. Envié un cable a la revista: 'A. Adair se mantiene en ocho centavos por palabra'.

La respuesta que recibí fue: 'Dáselo rápido, inútil'.

Justo antes de la cena, 'el Mayor' Wentworth Caswell se abalanzó sobre mí con saludos de un amigo perdido hace mucho tiempo. He visto a pocos hombres a quienes he odiado tan instantáneamente y de quienes me fue tan difícil deshacerme. Estaba de pie en el bar cuando me abordó, por lo tanto, no pude agitar la cinta blanca en su cara. Hubiera pagado con gusto por las bebidas, con la esperanza de escapar de otra, pero él era uno de esos despreciables bebedores ruidosos y publicitarios que requieren que bandas de música y fuegos artificiales acompañen cada centavo que desperdician en sus locuras.

Con un aire de producir millones, sacó dos billetes de un dólar de un bolsillo y arrojó uno de ellos sobre la barra. Miré una vez más el billete de un dólar con la esquina superior derecha desgarrada, partido por la mitad y parchado con una tira de papel de seda azul. Era de nuevo mi billete de un dólar. No podía ser otro.

Subí a mi habitación. La llovizna y la monotonía de una ciudad sureña aburrida y carente de eventos me habían cansado y apagado. Recuerdo que justo antes de acostarme, mentalmente me deshice del misterioso billete de un dólar (que podría haber sido la clave de una historia de detectives muy buena en San Francisco) diciéndome a mí mismo somnoliento: 'Parece que mucha gente aquí

tiene acciones en el Fideicomiso de Conductores de Taxis. También paga dividendos puntualmente. Me pregunto si...' Luego me quedé dormido.

King Cetewayo estaba en su puesto al día siguiente y me sacudió sobre las piedras hasta llegar a 861. Debía esperar y sacudirme de vuelta cuando estuviera listo. Azalea Adair lucía más pálida, más limpia y más frágil de lo que había parecido el día anterior. Después de firmar el contrato a ocho centavos por palabra, se volvió aún más pálida y comenzó a deslizarse fuera de su silla.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 319

Sin demasiado esfuerzo, logré ponerla en el antiguo sofá de crin de caballo, y luego salí corriendo a la acera y grité al pirata de color café que trajera un médico. Con una sabiduría que no le había atribuido, abandonó su carro y se dirigió corriendo calle arriba, dándose cuenta del valor de la velocidad. En diez minutos regresó con un hombre de medicina serio, de cabello gris y con experiencia. En pocas palabras (que no valían mucho más que ocho centavos cada una), le expliqué mi presencia en la casa misteriosa. Él asintió con comprensión solemne y se volvió hacia el viejo negro.

"Tío César", dijo con calma, "corre hasta mi casa y pide a la señorita Lucy que te dé una jarra de leche fresca y medio vaso de vino de Oporto. Y date prisa. No conduzcas, corre. Quiero que regreses en algún momento de esta semana".

Me di cuenta de que el Dr. Merriman también desconfiaba de la velocidad de los corceles del pirata terrestre. Después de que el Tío César se hubiera ido, tambaleándose pero velozmente, por la calle, el doctor me observó con gran cortesía y cuidadoso cálculo hasta que decidió que podría hacerlo.

"Es solo un caso de nutrición insuficiente", dijo. "En otras palabras, el resultado de la pobreza, el orgullo y el hambre. La Sra. Caswell tiene muchos amigos

devotos que estarían dispuestos a ayudarla, pero ella no aceptará nada excepto de ese viejo negro, el Tío César, que una vez perteneció a su familia".

"¿Sra. Caswell?", exclamé sorprendido. Y luego miré el contrato y vi que lo había firmado como 'Azalea Adair Caswell'.

"Pensé que era la señorita Adair", dije.

"Casada con un vagabundo alcohólico y sin valor, señor", dijo el médico. "Se dice que él la despoja incluso de las pequeñas sumas que su antiguo criado aporta para su sustento".

Cuando trajeron la leche y el vino, el médico revivió pronto a Azalea Adair. Se sentó y habló de la belleza de las hojas de otoño que estaban en temporada en ese momento y de su intensidad de color. Se refirió ligeramente a su desmayo como resultado de una antigua palpitación del corazón. Impy la abanicaba mientras yacía en el sofá. El médico tenía otros compromisos, y lo acompañé hasta la puerta. Le dije que estaba en mi poder y en mis intenciones hacer un avance razonable de dinero a Azalea Adair por futuras contribuciones a la revista, y él pareció satisfecho.

"Por cierto", dijo, "quizás te gustaría saber que has tenido un cochero de la realeza. El abuelo del viejo César fue un rey en el Congo. César mismo tiene modales reales, como habrás observado".

320 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

A medida que el doctor se retiraba, escuché la voz del Tío César desde el interior:

"¿Conseguiste ambos de esos dos dólares de él, señorita Zalea?"

"Sí, César", escuché responder débilmente a Azalea Adair. Y luego entré y concluí las negociaciones comerciales con nuestra colaboradora. Asumí la

responsabilidad de adelantar cincuenta dólares, presentándolo como una formalidad necesaria para sellar nuestro trato. Luego, el Tío César me llevó de regreso al hotel.

Aquí termina toda la historia, hasta donde yo puedo atestiguar como testigo. El resto debe ser solo declaraciones desnudas de hechos.

A eso de las seis de la tarde, salí a pasear. El Tío César estaba en su esquina. Abrió la puerta de su carruaje, agitó su plumero y comenzó su fórmula deprimente: "Suba, señor. Cincuenta centavos a cualquier parte de la ciudad. El coche está perfectamente limpio, señor. Acabo de regresar de un funeral".

Y luego me reconoció. Creo que su vista estaba empeorando. Su abrigo había adquirido algunas tonalidades descoloridas adicionales, las cuerdas estaban más deshilachadas y raídas, y el último botón restante, el botón de cuerno amarillo, se había perdido. El Tío César era un descendiente variopinto de reyes.

Unas dos horas más tarde, vi a una multitud excitada asediando la entrada de una farmacia. En un desierto donde no sucede nada, esto era como maná; así que me abrí camino hacia el interior. En un improvisado diván de cajas vacías y sillas yacía la mortal corporeidad del Mayor Wentworth Caswell. Un médico lo examinaba en busca del ingrediente inmortal. Su veredicto fue que era conspicuamente inexistente.

El antiguo Mayor había sido encontrado muerto en una calle oscura y llevado por ciudadanos curiosos y hastiados a la farmacia. El difunto ser humano había estado involucrado en una feroz batalla, lo mostraban los detalles. Aunque fuera un holgazán y un canalla, también había sido un guerrero. Pero había perdido. Sus manos todavía estaban tan apretadas que sus dedos no se abrían. Los amables ciudadanos que lo habían conocido estaban de pie alrededor y buscaban en su vocabulario algunas palabras amables, si fuera posible, para hablar de él. Un hombre de aspecto amable dijo, después de mucha reflexión:

"Cuando 'Cas' tenía alrededor de catorce años, era uno de los mejores deletreadores de la escuela".

Mientras estaba allí de pie, los dedos de la mano derecha del "hombre que fue", que colgaban a lo largo del lado de una caja de pino blanca, se relajaron y dejaron caer algo a mis pies. Lo cubrí con un pie en silencio y, un poco más tarde, lo recogí y lo guardé en el bolsillo. Razoné que en su última lucha, su mano debió haber agarrado ese objeto inadvertidamente y lo sostuvo en un agarre de la muerte.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 321

Esa noche en el hotel el principal tema de conversación, con la posible excepciones de la política y la prohibición, fue la desaparición del Mayor Caswell. he oído Un hombre le dice a un grupo de oyentes:

'En mi opinión, caballeros, Caswell fue asesinado por algunos de estos sin tener en cuentanegros por su dinero. Esta tarde tenía cincuenta dólares que mostró a Varios caballeros en el hotel. Cuando lo encontraron el dinero no estaba en su persona.'

Salí de la ciudad a la mañana siguiente a las nueve, y mientras el tren cruzaba el Puente sobre el río Cumberland saqué de mi bolsillo un abrigo amarillo de cuerno botón del tamaño de una moneda de cincuenta centavos, con extremos deshilachados de cordel grueso colgando de él y lo arrojó por la ventana a las lentas y fangosas aguas de abajo. ¡Me pregunto qué estará haciendo en Buffalo!

LI

Cumplidos de la estación

NO HAY MÁS historias de Navidad que escribir. La ficción está agotada; y las noticias, lo siguiente mejor, son fabricadas por jóvenes periodistas hábiles que se han casado temprano y tienen una vista encantadoramente pesimista de la vida. Por lo tanto, para la diversión estacional, nos vemos reducidos a dos fuentes muy cuestionables: los hechos y la filosofía. Comenzaremos con... como quieras llamarlo.

Los niños son pequeños animales pestilentes con los que debemos lidiar en una variedad desconcertante de condiciones. Especialmente cuando las penas infantiles los abruman, nos sentimos desbordados. Agotamos nuestro escaso almacén de consuelo y luego los golpeamos, sollozando, hasta que se duermen. Luego nos arrastramos por el polvo de un millón de años y le preguntamos a Dios por qué. Así es como pedimos ayuda. En cuanto a los niños, nadie los comprende excepto las solteras, los jorobados y los perros pastores.

Ahora vienen los hechos en el caso de la Muñeca de Trapo, la Trapos Harapos, y el Veinticinco de Diciembre.

El día diez de ese mes, la Hija del Millonario perdió su muñeca de trapo. Había muchos criados en el palacio del Millonario en el Hudson, y estos buscaron por toda la casa y los terrenos, pero no encontraron el tesoro perdido. La niña tenía cinco años y era una de esas pequeñas bestias perversas que a menudo hieren los sentimientos de los padres adinerados al fijar su afecto en algún vulgar,

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 329

"P-pardon, señora," dijo, "pero no podría irme sin intercambiar cumplidos de la temporada con la dama de la casa." Contra los principios de un caballero no se debe."

Y luego comenzó el antiguo saludo que era una tradición en la casa, cuando los hombres llevaban puntillas de encaje y polvos.

"Las bendiciones de otro año..."

La memoria de Fuzzy le falló. La Dama lo ayudó:

"- Estén sobre esta chimenea."

"- El invitado..." tartamudeó Fuzzy.

"- Y sobre ella que..." continuó la Dama, con una sonrisa sugerente.

"Oh, déjalo", dijo Fuzzy con malos modos. "No puedo recordarlo. ¡Bebamos con alegría!"

Fuzzy había lanzado su flecha. Bebieron. La Dama sonrió de nuevo, con la sonrisa de su clase. James envolvió a Fuzzy y lo condujo hacia la puerta principal. La música del arpa aún flotaba suavemente por la casa.

Fuera, Black Riley sopló sobre sus manos frías y abrazó la puerta.

"Me pregunto", murmuró la Dama para sí misma, reflexionando, "quién... pero hubo tantos que vinieron. Me pregunto si la memoria es una maldición o una bendición para ellos después de haber caído tan bajo".

Fuzzy y su escolta estaban casi en la puerta. La Dama llamó: "¡James!"

James volvió con obsequiosidad, dejando a Fuzzy esperando inestable, con su breve chispa del fuego divino apagada.

Fuera, Black Riley golpeó sus pies fríos y agarró con más firmeza su sección de tubería de gas.

"Conducirás a este caballero", dijo la Dama, "a la planta baja. Luego dile a Louis que saque el Mercedes y lo lleve al lugar que desee."

La Prueba del Pudín

La primavera le guiñó un ojo de vidrio al Editor Westbrook, de la Revista Minerva, y lo desvió de su camino. Había almorzado en su rincón favorito de un hotel de Broadway y regresaba a su oficina cuando sus pies se enredaron en el encanto de la coqueta primavera. Lo cual significa que se dirigió hacia el este en

330 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

la calle Veintiséis, atravesó con seguridad el arroyo de vehículos de la Quinta Avenida y se paseó por los senderos florecientes de Madison Square.

El aire apacible y la ambientación del pequeño parque casi formaban una escena pastoril; el motivo de color predominante era el verde, la sombra que presidió la creación del hombre y la vegetación.

El césped joven entre los senderos tenía el color del verde de verdigrís, un verde venenoso, que recordaba a la horda de seres humanos abandonados que habían respirado sobre la tierra durante el verano y el otoño. Los brotes de los árboles parecían extrañamente familiares para aquellos que habían estudiado botánica entre las guarniciones del plato de pescado de una cena de cuarenta centavos. El cielo arriba tenía ese tenue tono aguamarina que los poetas de salón riman con 'verdad', 'Sue' y 'arrullo'. El único color natural y sincero visible era el verde ostensible de los bancos recién pintados, un tono entre el color de un pepinillo encurtido y el de un impermeable cravenette del año pasado. Pero, a los ojos de Editor Westbrook, acostumbrados a la vida en la ciudad, el paisaje parecía una obra maestra.

Y ahora, ya sea que seas de los que se lanzan o de la apacible multitud que teme avanzar, debes seguir en una breve incursión en la mente del editor.

El espíritu de Editor Westbrook estaba contento y sereno. El número de abril de la revista Minerva había agotado toda su edición antes del décimo día del mes; un vendedor de periódicos en Keokuk había escrito que podría haber vendido cincuenta copias más si las hubiera tenido. Los propietarios de la revista habían aumentado su salario; acababa de instalar en su hogar una joya de cocinera recién importada que tenía miedo de los policías; y los periódicos matutinos habían publicado íntegramente un discurso que había pronunciado en un banquete de editores. Además, resonaban en su mente las notas jubilosas de una espléndida canción que su encantadora esposa, joven y encantadora, le había cantado antes de que él saliera de su apartamento en el centro de la ciudad esa mañana. Últimamente, ella estaba mostrando un entusiasmo creciente por la música, practicando temprano y diligentemente. Cuando la elogió por la mejora de su voz, ella lo abrazó de alegría por su elogio. También sentía el benévolo y tonificante medicamento de la enfermera entrenada, la Primavera, que se deslizaba suavemente por las salas de la ciudad convaleciente.

Mientras Editor Westbrook paseaba entre filas de bancos del parque (que ya se llenaban de vagabundos y guardianes de niños sin ley), sintió que le agarraban la manga y la sostenían. Sospechando que estaban a punto de pedirle dinero, volvió un rostro frío e improductivo y vio que su captor era - Dawe - Shackelford Dawe,

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 331

andrajoso, casi harapiento, lo gentil apenas visible en él a través de las líneas más profundas de la vestimenta desgastada.

Mientras el editor se recupera de su sorpresa, se ofrece una breve biografía relámpago de Dawe.

Era un escritor de ficción y uno de los viejos conocidos de Westbrook. En su momento, podrían haberse llamado viejos amigos. Dawe tenía algo de dinero en aquellos días y vivía en un decente edificio de apartamentos cerca de Westbrook. Las dos familias a menudo iban juntas al teatro y a cenar. La señora Dawe y la señora Westbrook se convirtieron en "queridas" amigas. Luego, un día, un pequeño tentáculo del pulpo, solo por diversión, se tragó el capital de Dawe, y se mudó al vecindario de Gramercy Park, donde uno, por unas monedas a la semana, puede sentarse en su baúl bajo candelabros de ocho brazos y enfrente de chimeneas de mármol de Carrara y observar a los ratones jugar en el suelo. Dawe pensó que podría vivir escribiendo ficción. De vez en cuando vendía un relato. Envió muchos de ellos a Westbrook. La Minerva imprimió uno o dos de ellos; el resto fueron devueltos. Westbrook enviaba una carta personal cuidadosa y consciente con cada manuscrito rechazado, señalando en detalle sus razones para considerarlo no apto. El Editor Westbrook tenía su propia concepción clara de lo que constituía una buena ficción. Y Dawe también la tenía. La señora Dawe se preocupaba principalmente por los ingredientes de los escasos platos de comida que lograba reunir. Un día, Dawe había estado elogiando las excelencias de ciertos escritores franceses. En la cena, se sentaron frente a un plato que un hambriento escolar podría haber devorado de un bocado. Dawe comentó:

"Es un guiso al estilo de Maupassant", dijo la señora Dawe. "Puede que no sea arte, pero desearía que hicieras una serie de Marion Crawford de cinco platos con un soneto de Ella Wheeler Wilcox de postre. Tengo hambre".

Tan lejos de tener éxito estaba Shackelford Dawe cuando tiró de la manga del Editor Westbrook en Madison Square. Esa fue la primera vez que el editor había visto a Dawe en varios meses.

"¿Por qué, Shack, eres tú?" dijo Westbrook algo incómodo, ya que la forma de esta frase parecía tocar el cambio de apariencia del otro.

"Siéntate un momento", dijo Dawe, tirando de su manga. "Este es mi despacho. No puedo ir al tuyo luciendo como lo hago. Oh, siéntate, no te deshonrarás. Esos pájaros a medio desplumar en los otros bancos pensarán que eres un ladrón de porches de lujo. No sabrán que eres solo un editor".

"¿Fumas, Shack?" dijo el Editor Westbrook, hundiéndose con precaución

332 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

en el banco verde virulento. Siempre cedía con gracia cuando cedía. Dawe se abalanzó sobre el cigarro como un martín pescador se lanza sobre un pez sol, o como una chica picotea un chocolate.

'Acabo de- ' comenzó el editor.

'Oh, ya sé; no termines,' dijo Dawe. 'Dame una cerilla. Tienes solo diez minutos para perder. ¿Cómo lograste pasar a mi oficina y adentrarte en mi sanctum? Ahí va ahora, lanzando su palo a un perro que no podía leer los carteles de "Prohibido pisar el césped".'

'¿Cómo va la escritura?' preguntó el editor.

'Mírame', dijo Dawe, 'y tendrás tu respuesta. Ahora no pongas esa mirada amigable pero honesta y pregúntame por qué no consigo trabajo como agente de vinos o taxista. Estoy en la pelea hasta el final. Sé que puedo escribir buena ficción y los obligaré a reconocerlo. Haré que cambien la ortografía de "remordimientos" a "c-h-e-q-u-e" antes de que termine contigo'.

El Editor Westbrook miró por encima de sus anteojos con una expresión dulcemente triste, omnisciente, comprensiva y escéptica, la expresión con derechos de autor del editor acosado por el colaborador inaccesible.

'¿Has leído el último cuento que te envié, "La alarma del alma"?' preguntó Dawe.

'Cuidadosamente. Dudé con ese relato, Shack, de verdad que lo hice. Estaba escribiéndote una carta para enviar contigo cuando te lo devolviera. Lamento- '

'No importa los lamentos', dijo Dawe sombríamente. 'Ya no tienen consuelo ni aguijón. Lo que quiero saber es por qué. Vamos, ahora; saca primero los puntos buenos'.

'El relato', dijo Westbrook deliberadamente, después de un suspiro reprimido, 'está construido alrededor de una trama casi original. La caracterización - la mejor que has hecho. La estructura - casi tan buena, excepto por algunas partes débiles que podrían fortalecerse con algunos cambios y toques. Era un buen relato, excepto- '

'Puedo escribir en inglés, ¿verdad?' interrumpió Dawe.

'Siempre te he dicho', dijo el editor, 'que tienes estilo'. 'Entonces, el problema es el- '

'La misma vieja historia', dijo el Editor Westbrook. 'Te preparas para tu clímax como un artista. Y luego te conviertes en un fotógrafo. No sé qué forma de obstinada locura te posee, Shack, pero eso es lo que haces con todo lo que escribes. No, retiraré la comparación con el fotógrafo'.

O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS 333

De vez en cuando, la fotografía, a pesar de su perspectiva imposible, logra registrar un vistazo fugaz de la verdad. "Pero arruinas cada desenlace con esas pinceladas planas, apagadas y borrosas de tu brocha, de las que tantas veces me he quejado. Si ascendieras a la cima literaria de tus escenas dramáticas y las

pintaras con los colores vivos que el arte requiere, el cartero dejaría menos sobres voluminosos y autoadresados en tu puerta."

"Oh, tonterías y luces de escenario", exclamó Dawe con desprecio. "Todavía tienes esa manía del drama de aserradero en tu cabeza. Cuando el hombre de bigote negro secuestra a la rubia Bessie, estás obligado a hacer que la madre se arrodille y levante las manos en el foco de luz y diga: '¡Que el cielo testigo sea de que no descansaré ni de noche ni de día hasta que el desalmado que ha robado a mi hijo sienta el peso de la venganza de una madre!'"

El Editor Westbrook concedió una sonrisa de imperturbable complacencia.

'Creo', dijo él, 'que en la vida real, la mujer se expresaría en esas palabras o en otras muy similares'.

'No en un reparto de seiscientas noches en ningún lugar más que en el escenario', dijo Dawe con vehemencia. 'Te diré lo que diría en la vida real. Diría: "¿Qué? ¿Bessie llevada por un hombre extraño? ¡Dios mío! ¡Es un problema tras otro! Consigue mi otro sombrero, debo ir corriendo a la comisaría. ¿Por qué nadie la cuidaba, me gustaría saber? ¡Por el amor de Dios, quítate de mi camino o nunca estaré lista. No ese sombrero - el marrón con los lazos de terciopelo. Bessie debe haber estado loca; normalmente es tímida con los extraños. ¿Es demasiado polvo? ¡Dios mío! ¡Cómo estoy alterada!'"

"Así es como hablaría", continuó Dawe. "La gente en la vida real no entra en héroes y versos en blanco en momentos emocionales. Simplemente no pueden hacerlo. Si hablan en absoluto en tales ocasiones, utilizan el mismo vocabulario que usan todos los días y enredan un poco más sus palabras e ideas, eso es todo".

"Shack", dijo el Editor Westbrook con solemnidad, "¿alguna vez recogiste el cuerpo mutilado y sin vida de un niño bajo el parachoques de un tranvía y lo

llevaste en tus brazos y lo pusiste frente a la madre desesperada? ¿Alguna vez hiciste eso y escuchaste las palabras de dolor y desesperación que brotaban espontáneamente de sus labios?"

"Nunca lo hice", dijo Dawe. "¿Tú lo hiciste?"

"Bueno, no", dijo el Editor Westbrook con un leve ceño. "Pero puedo imaginar bien lo que diría".

"Yo también", dijo Dawe.

Y ahora había llegado el momento adecuado para que el Editor Westbrook actuara como el oráculo y silenciara a su terco colaborador. No correspondía a un

334 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

novelista que aún no había llegado a dictar palabras que fueran pronunciadas por los héroes y heroínas de la Revista Minerva, en contra de las teorías del editor de la misma.

"Querido Shack", dijo, "si sé algo de la vida, sé que cada emoción súbita, profunda y trágica en el corazón humano despierta una expresión de sentimiento adecuada, concordante, conforme y proporcionada. Cuánto de este inevitable acuerdo entre la expresión y el sentimiento debe atribuirse a la naturaleza y cuánto a la influencia del arte, sería difícil decirlo. El rugido sublimemente terrible de la leona a la que le han privado de sus cachorros está dramáticamente muy por encima de su quejido y ronroneo habituales, al igual que las expresiones reales y trascendentales de Lear están por encima del nivel de sus divagaciones seniles. Pero también es cierto que todos los hombres y mujeres tienen lo que se podría llamar un sentido dramático subconsciente que se despierta por una emoción lo suficientemente profunda y poderosa; un

sentido inconscientemente adquirido de la literatura y el teatro que les impulsa a expresar esas emociones en un lenguaje acorde con su importancia y valor histriónico".

"Y en nombre de las siete sagradas mantas de montar de Sagitario, ¿dónde consiguió el teatro y la literatura el truco?" preguntó Dawe.

"De la vida", respondió el editor triunfalmente.

El escritor de historias se levantó del banco y gesticuló elocuentemente pero en silencio. Le faltaban palabras para formular adecuadamente su desacuerdo. En un banco cercano, un vago desaliñado abrió sus ojos rojos y percibió que su apoyo moral estaba destinado a un hermano oprimido.

"Dale un golpe, Jack", llamó roncamente a Dawe. "¿Por qué viene aquí haciendo ruido como una máquina de juegos por un centavo entre caballeros que vienen a la Plaza a sentarse y pensar?"

El Editor Westbrook miró su reloj con una afectada muestra de tranquilidad.

"Dime", preguntó Dawe con ansiedad desafiante, "¿qué faltas específicas en 'La Alarma del Alma' te llevaron a desecharlo?"

"Cuando Gabriel Murray", dijo Westbrook, "va a su teléfono y le dicen que su prometida ha sido disparada por un ladrón, él dice - no recuerdo las palabras exactas, pero-"

"Lo hago", dijo Dawe. "Él dice: 'Maldita Central, siempre me corta'. (Y luego a su amigo): 'Dile, Tommy, ¿una bala del treinta y dos hace un agujero grande? Es una especie de mala suerte, ¿verdad? ¿Podrías traerme una bebida del aparador, Tommy? No, derecho; nada al margen'".

"Querido Shack", dijo, "si sé algo de la vida, sé que cada emoción súbita, profunda y trágica en el corazón humano despierta una expresión de sentimiento adecuada, concordante, conforme y proporcionada. Cuánto de este inevitable acuerdo entre la expresión y el sentimiento debe atribuirse a la naturaleza y cuánto a la influencia del arte, sería difícil decirlo. El rugido sublimemente terrible de la leona a la que le han privado de sus cachorros está dramáticamente muy por encima de su quejido y ronroneo habituales, al igual que las expresiones reales y trascendentales de Lear están por encima del nivel de sus divagaciones seniles. Pero también es cierto que todos los hombres y mujeres tienen lo que se podría llamar un sentido dramático subconsciente que se despierta por una emoción lo suficientemente profunda y poderosa; un sentido inconscientemente adquirido de la literatura y el teatro que les impulsa a expresar esas emociones en un lenguaje acorde con su importancia y valor histriónico".

"Y en nombre de las siete sagradas mantas de montar de Sagitario, ¿dónde consiguió el teatro y la literatura el truco?" preguntó Dawe.

"De la vida", respondió el editor triunfalmente.

El escritor de historias se levantó del banco y gesticuló elocuentemente pero en silencio. Le faltaban palabras para formular adecuadamente su desacuerdo. En un banco cercano, un vago desaliñado abrió sus ojos rojos y percibió que su apoyo moral estaba destinado a un hermano oprimido.

"Dale un golpe, Jack", llamó roncamente a Dawe. "¿Por qué viene aquí haciendo ruido como una máquina de juegos por un centavo entre caballeros que vienen a la Plaza a sentarse y pensar?"

El Editor Westbrook miró su reloj con una afectada muestra de tranquilidad.

"Dime", preguntó Dawe con ansiedad desafiante, "¿qué faltas específicas en 'La Alarma del Alma' te llevaron a desecharlo?"

"Cuando Gabriel Murray", dijo Westbrook, "va a su teléfono y le dicen que su prometida ha sido disparada por un ladrón, él dice - no recuerdo las palabras exactas, pero-"

"Lo hago", dijo Dawe. "Él dice: 'Maldita Central, siempre me corta'. (Y luego a su amigo): 'Dile, Tommy, ¿una bala del treinta y dos hace un agujero grande? Es una especie de mala suerte, ¿verdad? ¿Podrías traerme una bebida del aparador, Tommy? No, derecho; nada al margen'". 'Ahora,

336 O HENRY-100 HISTORIAS SELECCIONADAS

sabes lo devota y cariñosa que siempre ha sido Louise'. 'Ella cree que soy la única preparación genuina en el mercado que lleva la firma del viejo doctor. Ha estado más cariñosa y fiel que nunca desde que me han dado el papel de genio desatendido'.

'En efecto, es una compañera de vida encantadora y admirable', estuvo de acuerdo el editor. 'Recuerdo lo inseparables que eran ella y la señora Westbrook. Somos dos tipos afortunados, Shack, por tener esposas así. Debes traer a la señora Dawe un día de estos, y tendremos una de esas cenas informales con sartén que solíamos disfrutar tanto'.

'Más tarde', dijo Dawe. 'Cuando consiga otra camisa. Y ahora te contaré mi plan. Cuando estaba a punto de salir de casa después del desayuno, si se le puede llamar desayuno al té y la avena, Louise me dijo que iba a visitar a su tía en la Calle Ochenta y Nueve. Dijo que regresaría a casa a las tres en punto. Siempre es puntual a la hora. Ahora son...'

Dawe miró el bolsillo del reloj del editor.

'Veintisiete minutos para las tres', dijo Westbrook, mirando su reloj.

Tenemos justo el tiempo suficiente', dijo Dawe. 'Iremos a mi apartamento de inmediato. Escribiré una nota, la dirigiré a ella y la dejaré sobre la mesa donde la verá al entrar por la puerta. Tú y yo estaremos en el comedor, ocultos por las cortinas. En esa nota diré que he huido de ella para siempre con una afinidad que comprende las necesidades de mi alma artística como ella nunca lo hizo. Cuando lo lea, observaremos sus acciones y escucharemos sus palabras. Entonces sabremos cuál teoría es la correcta, la tuya o la mía'.

'¡Oh, nunca!' exclamó el editor, negando con la cabeza. 'Sería inexcusablemente cruel. No podría consentir que los sentimientos de la señora Dawe se vieran manipulados de esa manera'.